

**LOS
LENGUAJES
DE PAO
Jack Vance**



LIBRO AMIGO-CIENCIA FICCIÓN

Título original:

The languages of Pao

Traducción: César Terrón

1º edición: abril, 1987

La presente edición es propiedad de Ediciones B, S.A.
calle Rocafort, 104 - 08015 Barcelona (España)

© 1958, Jack Vance

Copyright, 1957, by Renown Publications, Inc.

© Traducción: Ediciones B, S.A.

Printed in Spain

ISBN: 84-7735-048-5

Depósito legal: B. 16.210 - 1987

Impreso en NOVOPRINT, S.A.

Sant Andreu de la Barca (Barcelona)

DISEÑO DE PORTADA:

DEPT. DE NUEVAS INICIATIVAS

& IMAGEN CORPORATIVA- B

ILUSTRACIÓN JORDI TACHE

En los últimos años parece haberse redescubierto en Europa la obra de Jack Vance, y el interés que los editores franceses muestran hacia sus escritos ha despertado también en España una mayor atención.

Vance es un autor prolífico que ha repartido su obra en abundantes novelas cortas y también en múltiples ciclos o series. Se le reconoce una gran capacidad para la concepción de nuevos paisajes, criaturas y sociedades, en cuya descripción hace gala de una gran inventiva, al tiempo que logra con engañosa facilidad que los mundos creados muestren una gran coherencia interna.

A medida que los universos imaginados por Vance han crecido en complejidad, también lo ha hecho su estilo, con una marcada tendencia al barroquismo y una prosa característica, muy elaborada, en la que usa muy acertadamente un vocabulario poco usual, al tiempo que mantiene un tono irónico y despegado como narrador.

Iniciado en los caminos del space opera y la fantasía heroica, Vance no ha desdeñado adentrarse por mundos desconocidos e innovadores, como ocurre con Los LENGUAJES DE PAO que hoy presentamos. Posiblemente la escasa consideración en que se le ha tenido hasta hace poco en España, proviene de un encasillamiento erróneo y de no haber recapacitado lo suficiente sobre la dificultad que entraña esta actividad de creador de mundos insólitos. Es evidente que, en el caso de Vance, la menguada fama que hasta ahora le ha acompañado no hace justicia a su calidad.

Los LENGUAJES DE PAO (1959) es una obra excepcional dentro de la producción de Vance. En un texto monumental sobre la ciencia ficción: Anatomy Of Wonder - An Historical Survey and Critical Guide to the Best of Science Fiction, editada en 1981 por Neil Barran, se dice textualmente al hablar de Los LENGUAJES DE PAO. "Vance nunca podrá escribir una novela más importante que ésta" y se la compara ventajosamente con obras como BABEL 17 de Delany y EMPOTRADOS de Watson.

La novela, escrita en 1958, trata, por primera vez en la ciencia ficción, un tema de sociolingüística al amparo de las teorías que establecen que el entorno, y principalmente el lenguaje, condicionan las capacidades y las percepciones de los seres humanos.

Pao es un planeta que será invadido sin que sus habitantes opongan ninguna resistencia, precisamente a causa de un lenguaje que les mantiene en la pasividad y el individualismo. Para lograr la liberación se hace necesario cambiar de mentalidad, y por lo tanto de lenguaje. Así se modifican las lenguas que se hablan en Pao, buscando una gramática simple y directa para los guerreros, otra adecuada al desarrollo industrial, y otra destinada a producir comerciantes y políticos.

Pero el Panarca de Pao puede legítimamente preguntarse hasta qué punto los nuevos lenguajes, distintos según el usuario, pueden modificar la característica central de Pao, y hasta qué punto sus nuevos súbditos pueden todavía ser considerados paoneses. Y todo ello sin dejar de preguntarse por los verdaderos intereses de Palafox, asesor del Panarca en esta liberación por la sociolingüística de un planeta asediado.

En resumen: aventura y reflexión a un tiempo es lo que ofrece esta novela famosa, que ha aguardado largos años su traducción al castellano.

MIQUEL BARCELÓ

I

En el corazón del Cúmulo de Polymark, en torno al sol amarillo Auriol, se halla el planeta Pao, que se distingue por las siguientes características:

Masa:	1,73 (en unidades estándar)
Diámetro:	1,39
Gravedad en la superficie:	1,04

El plano de rotación diurna de Pao es el mismo que su plano orbital; de ahí que no haya estaciones y que el clima sea uniformemente moderado. Ocho continentes se extienden a uno y otro lado del ecuador a intervalos aproximadamente iguales: Aimand, Shraimand, Vidamand, Minamand, Nonamand, Dronamand, Hivand e Impland, conforme a los ocho dígitos del método de numeración paonés. Aimand, el mayor de los continentes, tiene cuatro veces la extensión de Nonamand, el menor. Tan sólo este último, en latitudes meridionales bajas, sufre un clima desagradable.

Jamás se ha efectuado un censo exacto de Pao, pero la mayor parte de la población (estimada en quince mil millones de personas) reside en pueblos rurales.

Los paoneses constituyen una raza homogénea, de estatura media, tez blanca, cabellos cuyo color va del castaño leonado al castaño oscuro y fisonomías y constituciones sin grandes diferencias.

La historia de Pao antes del reinado del Panarca Aiello Panasper carece de hechos notables. Los primeros colonizadores, dado el carácter acogedor del planeta, se multiplicaron hasta alcanzar una densidad de población sin precedentes. Su forma de vida minimizó las fricciones sociales. No hubo guerras importantes, ninguna plaga, ningún desastre aparte del hambre cíclico, soportado con entereza. Los paoneses eran un pueblo sencillo, sin religión ni culto. Pedían a la vida escasas recompensas materiales, pero concedían una importancia recíprocamente considerable al cambio de casta o posición social. No conocían el deporte competitivo, aunque disfrutaban congregándose en grupos enormes de diez o veinte millones de personas para recitar relatos antiguos. El paonés típico cultivaba un pequeño terreno y aumentaba sus rentas mediante algún trabajo manual casero o algún comercio especial. Demostraba escaso interés por la política. Su soberano hereditario, el Panarca, ejercía una autoridad absoluta que llegaba, a través de una vasta administración civil, a la aldea más remota. El término paonés «carrera» era sinónimo de puesto de trabajo en la administración civil. Y en general, el gobierno era bastante eficiente.

El idioma de Pao derivaba del waydánico, aunque estructurado en formas peculiares. La frase paonesa, más que describir un acto, ofrecía la imagen de una situación. No existían verbos o adjetivos, ningún término comparativo formal como *bueno*, *mejor*, *óptimo*. El paonés típico se consideraba un corcho flotando en un océano de millones de olas, alzado, hundido y empujado por fuerzas incomprensibles... suponiendo que considerara distinta su personalidad. Apoyaba a su soberano con reverente temor, le rendía obediencia incondicional y a cambio sólo exigía continuidad dinástica, ya que en Pao nada debía variar, nada debía cambiar.

Pero el Panarca, por más tirano absoluto que fuera, también se veía obligado a someterse. Esa era la paradoja: al único individuo de Pao guiado por normas propias se le toleraban vicios impensables y abominables para el individuo normal. Pero él no podía mostrarse excéntrico o frívolo. Debía mantenerse alejado de la amistad, raras veces debía aparecer en lugares públicos. Y lo más importante, jamás debía reflejar indecisión o duda. Hacer tal cosa habría sido destruir el arquetipo.

II

Pergolai, isleta del Mar de Jhelianse situada entre Minamand y Dronamand, había sido adquirida como propiedad exclusiva y transformada en refugio idílico por el Panarca Aiello Panasper. Frente a un prado bordeado por bambúes paoneses y altas burseráceas se hallaba la mansión de Aiello, una etérea estructura de cristal blanco, piedra tallada y madera pulida. El diseño era sencillo: una torre residencial, un ala de servicio y un pabellón octogonal dotado de una cúpula de mármol rosa. Allí, en el pabellón, ante una mesa de marfil, se encontraba sentado Aiello para comer, ataviado con el Negro Total característico de su cargo. Era un hombre obeso, de osamenta pequeña, bien provisto de carnes. Su cabello plateado despedía un brillo tan primoroso como el de un bebé. Tenía la tez clara de un infante y unos ojazos que no parpadeaban. Los labios le colgaban, las cejas se arqueaban mucho e impartían una sensación perpetua de interrogación irónica y escéptica.

A la derecha se hallaba sentado su hermano Bustamonte, que ostentaba el título de coadjutor: un hombre de menor estatura, greñas morenas y lacias, ojos negros y bultos musculares en las mejillas. La actividad de Bustamonte superaba las normas paonesas. Había recorrido dos o tres planetas cercanos y regresado con diversos fervores que le habían ganado el disgusto y la desconfianza de la población de Pao.

Al otro lado de Aiello estaba el hijo de éste, Beran Panasper, el Medallón. Era un niño delgado, indeciso y apocado, dotado de frágiles facciones y largo cabello negro, parecido a Aiello sólo por su tez clara y sus ojazos.

Al otro lado de la mesa estaba sentada una decena de hombres: funcionarios del gobierno, peticionarios, tres representantes comerciales de Mercantil y un individuo de rostro aquilino vestido de castaño y gris, que no hablaba con nadie.

Aiello estaba atendido por doncellas especiales que lucían largos vestidos a rayas negras y doradas. Todos los platos que le servían eran probados antes por Bustamonte, costumbre residual de las épocas en las que el asesinato era la norma más que la excepción. También era posible hallar otra manifestación de este antiguo recelo en los tres mamarones situados de pie, vigilantes, detrás de Aiello. Se trataba de enormes criaturas con tatuajes de apagado tono negro: neutraloides. Vestían espléndidos turbantes de color cereza y oro, pantalones ceñidos de idénticos tonos, emblemas pectorales de seda blanca y plata y portaban escudos de refrax, que debían colocar ante el Panarca en caso de peligro.

Aiello, de mal talante, comió a bocaditos y por fin indicó que estaba preparado para atender los asuntos del día.

Vilnis Therobon, ataviado con la vestidura ocre y púrpura típica del Servicio de Bienestar Público, se puso en pie y se acercó al Panarca. Explicó su problema: los cultivadores de cereales de las sabanas del Impland Meridional se encontraban hostigados por la sequía. El, Therobon, deseaba llevarles agua de la cuenca de Impland Central, pero no había podido llegar a un acuerdo satisfactorio con el Ministro de Irrigación. Aiello prestó atención, formuló alguna pregunta y acto seguido, con una frase muy breve, autorizó la construcción de una planta purificadora de agua en el istmo de Koroi-Sherifte, con una red de conducción de quince mil kilómetros a fin de transportar el agua a los lugares precisos.

El Ministro de Sanidad Pública intervino a continuación. La población de la llanura central de Dronamand había crecido más que las viviendas disponibles. La construcción de nuevas moradas supondría invadir terrenos programados para producción de alimentos y precipitaría el hambre ya amenazadora. Aiello, que estaba mordisqueando una media luna de melón en salmuera, aconsejó el transporte semanal de un millón de personas a Nonamand, el desolado continente meridional. Además, todos los infantes de padres que ya tuvieran más de dos hijos serían sumergidos. Tales eran los métodos

clásicos de control de población. Los afectados los aceptarían sin resentimiento.

El pequeño Beran observaba, fascinado, asustado y admirado por la inmensidad del poder de su padre. Raramente le permitían presenciar actos de gobierno, ya que al Panarca le disgustaban los niños y mostraba una preocupación mínima por la educación de su hijo. Desde hacía poco tiempo el Coadjutor, Bustamonte, se había interesado por Beran y le hablaba durante interminables horas, hasta que la cabeza del jovencito se cargaba y sus ojos se cerraban. Los dos participaban en juegos extraños, que asombraban a Beran y le dejaban sumido en un nerviosismo peculiar. Y últimamente había tenido espacios en blanco en su mente, fallos de memoria.

Sentado a la mesa de marfil del pabellón, Beran llevaba en la mano un pequeño objeto desconocido. No recordaba dónde lo había encontrado, pero al parecer se trataba de algo que debía recordar. Miró a su padre y de pronto experimentó un pánico atroz. Bustamonte estaba mirándole, con el ceño fruncido. Beran se sintió incómodo y se irguió en la silla. Debía observar y prestar atención, como le había ordenado Bustamonte. Examinó a hurtadillas el objeto que sostenía en la mano. Era familiar y extraño al mismo tiempo. Como si recordara un sueño, Beran sabía que aquel objeto tenía utilidad... y de nuevo se produjo la oleada de pánico.

Comió un bocadito de cola de pescado asado, pero, como siempre, le faltaba apetito. Notó el roce de unos ojos. Alguien estaba contemplándole. Al volver la cabeza topó con la mirada de un desconocido, vestido de castaño y gris. El individuo tenía una cara impresionante, alargada y delgada, frente amplia, un vestigio de bigote, la nariz igual que la proa de un barco. Su cabello era de color negro lustroso, espeso y corto como el pelaje de un animal. Sus ojos estaban muy hundidos. Su mirada, tétrica y magnética, despertó todo el desasosiego de Beran. El objeto que sostenía empezó a parecerle pesado y ardiente. Hubiera querido arrojarlo debajo de la mesa, pero no podía hacer eso.

El último en ser escuchado fue Sigil Paniche, representante comercial de Mercantil, el planeta de un sol cercano. Paniche era un hombre enjuto, rápido e inteligente, de piel cobriza y cabello lustroso recogido en moños, asegurados con broches de turquesa. Era un Mercantil típico, vendedor y comerciante, tan urbano de por sí como campesinos y marineros eran los paoneses. Su planeta vendía a todo el cúmulo. Las barcas espaciales mercantiles deambulaban por todas partes a fin de entregar maquinaria, vehículos terrestres y aéreos, material para comunicaciones, generadores de energía, herramientas, armas... y regresaban a Mercantil con productos alimenticios, fastuosos artículos de artesanía y cualquier materia prima cuya importación fuera más barata que su sintetización.

Bustamonte susurró algo a Aiello, que sacudió la cabeza. Bustamonte susurró de forma más ansiosa. Aiello le respondió con una mirada de reojo, lenta y cáustica. Bustamonte volvió a sentarse con expresión de malhumor.

A una señal de Aiello, el capitán de la guardia mamarona dirigió la palabra a los reunidos, en voz suave que sonaba a metal arañado.

—Por orden del Panarca, todos los que han resuelto sus problemas se irán.

Al otro lado de la mesa sólo quedaron Sigil Paniche, sus dos asistentes y el desconocido vestido de castaño y gris.

El mercantil se acercó a una silla enfrente de Aiello. Hizo una inclinación de cabeza, tomó asiento y sus asistentes se situaron de pie detrás de él.

El Panarca Aiello pronunció una salutación informal. El mercantil respondió en paonés chapurreado.

Aiello jugueteó con una bandeja de fruta conservada en licor mientras escrutaba al mercantil.

—Pao y Mercantil han comerciado durante muchos siglos, Sigil Paniche.

El mercantil inclinó la cabeza.

—Satisfacemos al pie de la letra los pedidos... Este es nuestro lema.

Aiello se rió brevemente.

—El comercio con Pao les ha enriquecido.

—Comerciamos con veintiocho mundos, Supremacía.

Aiello se recostó en la silla.

—Hay dos asuntos que deseo discutir con usted. Acaba de escuchar que necesitamos

agua en Impland. Precisamos una instalación para la desmineralización de una cantidad suficiente de agua del océano. Puede mencionar este problema a sus ingenieros.

—Estoy a vuestras órdenes, señor ¹.

Aiello habló en tono equilibrado, sin emoción, casi con indiferencia.

—Les hicimos un pedido de grandes cantidades de material militar, y ustedes lo han satisfecho.

Sigil Paniche inclinó la cabeza para expresar su acuerdo. Sin que hubiera ningún indicio externo de cambio, el mercantil parecía repentinamente nervioso.

—Hemos cumplido los detalles exactos del pedido.

—No puedo estar de acuerdo con usted —respondió Aiello.

Sigil Paniche se quedó rígido. Sus palabras fueron más formales que antes todavía.

—Aseguro a Su Supremacía que yo mismo he comprobado la entrega. El material es exactamente igual que el descrito en el pedido y en la factura.

Aiello contestó en el tono más frío de que era capaz.

—Han entregado sesenta y cuatro ² monitores de barrera, quinientas doce patrulleras, gran número de resonadores múltiples, energéticos, avispas y armas de mano. Todo esto concuerda con el pedido original.

—Exacto, señor.

—Sin embargo, ustedes conocían el objeto de este pedido.

Sigil Paniche inclinó su brillante cabeza cobriza. —Os referís a la situación en el planeta Murcielagal. —Eso mismo. La dinastía Dolberg ha sido eliminada. Otra dinastía, los Brumbo, ha asumido el poder. Los nuevos gobernantes murgales suelen emprender aventuras militares.

—Así es la tradición —convino el mercantil. —Ustedes han suministrado armamento a esos aventureros.

Sigil Paniche manifestó su acuerdo una vez más. —Vendemos a cualquiera que desee comprar. Así lo hemos hecho durante muchos años... No debéis hacernos reproches por ello. Aiello enarcó las cejas.

—No les reprocho eso. Les reprocho por vendernos modelos estándar al mismo tiempo que ofrecen al clan Brumbo un material que ustedes les garantizan nos dejará indefensos. Sigil Paniche parpadeó. —¿Cuál es la fuente de vuestra información? —¿Debo renunciar a todos mis secretos? —¡No, no! —exclamó Paniche—. Pero vuestras alegaciones parecen erróneas. Nuestra política se basa en neutralidad absoluta.

—A menos que puedan obtener provecho de la perfidia.

Sigil Paniche se puso muy erguido. —Supremacía, soy representante oficial de Mercantil en Pao. Las declaraciones que me hacéis, por lo tanto, deben considerarse insultos formales. Aiello reflejó ligera sorpresa. —¿Insultar a un mercantil? ¡Descabellado! La piel de Sigil Paniche despidió un brillo bermellón.

Bustamonte musitó algo al oído de Aiello. Este se contrajo de hombros y volvió la cabeza hacia el mercantil. Su voz fue fría, sus palabras cuidadosamente medidas.

—Por las razones que he expuesto, declaro que Mercantil no ha satisfecho el contrato. La mercancía no cumplirá su función. No pagaremos.

¹ Los idiomas mercantil y paonés eran tan dispares como las dos formas de vida. El Panarca, al hacer la afirmación «Hay dos asuntos que deseo discutir con usted», empleó palabras que, traducidas con exactitud, serían así: «*Declaración-de-importancia* (un solo vocablo paonés) —*en estado de disposición*— dos; oído —de mercantil— *en estado de disposición*; boca —de la persona aquí presente— *en estado de volición*». Los términos en cursiva representan sufijos de condición.

La paráfrasis necesaria hace que la forma de hablar parezca chapucera. Pero la frase paonesa, «*Rhomel-en-shrai bogal-Mercantil- nli-en mous-es-nli-ro*» sólo precisa tres fonemas más que «Hay dos asuntos que deseo discutir con usted».

Los mercantiles se expresan en unidades netas de precisa información. «Estoy a vuestras órdenes, señor» se traduciría literalmente por **Yo-Embajador-aquí-presente gustosamente-obedezo las órdenes-recién-pronunciadas por-vuestra-Suprema Realeza-aquí mismo oídas y entendidas*».

² El sistema de numeración paonés se basa en la cifra 8, de ahí que el 100 paonés equivalga a 64, el 1.000 a 512, etc...

—¡Los artículos entregados cumplen los requisitos contractuales! —afirmó Sigil Paniche. En su opinión no era preciso añadir más.

—Pero son inservibles dadas nuestras necesidades, hecho conocido por Mercantil. Los ojos de Paniche chispearon.

—Sin duda, Su Supremacía ha considerado los efectos a largo plazo de una decisión como ésta.

Bustamonte no pudo menos que replicar:

—Será preferible que los mercantiles consideren los efectos a largo plazo de la perfidia. Aiello hizo un ligero gesto de irritación y Bustamonte volvió a sentarse.

Sigil Paniche miró por encima del hombro a sus dos subordinados. Intercambiaron susurros enfáticos. Acto seguido, Paniche formuló una pregunta.

—¿Puedo inquirir a qué «efectos a largo plazo» alude el Coadjutor?

Aiello asintió.

—Dirija su atención al caballero que tiene a la izquierda.

Todos los ojos giraron hacia el desconocido vestido de castaño y gris.

—¿Quién es este hombre? —preguntó bruscamente Sigil Paniche—. No reconozco su ropa.

Aiello recibió una taza de almíbar verde de manos de una de las doncellas con atavíos negros y dorados. Bustamonte probó una cucharada cumpliendo con su obligación. El Panarca se acercó la taza a los labios, sorbió el almíbar.

—Le presento a Lord Palafox. Está aquí para ofrecernos consejo. —Sorbió más almíbar, dejó a un lado la taza. La doncella se apresuró a recogerla.

Sigil Paniche contempló al desconocido con fría hostilidad. Sus asistentes intercambiaron murmullos. Bustamonte se hallaba repantigado en la silla.

—Al fin y al cabo —dijo Aiello—, si no podemos confiar nuestra protección a Mercantil, debemos buscar ayuda en otra parte.

Sigil Paniche se volvió de nuevo para musitar algo a sus consejeros. Se produjo una discusión apagada. Paniche chasqueó los dedos enérgicamente, los consejeros asintieron y guardaron silencio. Paniche volvió a mirar a Aiello.

—Como es natural, Su Supremacía actuará como crea mejor. Yo debo señalar que los productos de Mercantil no tienen igual en lugar alguno.

Aiello lanzó una mirada al hombre vestido de castaño y gris.

—No estoy dispuesto a discutir este punto. Tal vez Lord Palafox tenga algo que decir. Pero Palafox movió negativamente la cabeza.

Paniche hizo una señal a uno de sus subordinados, que se adelantó de mala gana.

—Permitidme mostrar uno de nuestros últimos inventos.

El consejero le tendió una caja, de la que Paniche extrajo dos pequeñas semiesferas transparentes.

Los guardaespaldas neutraloides, al ver la caja, se habían puesto de pronto delante de Aiello con los escudos de refrax. Sigil Paniche esbozó una sonrisa forzada.

—No hay motivo de alarma... Esto no es peligroso.

Enseñó las semiesferas a Aiello y luego se las puso en los ojos.

—¡Nuestras nuevas optidinas! ¡Funcionan como microscopio o como telescopio! La impresionante gama de valores de su alcance la controlan los músculos oculares y los párpados. ¡Realmente maravillosas! Por ejemplo... —Dio media vuelta y asomó la cabeza por la ventana del pabellón—. Veo cristales de cuarzo en las piedras del rompeolas. Hay un chiquillo de piel oscura escondido bajo aquel arbusto. —Dirigió la mirada a una de sus mangas—. Veo las hebras, las fibras de las hebras, las láminas de las fibras.

Miró a Bustamonte.

—Observo los poros de la estimable nariz del Coadjutor. Observo varios pelos en la ventana nasal. —Miró al Medallón, evitando con tacto el desacierto de contemplar a Aiello—. El valiente muchachito está excitado. Puedo tomarle el pulso: una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, once, doce, trece... Sostiene entre los dedos un objeto diminuto, no mayor que una píldora. —Se volvió, examinó al hombre de gris—. Veo...

Miró con fijeza. Después, con brusco ademán, apartó de sus ojos las optidinas.

—¿Qué ve? —inquirió Bustamonte.

Sigil Paniche escrutó al espigado desconocido con aire perturbado y temeroso.

—He visto su símbolo. ¡El tatuaje de un mago de Rotura!

Al parecer esas palabras excitaron a Bustamonte. Lanzó una feroz mirada de acusación a Aiello, otra de odio a Palafox y finalmente contempló con ceño el marfil de la mesa.

—Está usted en lo cierto —dijo Aiello—. Le presento a Lord Palafox, Preceptor del Instituto de Rotura.

Sigil Paniche inclinó la cabeza frígidamente.

—¿Me permitirá una pregunta Su Supremacía?

—Pregunte cuanto desee.

—¿Qué hace Lord Palafox aquí, en Pao?

—Ha venido a petición mía —dijo el Panarca sin inmutarse—. Necesito el consejo de un experto. Algunos de mis confidentes —dirigió una mirada bastante despreciativa a Bustamonte— opinan que, pagando, podemos obtener la cooperación de Mercantil. El cree que ustedes, por un precio determinado, traicionarán a los Brumbo de Murcielagal del mismo modo que nos han traicionado ya a nosotros.

Sigil Paniche respondió con voz débil:

—Comerciamos en todo tipo de mercancías. Podemos comprometernos a encontrar algo especial.

Aiello frunció sus rosados labios hasta esbozar una burlona mueca de repugnancia.

—Preferiría tratar con Lord Palafox.

—¿Por qué estáis diciéndome esto?

—No quiero que sus síndicos piensen que su traición pasa desapercibida.

Sigil Paniche hizo un gran esfuerzo.

—Os insto a que reconsideréis el tema. En modo alguno os hemos engañado. Hemos suministrado exactamente lo pedido. Mercantil os ha servido bien en el pasado... Esperamos servirlos en el futuro. Si hacéis tratos con Rotura, ipensad en las implicaciones de esos tratos!

—No he hecho tratos con Lord Palafox —dijo Aiello, dirigiendo una rápida mirada la hombre vestido de castaño y gris.

—Ah, pero lo haréis... y si me es permitido hablar con franqueza... —Paniche aguardó.

—Hable —dijo Aiello.

—... para vuestra consternación en último término. —Se envalentonó—. No olvidéis nunca, Supremacía, que en Rotura no fabrican armas. No hacen aplicación alguna de su ciencia. —Miró a Palafox—. ¿No es cierto?

—No del todo —replicó Palafox—. Un preceptor del Instituto jamás va sin armas.

—¿Y Rotura fabrica armas para la exportación? —insistió Paniche.

—No —respondió Palafox con una débil sonrisa—. Es bien sabido que nosotros sólo producimos conocimiento y hombres.

Sigil Paniche se volvió hacia Aiello.

—Sólo las armas pueden protegeros de la furia de los Brumbo. ¿Por qué no examinar, por lo menos, algunos de nuestros nuevos productos?

—Eso no puede ser perjudicial —urgió Bustamonte—. Y es posible que no necesitemos a Palafox a pesar de todo.

Aiello le respondió con una mirada de irritación, pero Sigil Paniche estaba ya mostrando un proyector en forma de guante con un asa.

—Este es uno de nuestros inventos más ingeniosos.

El Medallón Beran, que contemplaba los hechos absorto, sintió un temblor repentino, una punzada de indescriptible alarma. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Qué? ¡Debía abandonar el pabellón, debía irse! Pero no podía moverse de su silla.

Paniche estaba dirigiendo su instrumento hacia la cúpula de mármol rosado.

—Observad, por favor. —La mitad superior de la sala quedó negra, como si estuviera tapada por un postigo muy oscuro, como si hubiera sido arrancada de la existencia—. El dispositivo busca, atrae y absorbe energía de la fase visual —explicó el mercantil—. Es valiosísimo para lograr la confusión del adversario.

Beran volvió la cabeza, miró desesperadamente hacia Bustamonte.

—¡Mirad ahora! —exclamó Sigil Paniche—. Muevo este botón...

Movió el botón. La sala quedó totalmente a oscuras.

La tos de Bustamonte fue el único ruido que se escuchó.

Después hubo un siseo de sorpresa, crujidos, un sonido ahogado.
La luz volvió al pabellón. Se oyó un jadeo de horror. Todos los ojos se dirigieron al Panarca. Aiello yacía recostado en su diván de seda rosa. Una de sus piernas se estiró, pateó, hizo resonar los platos y botellas de la mesa.
—¡Socorro, un médico! —gritó Bustamonte—. ¡Para el Panarca!
Los puños de Aiello trazaron a golpes un tatuaje espasmódico en la mesa. Sus ojos se nublaron y su cabeza cayó hacia adelante con la absoluta lasitud de la muerte.

III

Los médicos examinaron cuidadosamente a Aiello, una mole enorme con brazos y piernas extendidos irregularmente en cuatro direcciones. Beran, el nuevo Panarca, Hálito Deificado de los Paoneses, Tirano Absoluto de Ocho Continentes, Amo del Océano, Señor del Sistema y Caudillo Reconocido del Universo (entre otros títulos honorarios), permaneció sentado muy nervioso, sin evidenciar comprensión ni pena. Los mercantiles habían formado un apretado grupo y murmuraban entre ellos. Palafox, que no se había movido de su silla ante la mesa, observaba sin interés.

Bustamonte, ahora Coadjutor Principal, no perdió tiempo en hacer valer la autoridad que, como regente del nuevo Panarca, podía utilizar. Movi6 la mano. Un escuadr6n de mamarones corri6 a ocupar sus puestos alrededor del pabell6n.

—Nadie saldrá de aquí —anunci6 Bustamonte— hasta que estas trágicas circunstancias queden clarificadas. —Mir6 a los médicos—. ¿Han determinado la causa de la muerte?

El primero de los tres médicos hizo una inclinaci6n de cabeza.

—El Panarca ha sucumbido a los efectos de un veneno. Fue administrado mediante un proyectil de aguja que atraves6 el lado izquierdo de su cuello. El veneno.... —Consult6 los instrumentos, los gráfic6s sombreados y las ruedecillas de color de un analizador, en el que sus colegas habían insertado muestras de los fluidos corporales de Aiello—. Al parecer, el veneno es un derivado del mepotanax, probablemente extina.

—En ese caso —dijo Bustamonte, y su mirada pas6 del grupito de comerciantes mercantiles al grave Lord Palafox—, el crimen ha sido cometido por alguien que se halla en esta sala.

Sigil Paniche se acerc6 tímidamente al cadáver.

—Dejadme examinar ese aguji6n.

El médico principal señal6 una bandeja metálica. Allí se encontraba el aguji6n negro con su menudo bulbo blanco.

El rostro de Sigil Paniche reflej6 tensi6n.

—Este objeto es el que he visto en la mano del Medall6n, no hace mäs que unos segundos.

Bustamonte se dej6 llevar por la cólera. Sus pómulos adquirieron un tinte rosado, sus ojos se nublaron de fuego.

—Esta acusaci6n la hace usted... ¡Un timador de Mercantil! ¿Acusa al muchacho de asesinar a su padre?

Beran se puso a gimotear. Su cabeza oscil6 de un lado a otro.

—Silencio —musit6 Bustamonte—. ¡La naturaleza del hecho estä muy clara!

—No, no —protest6 Sigil Paniche, y los demäs mercantiles quedaron pálidos e impotentes.

—No hay lugar a duda —afirm6 inexorablemente Bustamonte—. Vinieron a Pergolai sabiendo que su engaño había sido descubierto. Estaban decididos a eludir las sanciones.

—¡Esto es absurdo! —exclam6 el mercantil—. ¿C6mo íbamos a planear un acto tan estúpido?

Bustamonte hizo caso omiso de la protesta. Sigui6 hablando en tono atronador.

—El Panarca no piensa ablandarse. ¡Usted actu6 al abrigo de la oscuridad, usted mat6 al gran líder de los paoneses!

—¡No, no!

—¡Pero no obtendrä provecho alguno del crimen! ¡Yo, Bustamonte, soy mäs implacable todavía que Aiello! Mi primer acto serä dictar sentencia contra ustedes.

Bustamonte alz6 un brazo, con la palma hacia afuera y los dedos apretados al pulgar: la tradicional seña de muerte de los paoneses. Llam6 al comandante de los mamarones.

—¡Sumergir a estas criaturas! —Mir6 hacia el cielo. El Sol se hallaba muy bajo—. ¡De prisa, antes de la puesta de Sol!

Apresuradamente, ya que la superstición paonesa impedía matar durante las horas de oscuridad, los mamarones condujeron a los comerciantes a un peñasco con vistas a un brazo de mar. Les metieron los pies en tubos lastrados y los lanzaron al vacío. Los cuerpos chocaron con el agua, se hundieron y la superficie recobró su calma anterior.

Veinte minutos más tarde, por orden de Bustamonte, llegaron los restos mortales de Aiello. Sin ninguna ceremonia, el cadáver fue lastrado y arrojado igual que los mercantiles. De nuevo el mar mostró un rápido brote de espuma blanca. Al mismo tiempo quedó tranquilo y azul.

El Sol se cernía sobre el borde del mar. Bustamonte, Coadjutor Principal de Pao, recorría la terraza con pasos nerviosos y enérgicos.

Lord Palafox se hallaba sentado, cerca. Ambos extremos de la terraza estaban ocupados por un mamarone, con punzones explosivos apuntando constantemente hacia Palafox, a fin de frustrar cualquier acto de violencia.

Bustamonte se detuvo ante Palafox.

—Mi decisión ha sido sensata... ¡No me cabe la menor la duda!

—¿De qué decisión habla?

—La relacionada con los mercantiles.

Palafox meditó.

—Ahora podría tener dificultades en las relaciones comerciales.

—¡Bah! ¿Cuánta preocupación van a mostrar por las vidas de tres hombres si pueden obtener beneficios?

—Muy poca, sin duda.

—Estos hombres eran embaucadores y timadores. No merecían más que lo que han recibido.

—Además —observó Palafox—, el delito ha ido acompañado por una condena correcta, sin desequilibrios capaces de alterar el orden público.

—Se ha hecho justicia —dijo ceremoniosamente Bustamonte.

Palafox asintió.

—La función de la justicia, al fin y al cabo, es disuadir a cualquier persona que pueda desear la ejecución de una fechoría similar. La ejecución es un ejemplo de dicha disuasión.

Bustamonte dio media vuelta, midió con sus pasos la terraza.

—Es cierto que en parte he actuado por consideraciones de conveniencia.

Palafox no hizo comentarios.

—Con toda franqueza —dijo Bustamonte—, admito que la evidencia apunta hacia otra mano en el asunto, y el elemento principal del problema persiste, igual que la punta de un iceberg.

—¿De qué problema habla?

—¿Cómo debo tratar al joven Beran?

Palafox se acarició su fino mentón.

—Hay que considerar el problema en su perspectiva correcta.

—No logro comprenderle.

—Debemos preguntarnos, ¿realmente mató Beran al Panarca?

Con los labios echados hacia afuera y los ojos muy abiertos, Bustamonte logró convertirse en un grotesco híbrido de mono y rata.

—¡Indudablemente!

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

Bustamonte hizo un gesto de indiferencia.

—Aiello no sentía cariño por Beran. Es dudoso que el niño fuera engendrado realmente por Aiello.

—¿Es cierto? —dijo Palafox en tono meditativo—. ¿Y quién puede ser el padre?

Bustamonte hizo otro gesto de indiferencia. —La Divina Petraia no era demasiado remilgada en sus indiscreciones, pero jamás sabremos la verdad, puesto que hace un año Aiello ordenó que la sumergieran. Beran quedó sumido en el dolor, y ahí podría estar el móvil del delito.

—No estará tomándome por un necio, ¿verdad? —preguntó Palafox, esbozando una

sonrisa fija muy peculiar.

Bustamonte le miró con asombro. —¿Eh? ¿A qué se refiere?

—La ejecución de este acto era necesaria. El niño parecía actuar sometido a coacción hipnótica. Su mano ha sido guiada por otro cerebro.

—¿Opina así? —Bustamonte le miró con ceño—. ¿Quién podría ser ese «otro»?

—¿Por qué no el Coadjutor Principal? Bustamonte dejó de pasear y se rió un momento. —¡Esto sí que es fantasía! ¿Qué me dice de usted? —Yo no gano nada con la muerte de Aiello —dijo Palafox—. El me hizo venir por un motivo concreto. Ahora ha muerto, y la política de Pao toma otra dirección. Ya no hago falta. Bustamonte alzó una mano.

—No tan de prisa. Hoy no es ayer. Es posible, como usted sugiere, que sea difícil tratar con los mercantiles. Es posible que usted pueda serme de utilidad, igual que pudo serlo para Aiello.

Palafox se puso en pie. El Sol estaba desapareciendo en el mar más allá del horizonte, flotaba como una naranja distorsionada en la densa atmósfera. La brisa hacía tintinear unas campanillas de vidrio y arrancaba tristes sonidos de flauta de un arpa cólica. Livinas cicadáceas suspiraban y susurraban.

El Sol se acható, se redujo a la mitad, a una cuarta parte.

—¡Atención! —dijo Palafox—. ¡Fíjese en el fulgor verde!

La última línea de rojo ígneo se hundió bajo el horizonte. Después brotó un fluctuante venablo de verde puro que cambió a azul, y la luz del sol se apagó.

Bustamonte siguió hablando en voz grave.

—Beran debe morir. La realidad del parricidio es evidente.

—Está reaccionando exageradamente —observó Palafox en tono apacible—. Sus remedios son peores que la enfermedad.

—Actúo como considero necesario —espetó Bustamonte.

—Le libraré del niño —dijo Palafox—. Podría volver conmigo a Rotura.

Bustamonte escrutó a Palafox con sorpresa fingida.

—¿Qué hará usted con el pequeño Beran? La idea es disparatada. Estoy dispuesto a ofrecerle un lote de hembras para aumentar su prestigio, pero ahora yo doy las órdenes por lo que a Beran respecta.

Palafox desvió la mirada hacia el suelo, risueño.

—Teme que Beran llegue a ser un arma contra usted. No desea la posible competencia.

—Sería banal negarlo.

Palafox contempló el cielo.

—No es preciso que le tema. El no recordará nada.

—¿Por qué se interesa por este niño? —preguntó Bustamonte.

—Considérelo un capricho.

La réplica de Bustamonte fue breve.

—Debo negarme.

—Soy mejor como amigo que como enemigo —dijo en voz baja Palafox.

Bustamonte se detuvo de repente. Bajó y subió la cabeza con repentina simpatía.

—Tal vez reconsidere la cuestión. Al fin y al cabo, es difícil que el niño cause problemas... Acompáñeme, le llevaré a ver a Beran. Observaremos cómo reacciona ante esta idea.

Bustamonte se puso en camino, meneando sus cortas piernas. Con una sonrisa apenas esbozada, Palafox fue tras él.

Al llegar al portal Bustamonte murmuró algo con rapidez al capitán de los mamarones. Palafox, que iba detrás, se detuvo junto al espigado y negro neutraloide y dejó que Bustamonte se alejara a fin de que no pudiera oírle. Habló con la cabeza echada hacia atrás, para poder contemplar el severo semblante.

—Supón que te transformo en un hombre de verdad, ¿cómo me recompensarías?

Los ojos brillaron, los músculos ondearon bajo la piel negra. El neutraloide replicó con su extraña voz suave:

—¿Cómo le recompensaría? Machacándole, aplastándole el cráneo. Soy más que un hombre, más que cuatro hombres... ¿Por qué iba a querer recuperar la debilidad?

—Ah —se maravilló Palafox—. ¿No eres aficionado a la debilidad?

—Sí —dijo suspirando el neutraloide—, ciertamente tengo un defecto. —Enseñó los

dientes al hacer una mueca espantosa—. Me divierte muchísimo matar. Nada mejor que estrangular hombrecillos blancos.

Palafox se alejó y entró en el pabellón.

La puerta se cerró detrás de él. Miró por encima del hombro. El capitán continuaba lanzándole su feroz mirada al otro lado del panel transparente. Palafox observó las demás entradas. Había mamarones de vigilancia en todas partes.

Bustamonte ocupaba uno de los sillones de espuma negra de Aiello. Se había echado sobre los hombros una túnica negra, el Negro Total de los Panarcas.

—Me maravillan ustedes, los de Rotura —dijo Bustamonte—. ¡Su osadía es notable! ¡Se ponen en peligro como si tal cosa!

Palafox meneó la cabeza con aire grave.

—No somos tan imprudentes como parece. Ningún preceptor viaja al extranjero sin medios para protegerse.

—¿Se refiere a su supuesta magia?

Palafox movió negativamente la cabeza.

—No somos magos. Pero tenemos armas sorprendentes a nuestra disposición.

Bustamonte examinó la vestimenta de color castaño y gris, que no ofrecía hueco alguno para ocultar objetos.

—Sean cuales sean sus armas, no están ahora a la vista.

—Espero que no.

Bustamonte se cubrió las rodillas con la túnica negra.

—Dejemos de lado la ambigüedad.

—Con mucho gusto.

—Yo controlo Pao. Por lo tanto, tengo el título de Panarca. ¿Qué dice a eso?

—Digo que usted ha realizado un ejercicio de lógica práctica. Si ahora trae a Beran ante mí, los dos nos iremos y le dejaremos con las responsabilidades de su cargo.

Bustamonte meneó la cabeza.

—Imposible.

—¿Imposible? Ni mucho menos.

—Imposible dados mis objetivos. Pao está regido por la continuidad y la tradición. El sentimiento público exige la ascensión al trono de Beran. Debe morir, antes de que la noticia de la muerte de Aiello se difunda.

Palafox tocó con aire meditativo la marca negra de su bigote.

—En ese caso ya es demasiado tarde.

Bustamonte se quedó atónito.

—¿Qué está diciendo?

—¿No ha escuchado el boletín de noticias de Eiljanre? El locutor está hablando ahora mismo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Bustamonte.

Palafox señaló el mando de sonido situado en el brazo de sillón de Bustamonte.

—Hay medios para demostrar que estoy equivocado.

Bustamonte movió el botón. Una voz brotó de la pared, plena de emoción sintética.

«¡Pao, apénate! ¡Pao entero, lámentate! ¡El gran Aiello, nuestro noble Panarca, ha muerto! ¡Calamidad, calamidad, calamidad! Contemplamos atónitos la tristeza del cielo, y nuestra esperanza, nuestro único consuelo en esta hora trágica, es Beran, ¡el nuevo Panarca! ¡Que su reinado sea tan estático y glorioso como el del gran Aiello!»

Bustamonte se volvió hacia Palafox como un novillo negro.

—¿Cómo se ha difundido la noticia?

Palafox replicó con sosegada indiferencia:

—Yo mismo la dí a conocer.

Los ojos de Bustamonte chispearon.

—¿Cuándo ha hecho eso? Ha estado sometido a vigilancia constante.

—Nosotros, los preceptores de Rotura —dijo Palafox—, no carecemos de recursos.

La voz del muro seguía sonando monótonamente:

«Cumpliendo órdenes del Panarca Beran, los mamarones han sumergido a los criminales responsables del acto. El Coadjutor Bustamonte sirve a Beran con sincera lealtad, y colaborará en el mantenimiento del equilibrio.»

La furia de Bustamonte rebosó como agua hirviendo.

—¿Cree que va a frustrar mis planes con esa triquiñuela? —Hizo un gesto a los mamarones—. Usted desea reunirse con Beran. Así lo hará... en la vida y, con la primera luz del día, en la muerte.

Los guardianes se hallaban detrás de Palafox.

—¡Cachead a este hombre! —exclamó Bustamonte—. ¡Registradlo con cuidado!

Los guardianes sometieron a Palafox a un escrutinio minuciosísimo. Examinaron hasta la última costura de sus ropas, le manosearon y pincharon con total falta de consideración a su dignidad.

Nada se descubrió. Ningún instrumento, arma o herramienta. Bustamonte contempló el registro con descarada fascinación y reflejó desilusión tras el resultado negativo.

—¿Cómo es posible? —preguntó en tono de mofa—. ¡Usted, un mago del Instituto de Rotura! ¿Dónde están los aparatos, los utensilios infalibles, las energías misteriosas?

Palafox, que se había sometido al cacheo sin emoción alguna, replicó con voz placentera:

—Lo lamento, Bustamonte, no dispongo de libertad para responder a sus preguntas. Bustamonte prorrumpió en roncadas carcajadas. Hizo un gesto a la guardia.

—Encerradlo.

Los neutraloides agarraron por los brazos a Palafox.

—Un comentario final —dijo Palafox—, ya que usted no volverá a verme en Pao. Bustamonte asintió.

—De ello estoy seguro.

—Vine aquí porque Aiello deseaba negociar un acto.

—¡Una misión miserable! —exclamó Bustamonte.

—Más bien un intercambio de excedentes para satisfacer las necesidades mutuas —dijo Palafox—. Mi sabiduría a cambio de la población de ustedes.

—No tengo tiempo para temas abstrusos. —Bustamonte hizo un ademán a los guardianes, que empujaron a Palafox hacia la puerta.

—Dejadme hablar —dijo Palafox, en voz amable.

Los guardianes no le prestaron atención. Palafox dio un tirón ligero, los neutraloides prorrumpieron en gritos y se apartaron bruscamente de él.

—¿Qué es esto? —gritó Palafox, que se había puesto en pie de un brinco.

—¡Ese hombre quema! ¡Despide fuego!

Palafox siguió hablando con calma.

—Como iba diciendo, no volveremos a vernos en Pao. Pero usted me necesitará, y el pacto de Aiello le parecerá muy razonable. Y entonces tendrá que ir a Rotura. —Inclinó la cabeza hacia Bustamonte, se volvió a los guardianes—. Vamos, podemos irnos ya.

IV

Beran estaba sentado con la barbilla apoyada en el alféizar de la ventana, contemplando la noche. El oleaje fosforescía en la playa, las estrellas flotaban en grandes enjambres helados. Ninguna otra cosa era visible.

La habitación se hallaba en lo alto de la torre y tenía un aspecto muy horrible y desolado. Las paredes eran de fibra, la ventana, de pesado cleax y la puerta encajaba en la abertura sin quedar una sola grieta. Beran sabía qué clase de lugar era aquél: una cámara de confinamiento.

Un sonido tenue llegó de abajo, el apagado gruñido de la risa de un neutraloide. Beran estaba convencido de que se reían de él, del final miserable de su existencia. Brotaban lágrimas de sus ojos, pero Beran, igual que cualquier niño paonés, no daba más muestras de emoción.

Hubo un ruido en la puerta. La cerradura crujió, la puerta se deslizó hacia atrás. En el umbral se encontraban dos neutraloides y, detrás de ellos, Lord Palafox.

Beran se acercó lleno de esperanza... pero la actitud de los otros le detuvo. Los neutraloides empujaron a Palafox. La puerta crujió de nuevo al cerrarse. Beran permaneció en el centro de la habitación, cabizbajo y deprimido.

Palafox observó la habitación, al parecer valorando todos los detalles en un instante. Acercó la oreja a la puerta, prestó atención y acto seguido llegó a la ventana con tres zancadas muy elásticas. Miró el exterior. Nada que ver, sólo estrellas y olas. Movié la lengua hasta una zona clave del interior de su mejilla. Una voz infinitesimal, la del locutor de Eiljanre, sonó en su oído interno. La voz reflejaba excitación.

«Nos llegan noticias del Coadjutor Bustamonte desde Pergolai: ¡Hechos graves! En el traicionero ataque al Panarca Aiello, el Medallón resultó igualmente herido y es poco probable que sobreviva. Los mejores médicos de Pao lo atienden constantemente. El Coadjutor Bustamonte pide que todos los paoneses se unan para proyectar una ola de esperanza por el debilitado Medallón.»

Palafox apagó el sonido con un segundo toque de su lengua. Volvió la cabeza hacia Beran, le hizo un gesto. Beran se acercó un paso más. Palafox se agachó para hablarle al oído.

—Corremos peligro —musitó—. Oyen todo cuanto decimos. No hables, límitate a mirarme... ¡y muévete en cuanto te dé la señal!

Beran asintió. Palafox realizó un segundo examen de la habitación, con bastante más lentitud que antes.

Mientras lo hacía, una parte de la puerta se hizo transparente y un ojo escudriñó el interior.

Con súbita irritación, Palafox alzó una mano y finalmente se contuvo. El ojo desapareció al cabo de un momento y la pared quedó opaca como antes.

Palafox se acercó de un salto a la ventana. Estiró el dedo índice. De la punta brotó, como una flecha, una aguja de incandescencia que talló en el cleax una muesca siseante. La ventana se soltó y, antes de que Palafox pudiera cogerla, desapareció en la oscuridad.

—¡Ven aquí, de prisa! —musitó Palafox—. ¡Rápido!

Beran dudaba.

—¡De prisa! —murmuró Palafox—. ¿Deseas vivir? ¡Súbete a mi espalda, rápido!

De abajo llegó el ruido sordo de pisadas, y voces cada vez más fuertes.

Un instante después se abrió la puerta. Tres mamarones aparecieron en el umbral. Se detuvieron, miraron por todas partes y corrieron hacia la ventana abierta.

El capitán dio media vuelta.

—¡Abajo, al jardín! ¡Si se han escapado habrá aguas profundas para todos!

Al registrar los jardines no encontraron rastro alguno de Palafox y Beran. A la luz de las estrellas, más oscuros que la oscuridad, los mamarones discutieron con su típica voz

suave y finalmente tomaron una decisión. Sus voces se apagaron. Los guardianes se deslizaron en la noche.

V

Cualquier conjunto de personas, sea poco o muy numeroso, por muy cabal que sea su homogeneidad, sin importar la firmeza con que todos los individuos profesan su doctrina común, demostrará estar constituido por grupos menores, que abrazan versiones varias del credo común. Y estos subgrupos pondrán de manifiesto grupos más pequeños, y así sucesivamente hasta llegar al límite del individuo aislado, e incluso en esta persona se expresarán tendencias opuestas.

ADAM OSTWALD: *La sociedad humana*

Los paoneses, a pesar de ser quince mil millones, constituían el grupo más poco diferenciado que puede encontrarse en el universo humano. Sin embargo, entre los paoneses, los rasgos en común carecían de importancia y tan sólo las distinciones, aunque fueran minúsculas, atraían la atención.

De este modo la población de Minamand, y en especial la de la capital, Eiljanre, tenía fama de urbana y frívola. Hivand, el continente más llano y desprovisto de accidentes geográficos, era ejemplo de ingenuidad bucólica. Los habitantes de Nonamand, el continente desolado del sur, eran renombrados por su severa frugalidad y fortaleza, mientras que los de Vidamand, que cultivaban vides y frutas y embotellaban casi todo el vino de Pao, eran considerados desprendidos y opulentos.

Desde hacía muchos años Bustamonte disponía de un grupo de informadores secretos apostados en los ocho continentes. A primeras horas de la mañana, mientras recorría la fresca galería de la mansión de Pergolai, Bustamonte estaba acosado por la preocupación. Los hechos no se sucedían a su gusto. Sólo tres de los ocho continentes parecían aceptarle como Panarca *de facto*. Se trataba de Vidamand, Minamand y Dronomand. Respecto a Aimand, Shraimand, Nonaman, Hivand e Impland, los agentes informaban de una creciente oleada de obstinación.

No había indicios de rebelión, ningún desfile o reunión pública. La insatisfacción paonesa se expresaba con displicencia, ritmo lento en todos los servicios públicos, cooperación decreciente con la administración civil. En el pasado esa situación había conducido a la paralización de la economía y al cambio de dinastía.

Bustamonte hizo crujir sus nudillos, muy nervioso mientras consideraba la situación. De momento, se había comprometido a seguir un curso. El Medallón debía morir, igual que el mago de Rotura.

Había llegado el alba, ahora podía cumplirse correctamente la ejecución.

Descendió a la planta baja, e hizo un gesto a un mamarone.

—Llama al capitán Mornune.

Transcurrieron varios minutos. El neutraloide regresó.

—¿Dónde está Mornune? —preguntó Bustamonte.

—El capitán Mornune y dos soldados de la compañía han salido de Pergolai.

Bustamonte se volvió bruscamente, aturdido.

—¿Que se han ido de Pergolai?

—Esa es mi información.

Bustamonte lanzó una mirada de ira al guardián y después miró hacia la torre.

—¡Vamos!

Entró furiosamente en el ascensor. Los dos hombres fueron lanzados hacia arriba. Bustamonte recorrió el pasillo en dirección a la cámara de reclusión. Acercó un ojo a la mirilla y observó la habitación entera. Luego abrió violentamente la puerta y se dirigió a

la ventana abierta.

—Todo está claro ahora —gruñó—. Beran se ha ido. El preceptor se ha ido. Ambos han huido a Eiljanre. Habrá complicaciones.

Se acercó a la ventana, contempló la lejanía. Finalmente se volvió.

—¿Te llamas Andrade?

—Hessenden Andrade.

—Ahora eres el capitán Andrade, ocupas el lugar de Mornune.

—Perfectamente.

—Volvemos a Eiljanre. Encárgate de los preparativos necesarios.

Bustamonte bajó a la terraza y se sirvió una copa de licor. Evidentemente, Palafox pretendía que Beran fuera Panarca. Los paoneses adoraban a un Panarca joven y exigían que la dinastía progresara con uniformidad. Cualquier otra cosa alteraba su necesidad de continuidad eterna. Beran sólo precisaba dejarse ver en Eiljanre, para ser conducido triunfalmente al Gran Palacio y ataviarse con el Negro Total.

Bustamonte bebió una buena cantidad de licor. Bien, había fracasado. Aiello había muerto. Bustamonte jamás podría demostrar que la mano de Beran había introducido el agujón fatal. De hecho, ¿no habían sido ejecutados tres comerciantes de Mercantil por el mismo delito?

¿Qué hacer? De momento lo único posible era dirigirse a Eiljanre y confiar en ocupar el cargo de Coadjutor Principal, regente en lugar de Beran. A menos que estuviera muy influido por Palafox, Beran restaría importancia a su encierro. Y si Palafox se mostraba intransigente, siempre habría algún modo de entenderse con él.

Bustamonte se levantó. De vuelta a Eiljanre, para comer empanadas de venado. Había pasado muchos años fingiendo adulación a Aiello y la experiencia le sería muy útil.

En las horas y días siguientes Bustamonte sufrió tres sorpresas de magnitud creciente.

La primera fue saber que ni Palafox ni Beran habían llegado a Eiljanre, como tampoco habían aparecido en lugar alguno de Pao. Bustamonte, al principio precavido y vacilante, empezó a respirar con más sosiego. ¿Acaso la pareja se había topado con algún desastre imprevisto? ¿Acaso Palafox había secuestrado al Medallón por razones personales?

La duda era perturbadora. Hasta que estuviera seguro de la muerte de Beran, Bustamonte no podía disfrutar de las ventajas del título de Panarca. De forma similar, la duda se había adueñado de las masas paonesas. Su mal humor crecía a diario y los informadores de Bustamonte le aseguraban que en todas partes le llamaban Bustamonte Bereglo. Este era un término típico paonés, aplicado a empleados de matadero con escasa destreza o a una criatura que molesta y mordisquea a su víctima.

Bustamonte bullía en su interior, pero se confortaba mostrándose recto, con la esperanza de que la población le aceptara como Panarca o bien que Beran apareciera para desmentir los rumores y se sometiera a un asesinato más exitoso.

Después llegó el segundo sobresalto inquietante.

El embajador de Mercantil entregó a Bustamonte una declaración que en primer lugar vituperaba al gobierno paonés por la ejecución sumaria de los tres agregados comerciales, interrumpía a continuación las relaciones comerciales hasta recibir una indemnización y establecía ésta: una suma que era ridículamente importante para un gobernante paonés que a diario, en el cumplimiento de sus obligaciones, podía ordenar la muerte de cien mil personas.

Bustamonte esperaba negociar un nuevo contrato de armamento. Tal como había aconsejado a Aiello, habían ofrecido una prima por tener los derechos exclusivos de las armas más avanzadas. La nota del embajador de Mercantil anulaba cualquier esperanza de llegar a un nuevo acuerdo.

El tercer sobresalto fue el peor de todos y de hecho redujo los otros dos a la proporción de incidentes.

El Clan Brumbo de Murcielagal, exaltado a la supremacía por encima de una decena de inquietos rivales, precisaba un golpe de efecto a fin de lograr gloria para cimentar su posición. Eban Buzbek, jefe de los Brumbo, había reunido cien naves, las había cargado de soldados y las había lanzado contra el gran planeta Pao.

Quizá sólo pretendía hacer una incursión: un aterrizaje, un impresionante asalto orgiástico, un rápido acumulamiento de botín y regreso a la base... Pero al cruzar la red

exterior de monitores sólo encontró resistencia simbólica, y después de aterrizar en Vidamand, el continente más descontento, ni siquiera eso. ¡Un éxito desbordante!

Eban Buzbek condujo sus diez mil hombres a Donaspara, la primera ciudad de Shraimand. Y nadie se le opuso. Seis días después de aterrizar en Pao el jefe del clan entraba en Eiljanre. El populacho contempló al caudillo y a sus soldados, sonrojados por la gloria, con ojos tristes. Nadie ofreció resistencia, ni siquiera al verse despojados de sus bienes y observar la violación de sus mujeres. La guerra, incluso las tácticas guerrilleras de ataque relámpago, era un hecho desusado para los paoneses.

VI

Beran, Medallón e hijo del Panarca Aiello, había vivido en circunstancias muy normales. Con una dieta alimenticia exactamente prescrita y programada, el muchacho jamás había conocido el hambre y por ello nunca había disfrutado comiendo. Sus juegos eran supervisados por un cuerpo de gimnastas expertos y eran considerados «ejercicios». De ahí que Beran no tuviera afición a los juegos. Su persona era atendida y mimada como un caballo. Cualquier obstáculo o peligro era apartado de su camino. Jamás se había enfrentado a un reto y jamás había conocido el triunfo.

Agarrado a los hombros de Palafox, después de saltar por la ventana hacia la noche, Beran se sintió como si estuviera viviendo una pesadilla. Súbita falta de peso... ¡y estaban cayendo! Su estómago se contrajo. La respiración se estancó en su garganta. Se revolvió y gritó de miedo. Cayendo, cayendo, cayendo... ¿Cuándo chocarían con el suelo?

—Calma —dijo lacónicamente Palafox.

Los ojos de Beran recuperaron la visión. El muchacho parpadeó. Una ventana iluminada desapareció de su campo visual. Por abajo. ¡No estaban cayendo, estaban subiendo! ¡Se hallaban por encima de la torre, por encima del pabellón! Flotaban en la noche, subían, ligeros como burbujas, muy por encima de la torre, hacia el cielo estrellado. En ese momento Beran se convenció de que no estaba soñando. En consecuencia, si estaban flotando en el vacío, ligeros como un grano de polen, era gracias a la magia del mago de Rotura. Al aumentar su asombro disminuyó su temor, y Beran fijó la mirada en el rostro de Palafox.

—¿Adonde vamos?

—Al lugar donde tengo estacionada mi nave.

Beran contempló con añoranza el pabellón, que reflejaba muchos colores, igual que una anémona de mar. No sentía deseos de volver, tan sólo vago pesar. Siguieron subiendo por el cielo durante quince silenciosos minutos y el pabellón se convirtió en una mancha de color muy distante.

Palafox extendió la mano izquierda. Los impulsos de la red de radar de su palma se reflejaron en el suelo, se transformaron en estímulos. A gran altura, Palafox tocó con la lengua una de las placas del tejido de su mejilla y pronunció nítidamente una sílaba.

Transcurrieron unos segundos. Palafox y Beran siguieron flotando como espectros. Después, una forma alargada apareció y ocultó el cielo. Palafox extendió un brazo, se agarró a un pasamano y junto con Beran fue impulsándose a lo largo de un casco hasta llegar a una compuerta de entrada. Empujó al niño hacia un tablado, entró tras él y cerró la compuerta.

En el interior brillaban luces.

Beran, demasiado aturdido para preocuparse por los hechos, se dejó caer sobre un banco. Vio que Palafox subía a una pasarela y accionaba un par de mandos. El cielo desapareció y Beran quedó atrapado en la vibración del movimiento subespacial.

Palafox bajó de la plataforma y contempló a Beran con una mirada de fría valoración. Beran no pudo resistirla.

—¿Adonde vamos? —preguntó el niño, no porque ello le preocupara sino porque no logró imaginar nada mejor que decir.

—A Rotura.

El corazón de Beran dio un vuelco extraño.

—¿Por qué tengo que ir?

—Porque ahora eres Panarca. Si te quedaras en Pao, Bustamonte te mataría.

Beran reconoció la verdad de la afirmación. Miró de reojo a Palafox: un hombre muy distinto al silencioso desconocido sentado a la mesa de Aiello. Ese Palafox era alto como un diablo de fuego, espléndido con toda la energía que contenía. ¡Un mago, un mago de Rotura!

Palafox bajó la mirada hacia Beran.

—¿Cuántos años tienes, chico?

—Nueve.

Palafox acarició su alargado mentón.

—Será mejor que sepas lo que se espera de ti. En esencia, el programa no es complicado. Vivirás en Rotura, asistirás al Instituto, serás mi pupilo y llegará un día en que me servirás igual que uno de mis hijos.

—¿Sus hijos son de mi edad? —preguntó Beran, esperanzado.

—¡Tengo muchos hijos! —dijo Palafox con tétrico orgullo—. ¡Los cuento por centenares!
—Al reparar en el gesto divertido del niño, se echó a reír secamente—. Aquí hay muchas cosas que no entenderás... ¿Por qué me miras así?

—Si tiene usted tantos hijos —dijo Beran en tono de disculpa—, debe ser muy viejo, más viejo de lo que parece.

El semblante de Palafox sufrió un cambio extraño. Las mejillas se tiñeron de rojo, los ojos chispearon como trocitos de vidrio. Su voz se hizo lenta, fría como el hielo.

—No soy viejo. Jamás vuelvas a hacer ese comentario. ¡Está muy mal decirle eso a un preceptor de Rotura!

—¡Lo siento! —dijo el tembloroso Beran—. Creía que...

—Es igual. Ven, estás cansado, debes dormir.

Beran despertó asombrado al no verse en su cama rosa y negra. Una vez considerada su situación, se sintió relativamente alegre. El futuro prometía ser interesante, y cuando regresara a Pao él iría provisto de todos los conocimientos secretos de Rotura.

Se levantó de la litera y compartió el desayuno con Palafox, que al parecer se encontraba de buen humor. Beran hizo el suficiente acopio de valor para formular alguna pregunta más.

—¿Es usted un mago de verdad?

—No puedo hacer milagros —dijo Palafox—, como no sean los de la mente.

—¡Pero sí puede andar por el aire! ¡Le sale fuego por el dedo!

—Como cualquier otro preceptor de Rotura.

Beran contempló maravillado aquel rostro alargado y puntiagudo.

—Entonces... ¿todos ustedes son magos?

—¡Bah! —exclamó Palafox—. Esas facultades son resultado de modificaciones corporales. Yo estoy muy modificado.

El temor reverente de Beran se tino de duda.

—Los mamarones están modificados, pero...

Palafox sonrió a Beran igual que si fuera un lobo.

—Esa comparación es la menos adecuada. Los neutraloides... ¿pueden ir por el aire?

—No.

—No somos neutraloides —dijo tajantemente Palafox—. Nuestras modificaciones realzan, no eliminan, nuestras facultades. La red antigravitatoria está tramada en la piel de mis pies. El radar de mi mano izquierda, de mi nuca, de mi frente, me dota de un sexto sentido. Veo tres colores por debajo del rojo y cuatro por encima del violeta. Puedo captar ondas de radio. Puedo caminar bajo el agua. Puedo flotar en el espacio. En mi dedo índice, en lugar de huesos, llevo un proyector. Poseo otros poderes, y todos ellos extraen energía de un aparato ajustado dentro de mi pecho.

Beran guardó silencio un momento. Después formuló tímidamente una pregunta.

—Cuando llegue a Rotura, ¿también me modificarán?

Palafox miró al niño como si hubiera tenido una idea.

—Si haces exactamente lo que yo digo.

Beran volvió la cabeza.

—¿Qué debo hacer?

—De momento, no hace falta que te preocupes.

Beran se dirigió a la lumbrera y observó el exterior, pero nada era visible aparte de las estrías grises y negras debidas a la velocidad.

—¿Cuánto falta para llegar a Rotura? —preguntó.

—No demasiado... Apártate de la lumbrera. Contemplar el subespacio puede causar lesiones a un cerebro susceptible.

Los indicadores del panel de mandos vibraron y oscilaron. El bote espacial dio un bandazo rápido.

Palafox subió arriba para mirar desde la cúpula de observación.

—¡Ahí está Rotura!

Beran, de puntillas, vio un planeta grisáceo, y detrás un sol blanco, pequeño. El bote espacial entró sibilante en la atmósfera y el planeta aumentó de tamaño.

El niño divisó montañas cuyo tamaño superaba la imaginación: garfios de roca de sesenta kilómetros de altura que despedían fumaradas y se hallaban rodeados de hielo y nieve. La nave se deslizó sobre un océano gris verdoso, salpicado de montones de algas flotantes, y de nuevo sobrevoló los despeñaderos.

El vehículo espacial, que avanzaba ya con más lentitud, descendió hacia un valle inmenso con muros formados por losas de roca y el terreno oculto por la neblina y la oscuridad. Por delante, una pendiente rocosa, amplia como una pradera, dejaba ver un fragmento de corteza de color blanco grisáceo. La nave se aproximó y la corteza se transformó en una ciudad pequeña aferrada al borde de la ladera. Los edificios eran bajos, contruidos con roca fundida y provistos de un techo de color castaño oscuro. Algunos se unían y pendían sobre el desfiladero igual que una cadena. El efecto era desolador y ni mucho menos imponente.

—¿Es eso Rotura? —preguntó Beran.

—Eso es el Instituto de Rotura —dijo Palafox.

Beran se sintió vagamente desilusionado.

—Esperaba algo distinto.

—No tenemos pretensiones —observó Palafox—. Al fin y al cabo, hay muy pocos preceptores. Y apenas nos conocemos.

Beran se dispuso a decir algo, pero vaciló al presentir que estaba insistiendo en un tema molesto.

—¿Todos sus hijos viven con usted? —preguntó en tono precavido.

—No —repuso brevemente Palafox—. Van al Instituto, como es lógico.

El vehículo descendía muy despacio. Los indicadores del tablero de instrumentos oscilaban y saltaban como si estuvieran vivos.

Beran, al mirar al otro lado del abismo, recordó con pesar el paisaje verde y los mares azules de su patria.

—¿Cuándo volveré a Pao? —preguntó con repentina ansiedad.

Palafox, con la mente en otros asuntos, respondió con indiferencia.

—En cuanto las condiciones lo permitan.

—Pero ¿cuándo será eso?

Palafox miró rápidamente al niño.

—¿Quieres ser Panarca de Pao?

—Sí —dijo con decisión Beran—. Si pudieran modificarme...

—Es posible que te concedamos ese deseo. Pero nunca debes olvidar que el que recibe debe dar.

—¿Qué debo dar?

—Discutiremos más tarde ese asunto.

—Bustamonte no se alegrará de verme —dijo tristemente Beran—. Creo que él también quiere ser Panarca.

Palafox se echó a reír.

—Bustamonte está pasando por dificultades. Alégrate de que sea él y no tú el que deba hacerles frente.

VII

Las complicaciones de Bustamonte eran enormes. Sus sueños de grandeza habían saltado por los aires. En lugar de gobernar los ocho continentes de Pao y establecer su corte en Eiljanre, su séquito estaba formado por una decena de mamarones, tres de sus concubinas menos apetecibles y algunos funcionarios descontentos con rango de magistrado. Su reino era un pueblo remoto en los lluviosos páramos de Nonamand. Su palacio, una taberna. Disfrutaba de tales prerrogativas sólo gracias a la tolerancia de los Brumbo; éstos, que se hallaban saboreando los frutos de su conquista, no tenían excesiva prisa por localizar y eliminar a Bustamonte.

Pasó un mes. La compostura de Bustamonte fue decayendo. Empezó a pegar a las concubinas, reprendió a sus partidarios. Los pastores de la región adquirieron el hábito de no acercarse al pueblo. El posadero y los aldeanos se mostraban más taciturnos día tras día, hasta que una mañana Bustamonte despertó y encontró el pueblo abandonado, sin rebaños en los páramos.

Bustamonte mandó a por comida a la mitad de los neutraloides, pero el grupo no regresó. Los ministros comentaron abiertamente sus planes para volver a un ambiente más hospitalario. Bustamonte discutió y prometió, pero el cerebro paonés no era receptivo a la persuasión.

A primeras horas de una mañana espantosa partieron los demás neutraloides. Las concubinas rehusaron mover un dedo y permanecieron acurrucadas juntas, arguyendo que estaban resfriadas. Durante toda la mañana cayó una lluvia miserable. La taberna se llenó de humedad. Bustamonte ordenó a Est Coelho, Ministro de Transportes Intercontinentales, que hiciera una hoguera en la chimenea, pero Coelho no estaba de humor para halagar al regente. El mal humor ardió, hirvió. A causa de ello el grupo de ministros arrastró la lluvia y partió hacia la población portuaria de Spyrianthe.

Las tres mujeres se agitaron, siguieron con los ojos a los ministros y acto seguido, como una sola criatura, lanzaron una mirada maliciosa a Bustamonte. Este se sintió alarmado. Al ver su expresión, las concubinas suspiraron y gruñeron.

Entre juramentos y jadeos, Bustamonte destrozó los muebles de la taberna y preparó una buena hoguera en la chimenea.

Hubo un ruido en el exterior, un suave coro de gritos, un sonido desenfrenado: *iRip-rip-rip!*

Bustamonte notó que el corazón le daba un vuelco. Quedó boquiabierto. Estaba oyendo el grito de caza de los Brumbo, el grito del clan.

Los gritos y los «irip-rip-rip!» fueron haciéndose más audibles y por fin sonaron en la única calle del pueblo.

Bustamonte se echó una capa sobre sus rechonchas carnes, se dirigió a la puerta, la abrió y puso el pie en los guijarros de la .calle.

Por el camino de los páramos bajaban sus ministros con paso vertiginoso. En lo alto, una decena de soldados del clan Brumbo montaban caballos voladores, hacían cabriolas, aullaban y despotricaban mientras conducían a los ministros igual que a un rebaño. Al ver a Bustamonte prorrumpieron en gritos de triunfo, descendieron, dejaron sus caballos y se lanzaron hacia la posada, todos ellos ansiosos de ser los primeros en agarrar por la nuca al regente.

Bustamonte retrocedió hacia el umbral, dispuesto a morir con la dignidad intacta. Sacó su avispa, y habría corrido la sangre si los guerreros murgales no se hubieran detenido.

El mismo Eban Buzbek se acercaba volando, un hombrecillo delgado pero fuerte, cuyas orejas parecían cántaros y que llevaba el pelo recogido atrás en una cola de casi medio metro. La quilla de su caballo volador resonó al tocar los guijarros. Los tubos emitieron silbidos y chisporroteos.

Eban Buzbek avanzó, se abrió paso entre el sollozante grupo de ministros y extendió la mano, dispuesto a agarrar por la nuca y arrodillar por la fuerza a Bustamonte. El regente

se acercó más al umbral y levantó su avispa. Pero los soldados del clan Brumbo fueron muy rápidos. Sus pistolas de impacto rugieron y Bustamonte fue lanzado contra la pared. Eban Buzbek lo cogió por el cuello y lo arrojó al barro de la calle.

Bustamonte se levantó muy despacio y permaneció tembloroso y encolerizado.

Eban Buzbek hizo un ademán con la mano. Bustamonte fue agarrado, atado con cinturones, envuelto en una red. Sin más discusión, los Brumbo montaron y cabalaron por el cielo, con Bustamonte colgado como un cerdo rumbo al mercado.

En Spyrianthe el grupo se trasladó a un vehículo aéreo abombado. Bustamonte, aturcido por el viento abofeteador, casi sordo a causa del frío, se dejó caer en cubierta y no captó ningún detalle del viaje de regreso a Eiljanre.

El vehículo aéreo aterrizó en el patio del Gran Palacio. El regente fue empujado por los saqueados pasillos y encerrado en un dormitorio.

A primeras horas del día siguiente dos sirvientas le despertaron. Le limpiaron de barro y suciedad, le vistieron con ropa limpia y le trajeron comida y bebida.

Una hora más tarde se abrió la puerta. Un miembro del clan le indicó que saliera. Bustamonte obedeció, pálido y nervioso pero sin acobardarse.

Le llevaron a una sala soleada desde la que se veía el famoso jardín floral del palacio. Allí aguardaba Eban Buzbek, acompañado por un grupo de miembros del clan y un intérprete de Mercantil. Reflejaba muy buen humor y asintió jovialmente cuando llegó Bustamonte. Pronunció algunas palabras en el idioma de sonidos entrecortados que hablaban en Murcielagal. El mercantil se encargó de la traducción.

—Eban Buzbek espera que haya pasado usted buena noche.

—¿Qué quiere de mí? —gruñó Bustamonte.

El mensaje fue traducido. Eban Buzbek replicó con notable prolijidad. El mercantil escuchó con atención y finalmente volvió la cabeza hacia Bustamonte.

—Eban Buzbek regresa a Murcielagal. Dice que los paoneses son adustos y tercos. Se niegan a cooperar como debería hacer un pueblo derrotado.

La noticia no representó sorpresa alguna para Bustamonte.

—Eban Buzbek se siente desilusionado en Pao. Dice que los paoneses son tortugas, ya que ni luchan ni obedecen. No ha obtenido satisfacción por su conquista.

Bustamonte lanzó una mirada de ira al hombrecillo de la coleta repantigado en el sillón negro.

—Eban Buzbek se va y le deja como Panarca de Pao. Por este favor deberá usted pagar un millón de marcos todos los meses paoneses durante el tiempo que dure su reinado. ¿Está de acuerdo con la medida?

Bustamonte miró uno por uno todos los rostros. Nadie parecía estar mirándole a la cara, las expresiones eran vacuas. Pero todos los guerreros reflejaban una tensión peculiar, igual que corredores agachados antes del principio de una carrera.

—¿Está de acuerdo con la medida? —repitió el mercantil.

—Sí —murmuró Bustamonte.

El mercantil tradujo. Eban Buzbek hizo un gesto de asentimiento y se puso en pie. Un flautista inclinó la cabeza hacia su diplotred y tocó una marcha animada. Eban Buzbek y sus soldados abandonaron la sala, sin mirar a Bustamonte tan siquiera una vez.

Una hora más tarde la corbeta negra y roja de Buzbek se elevó como un rayo y desapareció. Antes de acabar el día no quedaba en Pao un solo miembro del clan Brumbo.

Bustamonte recuperó la dignidad con tremendo esfuerzo y asumió el título y la autoridad de Panarca. Sus quince mil millones de súbditos, distraídos por la invasión murgal, no mostraron más obstinación. Y en este sentido Bustamonte obtuvo provecho de la incursión.

VIII

Las primeras semanas de Beran en Rotura fueron deprimentes y desdichadas. No había variedad, ni en el interior ni en el exterior, todo era color de roca, en tonos e intensidades distintas. El viento bramaba sin cesar, pero el aire estaba enrarecido y el esfuerzo de respirar dejaba una quemadura acre en la garganta de Beran. Igual que un fantasma doméstico, pequeño y pálido, el niño vagaba por los helados pasillos de la mansión de Palafox en busca de diversión, sin apenas resultados.

Residencia típica de un preceptor de Rotura, la casa de Palafox pendía en la ladera sobre el eje de un ascensor. En la parte alta había talleres prohibidos para Beran, pero en los que él había vislumbrado mecanismos de maravillosa complejidad. Debajo había habitaciones de uso general con paredes cubiertas por tablas oscuras y suelos de roca fundida de color bermejo, habitaciones que aparte de Beran nadie solía ocupar. En la parte baja, separada de la cadena principal de habitaciones, se hallaba una gran estructura circular que Beran acabó averiguando era el dormitorio privado de Palafox.

La mansión era austera y muy fría, sin instrumentos de diversión o adorno. Nadie hacía caso del niño, como si su misma existencia estuviera olvidada. Comía en un bufete, de la sala central, dormía cuando y donde le apetecía. Aprendió a reconocer a cinco o seis hombres que al parecer hacían suya la mansión de Palafox. De vez en cuando, en la parte más baja de la casa, vio la fugaz presencia de una mujer. Nadie hablaba con él excepto Palafox, aunque Beran lo veía en contadas ocasiones.

En Pao existía escasa distinción entre sexos, ambos lucían prendas similares y gozaban de privilegios idénticos. Aquí las diferencias se realzaban. Los varones vestían ropa oscura de tejido muy ajustado y gorras negras con picos. Las pocas mujeres que Beran había vislumbrado llevaban faldas plisadas de llamativos colores (el único colorido que podía contemplarse en Rotura), ceñidas chaquetillas que dejaban descubierto parte del torso y zapatillas con campanillas. Iban con la cabeza sin cubrir, su cabello estaba peinado graciosamente, y todas eran jóvenes y atractivas.

Cuando no pudo seguir soportando la mansión, Beran se envolvió en ropa de abrigo y se aventuró a dar un paseo por la ladera. Agachó la cabeza para protegerse del viento y avanzó lentamente hacia el este, hasta llegar al límite de la población, una zona en la que el río Viento menguaba en extraordinaria perspectiva. Casi dos kilómetros por debajo se veían algunas estructuras de gran tamaño: fábricas automáticas. En lo alto se alzaba la pendiente de roca, hasta el cielo gris, donde aquel sol blanco y pequeño se agitaba igual que un disco de hojalata al viento. Beran desanduvo el camino.

Una semana más tarde se aventuró de nuevo, y en esta ocasión dio la vuelta hacia el oeste con el viento a la espalda. Un sendero fundido en la roca serpenteaba y se retorció entre decenas de casas alargadas iguales que la de Palafox, y otras sendas se desviaban de la principal, hasta que Beran temió perderse.

Se detuvo bastante cerca del Instituto de Rotura, un conjunto de edificios monótonos escalonados en la ladera. Tenían varios pisos de altura, eran más altos que otras viviendas del poblado y soportaban toda la fuerza del viento. Franjas de color tiznado y verdinegro atravesaban la grisácea roca fundida, muchos años de escarcha que habían dejado su huella.

Mientras contemplaba los edificios, un grupo de muchachos que superaban en varios años su edad apareció en el camino del Instituto. Estaban subiendo tortuosamente por la montaña, marchaban formando una hilera solemne y al parecer se dirigían al espacio-puerto.

«¡Qué raro! —pensó Beran—. Qué serios y silenciosos parecen. Los chicos paoneses estarían patinando y haciendo travesuras.»

Logró volver a la mansión de Palafox, sin dejar de extrañarse por la falta de relaciones sociales en Rotura.

La novedad de vivir en un planeta distinto fue consumiéndose poco a poco. Las

punzadas de la añoranza acabaron acosando a Beran. Sentado en el sofá del salón hizo nudos sin propósito alguno con un trozo de cuerda. Se oyó ruido de pisadas. Beran alzó la cabeza. Palafox entró en el salón, se dispuso a cruzarlo y en ese momento vio a Beran y se detuvo.

—Bien, el joven Panarca de Pao... ¿Por qué estás sentado tan silenciosamente?

—No tengo nada que hacer.

Palafox asintió. Los paoneses no eran personas capaces de enfrascarse gratuitamente en un programa intelectual arduo. Y Palafox pretendía que el niño acabara aburridísimo, a fin de ofrecerle un incentivo para la tarea.

—¿No tienes nada que hacer? —inquirió Palafox, fingiendo sorpresa—. Bien, debemos remediarlo. —Aparentó que meditaba—. Si vas a ir al Instituto, deberás aprender el idioma de Rotura.

Beran se sintió afligido de pronto.

—¿Cuándo volveré a Pao? —preguntó con voz quejicosa.

Palafox meneó gravemente la cabeza.

—Dudo que desees volver en este momento.

—¡Claro que sí!

Palafox tomó asiento al lado de Beran.

—¿Has oído hablar de los Brumbo de Murcielagal?

—Murcielagal es un pequeño planeta a tres estrellas de Pao, habitado por gente muy belicosa.

—Correcto. Los murgales se dividen en veintitrés clanes, que continuamente rivalizan en valor. Los Brumbo, que son uno de estos clanes, han invadido Pao.

Beran escuchó la noticia sin acabar de comprenderla.

—O sea que...

—Pao es ahora una provincia de Eban Buzbek, líder de los Brumbo. Diez mil miembros del clan, con unas cuantas naves pintadas como si fueran de combate, ocuparon Pao entero, y tu tío Bustamonte vive en circunstancias desesperadas.

—¿Qué pasará ahora?

Palafox se echó a reír un momento.

—¿Quién sabe? Pero es preferible que permanezcas en Rotura. Tu vida no valdría nada en Pao.

—No quiero quedarme aquí. No me gusta Rotura.

—¿No? —Palafox fingió asombro—. ¿Cómo es eso?

—Todo es distinto de Pao. No hay mar, ni árboles, ni...

—¡Naturalmente! —exclamó Palafox—. No tenemos árboles, pero tenemos el Instituto de Rotura. Ahora empezará a instruirte y así Rotura te parecerá más interesante. ¡En primer lugar el idioma de Rotura! Comenzaremos ahora mismo. ¡Vamos!

Se levantó.

El interés de Beran por el idioma de Rotura era minúsculo, pero cualquier clase de actividad era grata... tal como Palafox había previsto.

Palafox se dirigió rápidamente al ascensor, con Beran detrás. Subieron a la parte alta de la casa, a las habitaciones hasta entonces prohibidas para Beran, y entraron en un espacioso taller desde el que se veía el cielo grisáceo a través de un techo de vidrio. Un joven vestido con un ropaje castaño oscuro muy ajustado a la piel, uno de los numerosos hijos de Palafox, alzó la vista de su trabajo. Era delgado y espigado, y tenía unas facciones recias y conspicuas. Se parecía mucho a Palafox, incluso en los gestos y en la postura de la cabeza. Palafox podía sentirse orgulloso de tal prueba de vigor genético, que tendía a moldear a sus hijos casi como simulacros de él mismo. En Rotura la posición social se basaba en un rasgo, cuya mejor descripción es la impresión eficaz de la personalidad en el futuro.

Entre Palafox y Fanchiel, el joven de la vestidura castaño oscuro, no se evidenciaba claramente simpatía ni hostilidad. De hecho esa misma impresión impregnaba casas, dormitorios y salas del Instituto, hasta tal punto que podía considerarse algo muy normal.

Fanchiel estaba manoseando un diminuto fragmento de un mecanismo asegurado en un

tornillo de banco. Podía contemplar una imponente imagen tridimensional del dispositivo en una plataforma colocada al nivel de los ojos. Llevaba unos guantes que controlaban micro herramientas y componentes de fácil manipulación invisibles a simple vista. Al ver a Palafox abandonó su tarea para subordinarse al ego más intenso de su progenitor.

Los dos hombres hablaron en el idioma de Rotura durante varios minutos. Beran empezaba a confiar en que le habían olvidado... cuando Palafox chasqueó los dedos.

—Te presento a Fanchiel, trigésimo tercero de mis hijos. Te enseñará muchas cosas útiles. Te animo a que muestres laboriosidad, entusiasmo y aplicación... no al modo paonés, sino como el alumno del Instituto de Rotura que esperamos llegues a ser.

Se marchó sin decir nada más.

Fanchiel dejó su trabajo sin demasiado entusiasmo y le dijo Beran:

—Ven —dijo en paonés, y condujo al niño a una sala contigua—. En primer lugar... una exposición preliminar. —Señaló un pupitre con la tapa de caucho negro—. Siéntate allí, por favor.

Beran obedeció. Fanchiel le observó atentamente, sin preocuparse por la sensibilidad del niño. Acto seguido, tras un gesto de indiferencia apenas perceptible, dejó caer sus apretadas carnes en una silla.

—Nuestra primera preocupación —dijo— será el idioma de Rotura.

Los resentimientos acumulados se agruparon de pronto en el interior de Beran: el descuido, el aburrimiento, la añoranza y ahora el desprecio a su individualidad por parte de aquel nuevo caballero.

—No me interesa aprender rotureño. Quiero volver a Pao.

Fanchiel expresó vaga diversión.

—Con el tiempo volverás a Pao, desde luego... tal vez como Panarca del planeta. Si volvieras ahora te matarían.

Beran notó en los ojos el picor de la soledad y la pena.

—¿Cuándo podré volver?

—No lo sé —dijo Fanchiel—. Lord Palafox ha iniciado un gran plan relacionado con Pao... Es indudable que regresarás cuando él lo crea mejor. Mientras tanto, te convendría aceptar las ventajas que te ofrecen.

La lógica y la buena voluntad para condescender, innata en Beran, entraron en conflicto con la obstinación de su raza.

—¿Por qué tengo que ir al Instituto?

Fanchiel replicó con ingenua franqueza:

—Al parecer, Lord Palafox pretende que te identifiques con Rotura y simpatices por tanto con sus metas.

Beran fue incapaz de comprenderlo. Pero le impresionó el talante de Fanchiel.

—¿Qué aprenderé en el Instituto?

—Mil cosas... más de las que puedo explicarte. En la Facultad de Cultura Comparada, de la que Lord Palafox es preceptor, estudiarás las razas del universo, sus similitudes y diferencias, sus lenguajes e impulsos básicos, los símbolos específicos que te permitirán influenciarlas.

»En la Facultad de Matemáticas aprenderás a manipular ideas abstractas, diversos métodos de raciocinio... del mismo modo que se aprende a efectuar cálculos mentales rápidos.

»En la Facultad de Anatomía Humana se enseña geriatría y prevención de la mortalidad, farmacología, la técnica para modificar y mejorar al ser humano... y tal vez te autoricen alguna modificación.

La imaginación del niño se excitó.

—¿Me podrían modificar igual que a Palafox?

—Ja, ja! —exclamó Fanchiel—. Una idea divertida. ¿Sabes que Lord Palafox es uno de los hombres de Rotura con modificaciones más importantes? Controla nueve sensibilidades, cuatro energías, tres proyecciones, dos nulificaciones, tres emanaciones letales... además de poseer poderes tan diversos como la regla de cálculo mental, capacidad para sobrevivir en atmósferas sin oxígeno, glándulas antifatiga, una cámara sanguínea subclavicular, que contrarresta autofiláticamente cualquier veneno ingerido... ¡No, mi ambicioso amiguito! —Durante un instante sus marcadas facciones se suavizaron

a causa de la diversión—. Pero si alguna vez mandas en Pao, dominarás un planeta entero de mujeres fecundas y, en consecuencia, podrás ordenar cualquier modificación conocida a los cirujanos y anatomistas del Instituto de Rotura.

Beran miró inexpresivamente a Fanchiel, desorientado por completo. La modificación, incluso en aquellos términos incomprensibles pero discutibles, parecía hallarse muy lejos en el futuro.

—Ahora —dijo Fanchiel, muy animado—, vamos al idioma de Rotura.

Con la perspectiva de la modificación apartada al futuro lejano, la terquedad de Beran reapareció y tímidamente preguntó:

—¿Por qué no podemos hablar en paonés? —Te exigirán aprender muchas cosas —explicó con paciencia Fanchiel— que no podrías comprender si te las enseño en paonés.

—Yo te entiendo —murmuró Beran. —Porque estamos hablando de ideas muy generales. Un lenguaje es una herramienta especial, con unas posibilidades particulares. Es más que un medio de comunicación, es un método de pensamiento. ¿Me comprendes?

Fanchiel obtuvo la respuesta en la expresión del niño.

—Imagina el idioma como el contorno de un cauce fluvial. Impide el flujo de agua en ciertas direcciones, lo canaliza en otras. El idioma controla el mecanismo de tu mente. Cuando las personas hablan lenguajes distintos, sus mentes actúan de forma distinta y las personas actúan de forma distinta. Por ejemplo, ¿has oído hablar del planeta Vale?

—Sí. Un planeta donde toda la gente está loca.

—Es mejor decir que sus actos crean la impresión de locura. En realidad son anarquistas totales. Si estudiamos el idioma de Vale descubrimos, ya que no una razón que explique esa conducta, al menos un paralelismo. El idioma de Vale es improvisación personal, con las convenciones más escasas posibles. El individuo elige una forma de hablar del mismo modo que tú o yo elegimos el color de nuestra ropa.

Beran arrugó la frente.

—Nosotros, los paoneses, somos cuidadosos en estas cosas. La ropa que llevamos está determinada, y nadie vestiría ropa que no conoce, o una ropa que pudiera causar malentendidos.

Una sonrisa cruzó la máscara de austeridad de Fanchiel.

—Cierto, cierto, lo había olvidado. Los paoneses no consideran virtuosa la vestimenta conspicua. Y, tal vez como corolario, la anormalidad mental es rara. Los paoneses, quince mil millones de personas, están placenteramente cuerdos. Al contrario que los habitantes de Vale. Viven con espontaneidad total, en vestimentas, en conductas, en lenguaje. Y surge la pregunta: ¿el idioma causa la excentricidad o simplemente la refleja? Qué fue primero, ¿el idioma o la conducta?

Beran admitió que no tenía la menor idea.

—En cualquier caso —dijo Fanchiel—, ahora que ya has visto la relación entre idioma y conducta, estarás ansioso por aprender el idioma de Rotura.

Beran mostraba dudas poco lisonjeras.

—¿Entonces yo sería como ustedes?

—¿Un destino que debe evitarse a toda costa? —respondió con ironía Fanchiel—. Puedo calmar tu ansiedad. Todos cambiamos conforme aprendemos, pero tú jamás llegarás a ser un rotureño auténtico. Hace mucho tiempo te moldearon según las normas paonesas. Pero al hablar nuestro idioma nos entenderás... y si piensas como otro hombre, él no puede disgustarte. Bien, si estás preparado, vamos a empezar.

IX

En Pao había paz y la vida fluía tranquilamente. Los habitantes cultivaban sus campos, pescaban en los océanos y en ciertos distritos recogían grandes cantidades de polen del aire, a fin de elaborar sabrosos pasteles con gusto a miel. Cada ocho jornadas era día de mercado. El día ocho-veces-ocho la gente se congregaba para cantar. El día ocho-veces-ocho-veces-ocho tenían lugar las ferias continentales.

La población había renunciado a oponerse a Bustamonte. La derrota a manos de los Brumbo estaba olvidada. Los impuestos de Bustamonte eran mejores que los de Aiello y él gobernaba con la falta de ostentación que convenía a su ambiguo ascenso al Negro.

Pero la satisfacción de Bustamonte por haber logrado su ambición no era total. No era un cobarde, ni mucho menos, mas su seguridad personal se había convertido en una obsesión; diez visitantes que por casualidad habían hecho gestos bruscos murieron reventados por las pistolas-martillo de los mamarones. Además, Bustamonte se creía sujeto a bromas despreciativas, y muchas más personas perdieron la vida por esbozar expresiones de diversión cuando la mirada del Panarca se posaba casualmente en ellas. Lo peor de todo era el tributo pagado a Eban Buzbek, líder de los Brumbo.

Todos los meses Bustamonte tramaba un reto punzante que enviar a Eban Buzbek en lugar del millón de marcos, pero todos los meses prevalecía la cautela. Bustamonte, con desesperada rabia, ordenaba el pago del tributo.

Pasaron cuatro años. Una mañana una nave correo pintada de rojo, negro y amarillo llegó al espacio puerto de Eiljanre, para dejar allí a Cormorán Benbarth, vástago de una rama juvenil de los Buzbek. Se presentó en el Gran Palacio igual que un propietario que no vive en su propiedad visita una granja remota, y saludó a Bustamonte con indiferente amabilidad.

Bustamonte, ataviado con el Negro Total, mantuvo su semblante inexpresivo, no sin gran esfuerzo. En primer lugar formuló la pregunta ceremonial.

—¿Qué viento afortunado le trae a nuestras costas?

Cormorán Benbarth, un matón joven y alto, de pelo rubio recogido en una trenza y espléndidos bigotes del mismo color, escrutó a Bustamonte con unos ojos tan azules como un anciano, tan grandes e inocentes como el cielo paonés.

—Mi misión es sencilla —dijo—. He heredado la baronía de Faden Septentrional, que como usted sabe, o tal vez no sepa, está muy cerca de los territorios meridionales del clan Griffin. Necesito fondos para tareas de fortificación y reclutamiento de hombres.

—Ah —dijo Bustamonte.

Cormorán Benbarth pasó los dedos por su larguísimo mostacho rubio.

—Eban Buzbek sugirió que usted podría prescindir de un millón de marcos de su caudal, para ganarse mi gratitud.

Bustamonte quedó inmóvil como una escultura. Sus ojos sostuvieron aquella mirada azul e inocente durante medio minuto, mientras su cerebro emprendía furiosa carrera. Era inconcebible que la solicitud no fuera una exigencia respaldada por la amenaza implícita de violencia, cosa a la que él no podía ofrecer resistencia. Alzó los brazos en un gesto de frustración, ordenó que trajeran la suma solicitada y recibió el agradecimiento de Cormorán Benbarth en funesto silencio.

Benbarth regresó a Murcielagal mostrándose moderadamente agradecido. La furia produjo acritud abdominal a Bustamonte. Estaba ya muy claro que debía tragarse el orgullo y suplicar a las personas cuyos servicios había rechazado anteriormente: los preceptores del Instituto de Rotura.

Tras asumir la identidad de mecánico ambulante, Bustamonte se embarcó con rumbo al planeta almacén Journal y allí subió a bordo de un paquebote que debía atravesar las Marklaidas externas. Finalmente llegó a Rotura.

Un lanchón se elevó para salir al encuentro del paquebote. Bustamonte abandonó con gusto el atestado casco y fue trasladado al Instituto a través de precipicios gigantescos.

En la estación término no encontró ninguna de las formalidades que daban empleo a una sección muy numerosa de la administración civil paonesa. De hecho nadie reparó en su presencia.

Bustamonte se irritó. Se acercó a la entrada y contempló la ciudad. A la izquierda había fábricas y talleres, a la derecha la mole austera del Instituto, entre las diversas casas, fincas y mansiones, todas ellas con su dormitorio común anexo.

Un joven de semblante severo, apenas un mozalbete, le tocó un brazo y le indicó que se apartara. Bustamonte retrocedió para dejar paso a un torbellino de veinte mujeres jóvenes de tez blanca como la leche. Subieron a un automóvil con forma de escarabajo, que se alejó cuesta abajo.

No se veían otros vehículos, y la terminal se hallaba casi desierta. Bustamonte, pálido de ira, con los bultos de los pómulos removiéndose, tuvo que admitir que o bien no le esperaban o bien nadie había pensado en ir a recibirle. ¡Intolerable! ¡Exigiría atención, era su deber!

Fue casi corriendo al centro de la terminal e hizo gestos imperiosos. Algunas personas se detuvieron movidas por la curiosidad, pero cuando el desconocido les exigió en paonés que buscaran a alguien con autoridad, los rotúrenos le dirigieron miradas inexpresivas y siguieron su camino.

Bustamonte cesó en sus esfuerzos. La terminal había quedado vacía. Recitó uno de los complicados juramentos paoneses y se acercó de nuevo a la entrada.

El lugar era lógicamente raro; la casa más próxima se encontraba a casi un kilómetro. Bustamonte miró alarmado el cielo. El pequeño sol blanco se había ocultado detrás del precipicio. Una niebla lóbrega empezaba a desplazarse a lo largo del río Viento. La luz menguaba en la población.

Bustamonte dejó escapar un profundo suspiro. Era inevitable, el Panarca de Pao debía errar en busca de cobijo igual que un vagabundo. De mal talante, abrió la puerta de la entrada y echó a caminar.

El viento le empujó, le obligó a ponerse de espaldas a la senda. El frío carcomió su delgada vestimenta paonesa. Se volvió y emprendió una carrera sendero abajo, con la escasa fuerza de sus piernas, cortas y rollizas.

Muerto de frío, con los pulmones doloridos, Bustamonte llegó a la primera casa. Las paredes de roca fundida se alzaban ante él, sin mostrar abertura alguna. Recorrió la fachada de la vivienda, pero le fue imposible encontrar una entrada. Y, llorando de angustia y de rabia, siguió el sendero.

El cielo estaba nublado. Proyectiles de aguanieve comenzaron a picotear la nuca del Panarca. Corrió hacia otra casa y en esta ocasión encontró una puerta, pero nadie respondió a sus golpes. Se alejó tembloroso, con los pies helados y los dedos doloridos. La cerrazón era tan espesa que apenas distinguía la senda.

Brillaban luces en las ventanas de la tercera casa. De nuevo nadie respondió a sus golpes en la puerta. Bustamonte, furioso, cogió una piedra y la arrojó hacia la ventana más próxima. La piedra resonó al chocar: un ruido satisfactorio. Bustamonte lanzó otra, y por fin atrajo la atención. La puerta se abrió. El Panarca cayó en el interior de la vivienda, rígido como un árbol caído.

El joven le agarró, le arrastró hacia una silla. Bustamonte quedó sentado, muy tieso, con los pies extendidos de cualquier forma, los ojos hinchados, la respiración entrecortada.

El joven estaba diciéndole algo. Bustamonte no entendió nada.

—Soy Bustamonte, Panarca de Pao —dijo. Sus palabras brotaron confusas y embarulladas por entre sus labios yertos—. Una recepción muy deficiente... Alguien va a pagarlo muy caro.

El joven, uno de los hijos del preceptor residente, no conocía el paonés. Meneó la cabeza, y lo hizo con aire bastante irritado. Miró hacia la puerta y de nuevo a Bustamonte, como si se dispusiera a expulsar al ininteligible intruso.

—¡Soy el Panarca de Pao! —chilló Bustamonte—. ¡Llévame ante Palafox, ante Lord Palafox!, ¿me oyes? ¡Palafox!

El nombre provocó una respuesta. El joven indicó por señas a Bustamonte que se mantuviera en su asiento y desapareció en otra habitación.

Transcurrieron diez minutos. Se abrió la puerta y entró Palafox. Hizo una reverencia con escasa formalidad.

—Coadjutor Bustamonte, es un placer verle. Me fue imposible ir a recibirle a la terminal, pero veo que se las ha arreglado muy bien. Mi casa está cerca y me complacería ofrecerle hospitalidad. ¿Está listo?

A la mañana siguiente Bustamonte se puso un apretado arnés. La indignación no podía lograr nada aparte de enemistarle embarazosamente con su anfitrión, aunque la hospitalidad (contempló con gesto despreciativo la habitación) era francamente mala. ¿Por qué unos hombres tan inteligentes edificaban con tanta austeridad?

Se presentó Palafox, y los dos hombres tomaron asiento ante una mesa con una garrafa de té picante separándoles. Palafox se limitó a comentar sencillas trivialidades. Olvidó la desazón del último encuentro en Pao y no mostró interés alguno por el motivo de la presencia de Bustamonte.

Finalmente, Bustamonte se decidió y fue al grano.

—El difunto Panarca Aiello buscó la ayuda de usted en cierto momento. Actuó, tal como veo ahora, con perspicacia e inteligencia. En consecuencia, he venido en secreto a Rotura para concertar un nuevo acuerdo entre nosotros.

Palafox asintió y sorbió té sin hacer comentarios.

—La situación es la siguiente —dijo Bustamonte—. Los malditos Brumbo me exigen un tributo. Pago de mala gana... pero no me quejo en exceso, ya que eso resulta más económico que alzarse en armas contra ellos.

—El más perjudicado parece ser Mercantil —observó Palafox.

—¡Exacto! —dijo Bustamonte—. Pero hace poco se produjo otra extorsión. Creo que es la precursora de muchas similares.

Bustamonte describió la visita de Cormorán Ben-barth.

—Mi hacienda estará disponible para interminables saqueos. Yo no seré más que un pobre pagador para todos los matones de Murcielagal. ¡Me niego a someterme a este servilismo innoberable! Liberaré Pao: ¡Esta es mi misión! Por este motivo vengo a rogar consejo estratégico.

Palafox dejó su taza de té con una delicadez que transmitía toda una frase significativa.

—Los consejos son los únicos artículos que exportamos. Son suyos... a cierto precio.

—¿Y qué precio es ése? —preguntó Bustamonte, a pesar de que lo sabía perfectamente.

Palafox se acomodó en la silla.

—Como ya sabe, este planeta es de hombres, y así lo ha sido desde la fundación del Instituto. Pero debemos perseverar, engendrar hijos, criarlos... a los que consideramos dignos de nosotros. Sólo un niño afortunado logra ser admitido en el Instituto de Rotura. Y por cada niño afortunado, veinte abandonan el planeta con sus madres, cuando expira el plazo de aprendizaje.

—En pocas palabras —dijo tajantemente Bustamonte—, quiere mujeres.

Palafox asintió.

—Queremos mujeres, mujeres jóvenes, sanas, inteligentes y hermosas. Se trata del único producto que nosotros, los magos de Rotura, no podemos fabricar... ni osaríamos fabricar.

—¿Qué me dice de las hijas de ustedes? —preguntó Bustamonte, curioso—. ¿Les es más difícil educar hijas que hijos?

Esas palabras no causaron impresión alguna a Palafox, igual que si no las hubiera oído.

—Rotura es un planeta de hombres —dijo—. Nosotros somos magos del Instituto.

Bustamonte permaneció sumido en sus cavilaciones, sin saber que para un rotureño una hija era apenas más deseable que un mongólico bicéfalo. El preceptor de Rotura, del mismo modo que los ascetas clásicos, vivía en el presente, seguro tan sólo de su propia persona. El pasado era un recuerdo, el futuro una mancha deforme a la espera de forma. Podía trazar planes para dentro de un siglo, ya que si bien el mago de Rotura fingía aceptar la inevitabilidad de la muerte, en el orden emotivo la rechazaba, convencido de

que se fusionaba con el futuro gracias a la proliferación de hijos.

Bustamonte, desconocedor de la psicología de Rotura, quedó simplemente más convencido de que Palafox estaba un poco loco.

—Podemos llegar a un acuerdo satisfactorio —dijo de mala gana—. Por parte de ustedes, deben colaborar con nosotros en el aplastamiento de los murgales y asegurar que nunca más...

Palafox sonrió y sacudió la cabeza.

—No somos guerreros. Vendemos los productos de nuestros cerebros, nada más. ¿Cómo íbamos a hacer lo contrario? Rotura es vulnerable. Un solo misil podría destruir el Instituto. Usted hará un pacto únicamente conmigo. Si Eban Buzbek se presentara aquí mañana mismo, podría comprar consejos a otro mago, y él y yo sostendríamos un combate de inteligencia.

—Hum —gruñó Bustamonte—. ¿Qué garantía tengo de que ese hombre no haga tal cosa?

—Ninguna en absoluto. La política del Instituto se basa en neutralidad total... aunque un mago puede trabajar donde desee, sobre todo si es para incrementar su dormitorio común.

Bustamonte tamborileó con los dedos, malhumorado.

—¿Qué puede hacer por mí si le es imposible protegerme de los Brumbo?

Palafox meditó unos instantes con los párpados casi cerrados.

—Existen diversos métodos para lograr el fin que usted desea —dijo por fin—. Puedo encargarme de contratar mercenarios de Hallowmede, de Polensis, de Tierra. Seguramente me sería posible estimular una coalición de clanes murgales en contra de los Brumbo. Podríamos desvalorizar la moneda paonesa hasta el punto de que el tributo no tuviera valor. Bustamonte frunció el ceño.

—Prefiero métodos más directos. Quiero que ustedes nos suministren productos bélicos. De ese modo nos defenderíamos nosotros solos y no habría necesidad de implorar misericordia.

Palafox enarcó sus torcidas cejas negras. —Qué extraño, oír propuestas tan dinámicas de boca de un paonés.

—¿Por qué? —se extrañó Palafox—. No somos cobardes.

Un indicio de impaciencia apareció en la voz de Palafox.

—Diez mil guerreros de los Brumbo derrotaron a quince mil millones de paoneses. Su gente disponía de armas. Pero nadie consideró la posibilidad de ofrecer resistencia. Todos los paoneses lo aceptaron igual que animales domésticos.

Bustamonte sacudió la cabeza tenazmente. —Somos hombres normales. Lo único que necesitamos es instrucción.

—La instrucción jamás inculcará el deseo de combatir.

El Panarca le miró con aire severo.

—¡Pues hay que inculcar ese deseo!

Palafox dejó ver sus dientes al esbozar una sonrisa peculiar. Se irguió en la silla.

—Por fin hemos llegado al meollo del problema.

Bustamonte contempló al mago, asombrado por el repentino vigor del otro hombre.

—Debemos convencer a los dóciles paoneses de que han de convertirse en guerreros —prosiguió Palafox— ¿Cómo podemos hacerlo? Es evidente que deben cambiar su naturaleza básica. Deben rechazar la pasividad y la fácil aceptación de penurias. Deben aprender a ser truculentos, orgullosos, a rivalizar. ¿Está de acuerdo?

Bustamonte vaciló.

—Tal vez tenga razón.

—No se trata de un proceso rápido, entiéndame. El cambio de la psicología básica es un proceso formidable.

El Panarca se vio asaltado por la sospecha. Palafox reflejaba tensión, esfuerzo por mostrarse natural.

—Si desean una fuerza de combate eficaz —dijo Palafox—, aquí está el único medio para obtenerla. No hay atajo posible.

Bustamonte desvió la mirada, hacia el río Viento.

—¿Cree que es posible crear esa fuerza de combate?

—Ciertamente.

—¿Y qué tiempo se precisaría?

—Veinte años, más o menos.

—¡Veinte años!

El Panarca guardó silencio unos instantes.

—Debo meditarlo. —De pronto se puso en pie y paseo de un lado a otro de la habitación sacudiendo las manos como si las tuviera mojadas.

—¿Cómo si no? —dijo Palafox con cierta aspereza—. Si desea una fuerza de combate, antes deberá crear espíritu de combate. Se trata de un rasgo cultural y es imposible inculcarlo de la noche a la mañana.

—Sí, sí —murmuró Bustamonte—. Ya veo que tiene razón, pero debo meditarlo.

—Medite también un segundo problema —sugirió Palafox—. Pao es vasto y populoso. No sólo tiene potencial para un ejército eficaz, además podría crearse un complejo industrial de grandes dimensiones. ¿Por qué comprar productos a Mercantil si uno mismo puede fabricarlos?

—¿Cómo es posible lograr todo esto?

Palafox se echó a reír.

—A ese punto puede dedicar usted mis conocimientos especiales. Soy preceptor de cultura comparada del Instituto de Rotura.

—No obstante —insistió Bustamonte—, debo saber cómo me propone provocar estos cambios... Tenga en cuenta que un paonés se resiste al cambio con más obstinación que a la llegada de la muerte.

—Exacto —replicó Palafox—. Debemos alterar la estructura mental del pueblo paonés, al menos de una parte, cosa que se logra con gran facilidad mediante la alteración del lenguaje.

Bustamonte sacudió la cabeza.

—Este proceso me parece indirecto e inseguro. Yo esperaba...

Palafox le interrumpió tajantemente.

—Las palabras son herramientas. El idioma es una norma y define cómo se usan esas herramientas.

Bustamonte estaba mirando de reojo al mago.

—¿Cómo se puede poner en práctica esa teoría? ¿Tiene un plan definido, detallado?

Palafox escrutó al Panarca con burlona diversión.

—¿Un plan para un asunto de tal magnitud? Usted espera milagros que ni siquiera un mago de Rotura puede realizar. Tal vez sea mejor que continúe pagando el tributo a Eban Buzbek de Murcielagal.

Bustamonte guardó silencio.

—Dispongo de principios básicos —dijo Palafox—. Aplico estas abstracciones a situaciones prácticas. Este es el esqueleto de la operación, que finalmente se rellena con detalles.

El Panarca siguió mudo a pesar de todo.

—Una cosa debo decir —prosiguió Palafox—. Una operación como ésta sólo puede efectuarla un dirigente dotado de gran autoridad, una persona que no se deje influir por el sentimentalismo.

—Yo tengo esa autoridad —dijo Bustamonte—. Soy tan cruel como exijan las circunstancias.

—Esto es lo que debe hacerse. Se designará un continente paonés, o una región apropiada. Se convencerá a los habitantes de esta zona de que usen un idioma nuevo. Tal es el alcance del esfuerzo. Con el tiempo, de ahí saldrán guerreros en abundancia.

Bustamonte frunció el entrecejo en un gesto de escepticismo.

—¿Por qué no poner en práctica un programa de instrucción militar? Cambiar el idioma es perder el tiempo.

—No ha captado lo fundamental —dijo Palafox—.

El paonés es un lenguaje pasivo, desapasionado. Describe el mundo en dos dimensiones, sin tensiones, ni contrastes. Un pueblo que habla paonés debe ser, en teoría, dócil, pasivo, carente de un desarrollo notable de la personalidad... De hecho, así son los paoneses. El nuevo idioma se basará en el contraste y la comparación de la

fuerza, con una gramática sencilla y directa. Por ejemplo, considere la frase, «El leñador tala un árbol»³. En el nuevo idioma la frase sería ésta: «El leñador supera la inercia del hacha, el hacha hace añicos la resistencia del árbol». O tal vez: «El leñador vence al árbol mediante el arma blanca que es el hacha».

—Ah —dijo Bustamonte en tono de comprensión.

—El silabario será rico en sonidos guturales que requieren esfuerzo y vocales fuertes. Diversas ideas clave serán sinónimas, como por ejemplo *placer* y *resistirse*, *sosiego* y *vergüenza*, *extranjero* y *rival*. Hasta los clanes de Murcielagal parecerán moderados cuando se les compare con el futuro ejército paonés.

—Sí, sí —murmuró Bustamonte—. Empiezo a comprender.

—Podría delimitarse otra zona para la inculcación de un segundo idioma —dijo espontáneamente Palafox—. En este caso, la gramática sería muy complicada pero totalmente apropiada y lógica. Los vocablos serían inconexos, aunque quedarían unidos mediante complejas reglas de concordancia. ¿Cuál será el resultado? Cuando un grupo de personas, saturado de estos estímulos, encuentren materiales e instalaciones, el desarrollo industrial será inevitable.

»Y si ustedes planearan buscar mercados extraplanetarios, sería aconsejable disponer de un conjunto de vendedores y comerciantes. El idioma de este grupo sería simétrico, con una acentuada posibilidad de análisis gramatical de números, tratamientos honoríficos complejos para inculcar hipocresía, un vocabulario rico en palabras homófonas para facilitar la ambigüedad, una sintaxis de reflexión, soporte y alternancia para subrayar la permuta análoga de asuntos humanos.

«Todos estos lenguajes dispondrán de sostén semántico. Para la fracción militar, un "hombre de éxito" será sinónimo de "vencedor en una contienda feroz". Para los industriales significará "fabricante eficiente". Para los comerciantes equivaldrá a "persona irresistiblemente persuasiva". Influencias de este tipo se introducirán en todos los idiomas. Como es lógico, no actuarán igual en todos los individuos, pero la acción de la masa debe ser decisiva.

—¡Maravilloso! —exclamó el Panarca, completamente persuadido—. ¡Esto es realmente ingeniería humana!

Palafox se acercó a la ventana y miró más allá del río Viento. Esbozaba una sonrisa y sus ojos negros, normalmente muy negros y muy duros, se hallaban suavemente nublados. Durante una fracción de segundo reflejó su auténtica edad (más del doble de años que Bustamonte). Pero sólo fue un momento, y cuando se volvió su semblante era tan inexpresivo como siempre.

—Ya comprenderá que estoy improvisando... formulo ideas, por así decirlo. Hay que trazar un plan realmente global, hay que sintetizar los diversos idiomas, formular los vocabularios. Hay que reclutar instructores para enseñar los lenguajes. Y hay que organizar otro grupo, tal vez a partir del primero: un conjunto de coordinadores de élite enseñados a hablar con fluidez en todos los idiomas de Pao. Este equipo se transformará con el tiempo en una organización directiva, que colaborará con la administración civil de ustedes.

Bustamonte no cabía en sí de gozo.

—Bien..., tal vez. Tan a largo plazo una función para este grupo parece innecesaria. ¡Basta con crear una fuerza militar que aniquile a Eban Buzbek y sus bandidos!

El Panarca se puso en pie de un salto y fue de un lado a otro de la habitación, muy excitado. De pronto se detuvo y miró a Palafox con gesto de recelo.

—Hay que discutir un último punto. ¿Cuáles serán los honorarios por sus servicios?

—Seis envíos mensuales de mujeres —dijo tranquilamente Palafox—. De inteligencia y constitución óptimas, entre catorce y veinticuatro años. El plazo del contrato no excederá los quince años, y estará garantizado su regreso a Pao, junto con toda la descendencia femenina y la masculina de calidad inferior.

Bustamonte meneó la cabeza mientras sonreía sagazmente.

³ Literalmente traducida del paonés en el que hablan los dos hombres, la frase sería: «El leñador en estado de esfuerzo; hacha actuante; árbol en estado de sometimiento al ataque».

—Seis envíos... ¿No son excesivos?

Palafox le atravesó con el fuego de su mirada.

—No obstante —se apresuró a añadir el Panarca, consciente de su error—, me parece bien la cifra. A cambio deberá devolverme a mi querido sobrino Beran, de forma que pueda prepararse para una carrera útil.

—¿Una carrera de visitante del lecho marino?

—Debemos tener en cuenta la realidad —murmuró Bustamonte.

—Estoy de acuerdo —dijo Palafox en tono categórico—. La realidad determina que Beran Panasper, Panarca de Pao, complete su educación en Rotura.

Bustamonte prorrumpió en furiosas protestas. Palafox respondió con aspereza. El mago se mantuvo despreciativamente tranquilo y el Panarca acabó accediendo a las condiciones del otro hombre.

El trato quedó grabado en cinta y los dos hombres se separaron, si no amistosamente, sí al menos de común acuerdo.

X

El invierno de Rotura era una estación de frío, de nubes tenues flotando a lo largo del río Viento, de granizo fino como arena que silbaba en las rocas. El sol apenas caía sobre la vasta losa de roca del sur y durante gran parte del día el Instituto de Rotura estaba envuelto en tinieblas.

Cinco veces llegó y concluyó la deprimente estación, y Beran Panasper adquirió conocimientos básicos.

Los primeros dos años se alojó en la casa de Palafox y dedicó casi todas sus fuerzas a aprender el idioma. Sus ideas preconcebidas sobre la función del habla fueron inútiles, ya que el lenguaje de Rotura era distinto del paonés en numerosos e importantes aspectos. El segundo formaba parte del grupo de lenguajes denominados «polisintéticos»; las raíces de sus vocablos se unían a prefijos, afijos y posposiciones para ampliar su significado. El idioma de Rotura tenía un carácter básicamente «aislativo», si bien era único en su género, por cuanto derivaba totalmente del individuo parlante. Es decir, el individuo parlante era la estructura de referencia de la que dependía la sintaxis, un método que servía tanto para lograr elegancia lógica como para lograr simplicidad. Puesto que el ego era la base implícita de expresión, el pronombre «yo» resultaba innecesario. Del mismo modo carecían de existencia otros pronombres personales, excepto para construir frases en tercera persona, y en realidad éstas eran contracciones de oraciones substantivadas. El idioma no contenía negatividad ninguna, pero sí numerosas polaridades tales como «marcharse» y «quedarse». No existían voces pasivas, todas las ideas verbales eran independientes: «golpear», «recibir-golpe». El idioma era rico en términos para uso intelectual, pero carecía casi por completo de vocablos descriptivos de estados emotivos. En el supuesto de que un preceptor de Rotura decidiera romper su caparazón de solipsismo, a fin de dar a conocer su talante, no le quedaría más remedio que emplear circunloquios desatinados.

Conceptos paoneses normales como «enojo», «alegría», «amor», «pena» faltaban en el vocabulario rotureño. Por otra parte, existían palabras para definir cien tipos distintos de razonamiento, sutilidades desconocidas por los paoneses, distinciones que desconcertaron a Beran hasta el punto de que su éxtasis, la solidez de su personalidad, parecía amenazada en ocasiones. Semana tras semana Fanchiel explicó, ilustró, parafraseó. Beran asimiló poco a poco aquella extraña forma de pensamiento... y al mismo tiempo el punto de vista rotureño sobre la existencia.

Y un día Palafox le mandó llamar y observó que los conocimientos idiomáticos de Beran eran suficientes para que estudiara en el Instituto, en el que inmediatamente ingresaría en el curso básico.

Beran se sintió hundido y solitario. La mansión de Palafox le había ofrecido cierta seguridad melancólica. ¿Qué iba a encontrar en el Instituto?

Palafox le ordenó marchar y media hora después Fanchiel le acompañó al enorme rectángulo de roca fundida y se encargó de arreglar el ingreso e instalarle en un cubículo del dormitorio de estudiantes. Después se fue y a partir de entonces Beran no supo nada de Fanchiel ni de Palafox.

Así se inició una nueva fase de la existencia de Beran en Rotura. Hasta entonces su educación la habían dirigido tutores. El niño no había participado en ninguno de los impresionantes recitales paoneses, en los que miles de jovencitos recitaban al unísono todos sus conocimientos; los más pequeños pronunciaban con su voz aflautada los números (¡Ai! ¡Shrai! ¡Vida! ¡Mina! ¡Nona! ¡Drona! ¡Hivan! ¡Imple!) y los mayores los relatos épicos tan importantes en la erudición paonesa. Por tal motivo, Beran no quedó tan desconcertado como podía esperarse al conocer los hábitos del Instituto.

Todos los estudiantes eran reconocidos como individuos, tan singulares y remotos como

una estrella en el espacio. Beran tuvo que vivir a solas, sin compartir con otros alumnos las fases oficialmente no reconocidas de su existencia. Cuando había alguna conversación, la finalidad de la misma consistía en exponer un punto de vista original o un aspecto secundario novedoso relacionado con lo que se estaba estudiando.

Cuanto más heterodoxa era la idea, tanto más seguro era que sería atacada de inmediato. El estudiante que la exponía debía defenderla después hasta los límites de la lógica, pero sin pasar de ahí. Si triunfaba, obtenía prestigio. Si le derrotaban, su valía menguaba en igual medida.

Otro tema gozaba de atención furtiva entre los alumnos: el tema de la vejez y la muerte. La materia era casi un tabú, sobre todo en presencia de un preceptor, ya que en Rotura nadie fallecía por causas de enfermedad o degeneración corpórea. Los preceptores podían viajar por el universo entero y algunos encontraban finales violentos a pesar de las armas y las defensas que llevaban incorporadas. Pero la mayoría pasaba la vida en Rotura, sin sufrir cambios aparte, tal vez, de un ligero adelgazamiento y una estructura ósea más visible. Y finalmente, de modo inexorable, el preceptor se aproximaba al estado de emérito. Perdía precisión, se hacía más emotivo, el egocentrismo empezaba a triunfar sobre las normas sociales básicas, se producían brotes de petulancia, ira y megalomanía... y el emérito desaparecía.

Beran, tímido y falto de fluidez para hablar, se mantuvo apartado de las discusiones al principio. Conforme fue adquiriendo facilidad para entender el rotureño se introdujo en las polémicas y al cabo de un período de vapuleos dialécticos descubrió que podía obtener grandes éxitos. Tales experiencias le proporcionaron el primer rubor de placer desde su llegada a Rotura.

Las relaciones entre los estudiantes eran formales, ni amistosas ni contenciosas. Para la juventud de Rotura tenía enorme interés el tema de la procreación en todos los aspectos posibles. Beran, condicionado por las normas paonesas de modestia, se sintió incómodo al principio, pero la familiaridad con el tema restó desazón al mismo. Beran averiguó que en Rotura el prestigio no dependía únicamente de los logros intelectuales sino también del número de hembras que tenía una persona en su dormitorio común, del número de hijos que superaban los exámenes de aceptación, del grado de parecido físico y mental con el progenitor y de los logros de los hijos. Algunos preceptores eran respetadísimos por todo lo anterior, y el nombre de Lord Palafox descollaba incluso con más frecuencia.

Cuando Beran inició su decimoquinto año de existencia, la reputación de Palafox igualaba a la de Lord Karollen Vampellte, preceptor mayor del Instituto. Beran no pudo reprimir un sentimiento de identificación y enorme orgullo.

Uno o dos años después de la pubertad, un alumno del Instituto podía esperar que su progenitor le obsequiara con una joven. Beran, en el momento de alcanzar esta fase de su desarrollo, era un jovencito de aspecto agradable, bastante esbelto, casi frágil. Su cabello era castaño oscuro; sus ojos, grises y grandes; su expresión, melancólica. Debido a su origen exótico y a cierto apocamiento nativo, Beran raramente participaba en la escasa actividad de grupo que existía. Cuando por fin notó en la sangre la agitación del estado preadulto y empezó a pensar en la joven que seguramente recibiría de Palafox, Beran fue a solas a la terminal espacial.

Elegió un día en el que debía llegar una nave de transporte procedente de Journal, y como llegó en el mismo momento en que la barcaza se separaba de la nave en órbita, encontró el espacio puerto en obvia confusión. A un lado, en filas silenciosas, casi impasibles, se hallaban mujeres que habían agotado sus contratos, acompañadas por hijas e hijos que no habían superado los exámenes de Rotura. Sus edades oscilaban entre veinticinco y treinta y cinco años, e iban a regresar a sus planetas natales como mujeres saludables, con buena parte de su vida ante ellas.

La barcaza espacial introdujo la proa bajo el hangar y se abrieron las puertas. Descendió un tropel de mujeres jóvenes que dirigieron miradas de curiosidad a derecha e izquierda mientras las ráfagas de viento las hacían bambolearse y brincar. A diferencia de las féminas cuyos contratos habían expirado, las recién llegadas eran volátiles y nerviosas, exhibían su desafío y ocultaban su aprensión. Sus ojos erraban por todas partes, ansiosas por descubrir qué clase de hombre iba a solicitarlas.

Beran contempló la escena, fascinado.

Un jefe de escuadra dio una orden. Los grupos recién llegados desfilaron por el terminal para registrarse y obtener documentos. Beran corrió a acercarse, se aproximó furtivamente a una de las mujeres más jóvenes. Ella volvió hacia el muchacho sus ojos verdemar y los apartó bruscamente. Beran siguió avanzando... y de pronto se detuvo. Aquellas mujeres le dejaron confundido. Había en ellas una sensación de familiaridad, la fragancia de un pasado placentero. Prestó atención mientras las jóvenes hablaban entre ellas. Su idioma era un lenguaje que él conocía perfectamente.

Se situó junto a la chica. Ella le observó sin cordialidad.

—¡Eres paonesa! —exclamó el joven Beran, asombrado—. ¿Qué hacen tantas mujeres paonesas en Rotura?

—Lo mismo que cualquier otra mujer.

—¡Pero esto no había pasado nunca!

—Conoces muy pocas cosas de Pao —repuso ella con amargura.

—¡No, no, soy paonés!

—Entonces debes saber qué pasa en Pao.

Beran sacudió la cabeza.

—Estoy aquí desde que murió el Panarca Aiello.

La paonesa respondió en voz baja, mientras recorría la terminal con la mirada.

—Haces bien, porque las cosas van muy mal. Bustamonte es un loco.

—¿Envía mujeres a Rotura? —preguntó Beran en tono apagado y ronco.

—Cien por mes... las que no tenemos nada o quedamos huérfanas en los disturbios.

La voz de Beran se quebró. Hizo un esfuerzo para hablar, y mientras tartamudeaba una pregunta la joven empezó a alejarse.

—¡Espera! —gruñó el muchacho mientras corría detrás de la paonesa—. ¿Qué disturbios son éstos?

—No puedo esperar —dijo con amargura la joven—. Estoy contratada, debo cumplir mi obligación.

—¿Adonde vas? ¿Al dormitorio común de qué señor?

—Estoy al servicio de Lord Palafox. —¿Cómo te llamas? —preguntó Beran—. ¡Dime tu nombre!

Confusa e insegura, la paonesa no respondió. Dos pasos más y desaparecería, se perdería en el anonimato del dormitorio común.

—¡Dime tu nombre!

—Gitan Netsko —repuso ella con rapidez por encima del hombro.

Y cruzó la entrada y se perdió de vista. El vehículo bajó de la rampa, osciló sacudido por el viento y se marchó ladera abajo.

Beran salió muy despacio de la terminal, una silueta insignificante en la ladera, inclinada y vacilante a causa del viento. Pasó entre las casas y llegó a la mansión de Palafox.

Dudó ante la puerta al imaginar la notable estatura del hombre que vivía dentro. Hizo acopio de todos sus recursos y tocó la placa ornamental. Se abrió la puerta, el muchacho entró.

A esa hora Palafox debía hallarse en el estudio inferior. Beran descendió las familiares escaleras, pasó junto a las habitaciones de piedra y valiosa madera brava rotureña que tanto recordaba. En cierta época había considerado la casa severa y desolada. Ahora la veía como algo sutilmente hermoso, perfectamente adaptado al medio ambiente.

Tal como el joven esperaba, Palafox se hallaba en su estudio. Y alertado por los estímulos de una de sus modificaciones, el mago estaba esperándole.

Beran avanzó poco a poco, sin dejar de contemplar aquel semblante escrutador si bien indiferente, y se lanzó de inmediato al meollo de la cuestión. Era absurdo recurrir a tortuosidades con Palafox.

—He estado en la terminal. He visto mujeres paonesas que han llegado aquí sin desearlo. Hablan de disturbios y penurias. ¿Qué está pasando en Pao?

Palafox estudió un momento al joven. Después asintió con aire de ligera diversión.

—Entiendo. Ahora tienes años suficientes para frecuentar la terminal. ¿Has visto alguna mujer apropiada para tu uso personal? Beran se mordió el labio.

—Estoy preocupado por lo que debe estar pasando en Pao. ¡Hasta ahora nuestro pueblo

no había estado tan envilecido, nunca! Palafox fingió asombro.

—¡Pero servir a un preceptor de Rotura no es vil, ni mucho menos!

Beran, creyendo haberse apuntado un tanto ante su temible rival, se animó.

—No ha respondido a mi pregunta. —Eso es cierto —dijo Palafox. Señaló una silla—. Siéntate... Voy a explicarte con exactitud lo que está ocurriendo.

Beran tomó asiento delicadamente. Palafox le examinó con los ojos entrecerrados.

—Tu información respecto a disturbios y penurias en Pao es cierta a medias. Hay algo de esta naturaleza, tan lamentable como inevitable. Beran quedó aturdido. —¿Hay sequía? ¿Plagas? ¿Hambre? —No —dijo Palafox—. Nada de eso. Sólo hay cambios sociales. Bustamonte está embarcado en una aventura novedosa aunque intrépida. ¿Recuerdas la invasión de Murcielagal? —Sí, pero...

—Bustamonte quiere evitar que se repita este hecho vergonzoso. Está formando una fuerza de guerreros para la defensa de Pao. Ha designado el litoral de Hylanth, en el continente de Shraimand, para uso de la fuerza. Los antiguos habitantes han sido trasladados. Un nuevo grupo, al que se han inculcado ideales militares y enseñado a expresarse en otro idioma, ha ocupado el lugar de los anteriores. En Vidamand, Bustamonte está utilizando medios similares para crear un complejo industrial, a fin de que Pao sea independiente de Mercantil.

Beran guardó silencio, impresionado por el alcance de aquellos planes formidables, aunque todavía quedaban dudas en su mente. Palafox aguardó pacientemente. El muchacho arrugó la frente en un gesto de incertidumbre, se mordió los nudillos y finalmente se decidió a hablar.

—Pero los paoneses jamás han sido soldados, ni mecánicos... ¡No saben nada de estas cosas! ¿Cómo conseguirá Bustamonte triunfar con este plan?

—Debes recordar —dijo secamente Palafox— que yo aconsejo a Bustamonte.

Había un corolario inquietante a la afirmación de Palafox: el trato que de modo evidente existía entre él y Bustamonte. Beran rechazó la idea, la situó en lo más profundo de su mente.

—¿Era necesario desalojar a los habitantes de sus casas? —preguntó con voz reprimida.

—Sí. No podían quedar trazas del antiguo idioma, ni de las antiguas costumbres.

Beran, nativo de Pao, sabedor de que la tragedia masiva era un lugar común de la historia paonesa, pudo aceptar la fuerza de la explicación que Palafox le daba.

—Estos nuevos habitantes... ¿serán auténticos paoneses?

Palafox simuló sorpresa.

—¿Por qué no iba a ser así? Tendrán sangre paonesa, habrán nacido y crecido en Pao, no tendrán ninguna otra lealtad.

Beran abrió la boca para hablar, pero la cerró de nuevo, vacilante.

Palafox aguardó, mas el muchacho, si bien era patente su pena, fue incapaz de encontrar una expresión lógica para sus emociones.

—Dime una cosa —inquirió Palafox en otro tono de voz—, ¿cómo te va en el Instituto?

—Muy bien, he completado la cuarta de mi tesis... El director encontró temas que le interesaban en mi último ensayo.

—¿Y qué temas eran éstos?

—Un desarrollo del término-vialidad paonés *praesens*, con una prueba de trasposición a actitudes roturreñas.

El tono de Palafox reflejó algo parecido a la ansiedad.

—¿Y cómo puedes analizar la mentalidad de Rotura con tanta facilidad?

Beran, sorprendido por la censura que implicaba la pregunta, respondió no obstante sin apocamiento.

—No hay duda de que una persona como yo, ni de Pao ni de Rotura pero con parte de ambos planetas, es la que mejor puede hacer comparaciones.

—¿Mejor, en este caso, que una persona como yo?

Beran meditó concienzudamente.

—No tengo base para comparar.

Palafox le miró fríamente y luego se echó a reír.

—Debo pedir que me traigan tu ensayo y estudiarlo. ¿Aún no has decidido la dirección básica de tus estudios?

Bean movió negativamente la cabeza.

—Hay muchas posibilidades. De momento me encuentro absorto en la historia humana, la posibilidad de una norma y la peculiaridad de su ausencia. Pero tengo mucho que aprender, muchas autoridades que consultar y es posible que esta dirección se haga evidente por sí sola.

—Al parecer, sigues la inspiración del preceptor Arbursson, el teólogo.

—He estudiado sus ideas —dijo Beran.

—Ah, ¿y no te interesan?

Beran volvió a replicar con tacto.

—Lord Arbursson es un preceptor de Rotura. Yo soy paonés.

Palafox rió un momento.

—La forma de tu afirmación implica una equivalencia entre las dos condiciones de existencia.

Beran, sorprendido por la puntillosa réplica de Palafox, no hizo comentario alguno.

—Pues bien —dijo el preceptor en voz ligeramente grave—, al parecer sigues tu camino y haces progresos. —Miró de arriba abajo al muchacho—. Y has estado frecuentando la terminal.

Beran, influenciado por los hábitos paoneses, se sonrojó.

—Sí.

—En ese caso, ha llegado la hora de que empieces a practicar la procreación. Sin lugar a duda estarás bien versado en la teoría precisa...

—Los estudiantes de mi edad apenas hablan de otra cosa —dijo Beran—. Si no tiene inconveniente, Lord Palafox, hoy en la terminal...

—Ahora comprendemos la fuente de tus problemas, ¿eh? Pues bien, ¿cómo se llama ella?

—Citan Netsko.—dijo roncamente Beran.

—Espérame aquí.

Palafox salió rápidamente de la habitación.

Veinte minutos más tarde reapareció en el umbral e hizo una indicación al muchacho.

—Ven.

Un aerocoché cubierto aguardaba junto a la casa. En el interior se veía una silueta solitaria, acurrucada. Palafox clavó su severa mirada en el muchacho.

—Es costumbre que el progenitor ofrezca a su hijo educación, la primera hembra y un pequeño consejo desapasionado. Tú ya estás beneficiándote de la educación... En el coche está tu elegida y además puedes quedarte con el vehículo. Aquí está el consejo, ¡y grábatelo bien porque jamás recibirás algo más valioso! Rastrea tus pensamientos en busca de trazas de misticismo y sentimentalidad paonesa. Aísla estos impulsos... sé consciente de que existen, pero no es forzoso que trates de eliminarlos, porque en ese caso su influencia demolería un nivel más profundo, más esencial.

Palafox alzó la mano, uno de los sorprendentes gestos rotúrenos.

—En este momento quedo liberado de mi responsabilidad. Te deseo una carrera triunfal, cien hijos que obtengan grandes logros y la envidia respetuosa de tus semejantes. —Palafox inclinó formalmente la cabeza.

—Le doy las gracias —repuso el muchacho con idéntica formalidad.

Dio media vuelta y se acercó al vehículo entre los bramidos del viento.

La joven, Gitan Netsko, alzó la cabeza al verle entrar, pero después desvió los ojos y miró más allá del inmenso río Viento.

Beran se sentó en silencio, con el corazón demasiado henchido para pronunciar palabras. Finalmente extendió un brazo, tocó la mano de la joven. Era una mano flácida y fría. El semblante de Gitan reflejaba sosiego.

Beran trató de comunicar sus pensamientos.

—Ahora estás a mi cuidado. Soy paonés...

—Lord Palafox me ha ordenado que te sirva —dijo ella en tono comedido y desapasionado.

Beran suspiró. Se sentía despreciable y estaba lleno de dudas: el misticismo y el sentimentalismo paoneses que Palafox le había aconsejado superar. Elevó el coche bajo el azote del viento y el vehículo se deslizó ladera abajo hacia el dormitorio común. El

muchacho condujo a Gitan a su habitación sumido en emociones contradictorias.

Se detuvieron nada más entrar en el austero cuartucho y se miraron nerviosamente.

—Mañana —dijo Beran— me ocuparé de conseguir mejor alojamiento. Hoy es demasiado tarde.

Los ojos de la joven habían ido aumentando su brillo. Y de pronto Gitan se dejó caer sobre el catre y prorrumpió en sollozos: lágrimas lentas de soledad, humillación, pesar...

Beran, sintiéndose totalmente culpable, tomó asiento junto a ella. Le cogió una mano, se la acarició. Le musitó palabras de consuelo que ella ni siquiera llegó a oír con claridad. Era el primer contacto íntimo de Beran con la aflicción, y le turbó notablemente.

La joven habló con queda monotonía.

—Mi padre era un buen hombre... nunca hizo daño a un ser vivo. Nuestro hogar tenía casi mil años de antigüedad. Su madera era negra a causa de la edad y crecía musgo en todas las piedras. Vivíamos junto a la laguna de Mervan. Detrás de la casa teníamos un campo de milenramas, y un huerto con ciruelos en la ladera de la Montaña Azul. Cuando llegaron los agentes y nos ordenaron partir, mi padre se quedó asombrado. ¿Abandonar nuestro hogar? ¡Vaya broma! ¡Nunca! Ellos solamente pronunciaron tres palabras, y mi padre se enfadó, se puso pálido y guardó silencio. Pero no nos fuimos. Y cuando volvieron a ir...

El tono de tristeza se apagó, las lágrimas dejaron suaves rastros en el brazo de Beran.

—¡El daño será reparado! —dijo Beran.

Gitan meneó la cabeza.

—Imposible... Y, además, preferiría haber muerto.

—¡No, nunca digas eso!

Beran trató de consolarla. Le acarició el cabello, le dio besos en las mejillas. No pudo evitarlo: el contacto le excitó, sus caricias fueron haciéndose más íntimas. Gitan no se resistió. De hecho pareció acoger el acto sexual como un medio para olvidar su pena.

Despertaron a primeras horas de una mañana oscura, mientras el cielo tenía todavía el color del hierro fundido; la ladera aparecía negra y sin detalles y el río Viento era una mancha que bramaba.

—Sabes muy pocas cosas de mí —dijo Beran al cabo de unos minutos—. ¿No sientes curiosidad?

Gitan Netsko emitió un sonido evasivo y Beran reaccionó con cierta irritación.

—Soy paonés —dijo con ansiedad—. Nací en Eiljanre hace quince años. Vivo temporalmente en Rotura.

Calló con la esperanza de escuchar una pregunta sobre el motivo de su exilio, pero Gitan volvió la cabeza y contempló el cielo a través de la estrecha ventana.

—Mientras tanto, estudio en el Instituto —dijo Beran—. Pero la noche pasada empecé a tener dudas... No sabía en qué iba a especializarme. ¡Ahora lo sé! ¡Seré preceptor de lingüística!

Gitan volvió la cabeza para mirarle. Beran no logró interpretar la emoción de aquellos ojos. Eran unos ojazos, de color verdemar, llamativos en un semblante pálido. Estaba convencido de que la chica debía tener un año menos que él, pero mientras sostenía su mirada se sintió inseguro, inútil, absurdo.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó en tono quejumbroso.

Gitan se encogió de hombros.

—Nada...

—¡Oh, vamos! —Se inclinó sobre ella, le besó la frente, la mejilla, la boca. Gitan ni se resistió ni respondió. Beran empezó a preocuparse—. ¿No te gusto? ¿Te he molestado?

—No —repuso ella en voz baja—. ¿Cómo ibas a molestarme? Mientras esté contratada por un hombre de Rotura, mis sentimientos no significan nada.

Beran se irguió bruscamente.

—¡Pero si yo no soy un hombre de Rotura! ¡Ya te lo he dicho! ¡Soy paonés!

Gitan Netsko no respondió y pareció quedar sumida en un sueño íntimo.

—Algún día volveré a Pao. Tal vez pronto, ¿quién sabe? Tú volverás conmigo.

La joven no hizo comentarios. Beran se exasperó.

—¿No me crees?

—Si de verdad fueras paonés —dijo ella en voz apagada—, sabrías qué es lo que creo. Beran enmudeció por unos instantes.

—A pesar de lo que yo pueda ser —dijo por fin—, ientiendo que no me crees paonés!

—¿Y eso qué importa? —estalló Gitan—. ¿Por qué ibas a enorgullecerte de serlo? Los paoneses son lombrices sumisas... iToleran que el tirano Bustamonte los moleste, los saquee, los mate y nunca alzan la mano para protestar! Se refugian como ovejas del viento, esconden la cabeza para no ver las amenazas. Algunos huyen a otro continente, otros... —Clavó una mirada frígida en Beran—. Otros se refugian en un planeta lejano. ¡Yo no estoy orgullosa de ser paonesa!

Beran se levantó con aire compungido y desvió los ojos de la chica casi sin saber por qué lo hacía. Hizo una mueca al verse en el espejo de su mente: ¡vaya personaje despreciable que era él! Nada podía decir en defensa propia. Argumentar ignorancia e impotencia habría sido un balido innoble. Beran suspiró profundamente y empezó a vestirse. Notó un roce en su brazo.

—Perdóname... Sé que tus intenciones no eran malas.

Beran sacudió la cabeza. Creyó haber envejecido mil años.

—Mis intenciones no eran malas, cierto... Pero también es cierto todo lo que has dicho... Hay tantas verdades... ¿Cómo es posible aclararse?

—Yo no sé nada de todas esas verdades —dijo la joven—. Sólo sé cómo me siento... ¡y que si me fuera posible mataría al tirano Bustamonte!

Tan temprano como lo permitían las costumbres de Rotura, Beran se presentó en la mansión de Palafox. Uno de los hijos residentes le recibió e inquirió el motivo de su visita, pregunta que el muchacho eludió contestar. Hubo una demora de diez minutos, durante la cual Beran aguardó muy nervioso en una solitaria sala de espera próxima al techo de la casa.

El instinto del joven le aconsejaba discreción, efectuar un tanteo preliminar del terreno... Pero él comprendió que carecía de tacto para ello, mientras experimentaba una sensación de abatimiento en la boca del estómago.

Finalmente le llamaron y fue conducido al ascensor, que le llevó muy abajo, a una sala de estar provista de paneles de madera, en la que Palafox, vestido con una túnica de sombrero color azul, estaba sentado comiendo trozos de fruta en conserva. Miró a Beran sin cambiar de expresión e inclinó la cabeza de modo apenas perceptible. El muchacho hizo el gesto de respeto acostumbrado y habló en el tono más serio de que era capaz.

—Lord Palafox, he tomado una decisión importante.

Palafox continuó mirándole a la cara inexpresivamente.

—¿Y qué hay de malo en ello? Has llegado a la edad de la responsabilidad y ninguna de tus decisiones ha de ser frívola.

—Deseo regresar a Pao —dijo tercamente Beran.

Palafox no respondió de inmediato, aunque indudablemente la solicitud del joven no encendió ninguna llama de simpatía. Y cuando habló, lo hizo con su tono más seco.

—Me asombra tu falta de sensatez.

De nuevo la distracción sutil, la canalización de energía opuesta hacia sendas complicadas. Mas el artilugio había agotado su fuerza con Beran. El muchacho no se amilanó.

—He meditado sobre el programa de Bustamonte, y estoy preocupado. Tal vez produzca beneficios... pero creo que hay algo oculto, algo anormal e inhumano.

Los labios de Palafox se fruncieron.

—Suponiendo que sean correctas tus sensaciones... ¿qué podrías hacer tú para contrarrestar esta tendencia?

—Soy el Panarca legítimo, ¿no es cierto? ¿Acaso Bustamonte no es más que el Coadjutor Principal? Si me presento ante él, me obedecerá.

—En teoría. ¿Cómo probarás tu identidad? Supón que él afirma que estás loco, que eres un impostor...

Beran guardó silencio. Se trataba de un punto que no había considerado. Palafox siguió hablando implacablemente.

—¿Qué conseguirías con eso?

—Tal vez no debiera presentarme ante Bustamonte. Si aterrizo en una de las islas... Ferai o Viamne...

—Muy bien. Supón que convences de tu identidad a cierto número de personas. Bustamonte seguirá resistiéndose. Podrías precipitar una guerra civil. Si consideras crueles los actos de Bustamonte, considera tus intenciones desde este punto de vista.

Beran sonrió.

—Usted no entiende a los paoneses. No habría guerra. Bustamonte se encontraría simplemente sin autoridad.

Palafox no saboreó la corrección de las opiniones del muchacho.

—Y si Bustamonte tiene noticia de tu regreso y recibe a la nave con un escuadrón de neutraloides... ¿qué pasará?

—¿Cómo iba a enterarse?

Palafox comió un trozo de manzana picante.

—Yo se lo diría —dijo pausadamente.

—De modo que está usted en contra mía.

Palafox esbozó su característica sonrisa imperceptible.

—No, a menos que tus actos vayan en contra de mis intereses... que en este momento coinciden con los de Bustamonte.

—¿Cuáles son sus intereses? —gritó Beran—. ¿Qué espera conseguir?

—En Rotura —dijo en voz baja Palafox—, esas preguntas no debe formularlas nadie, jamás.

Beran guardó silencio durante unos instantes. Después se volvió mientras prorrumpía en amargas exclamaciones.

—¿Por qué me trajo aquí? ¿Por qué me recomendó al Instituto?

Palafox, definido ya el conflicto básico, se tranquilizó y se acomodó en la silla.

—¿Dónde está el misterio? El estratega capacitado se provee de tantas herramientas y procedimientos como le sea posible. Tu función era la de servir como palanca contra Bustamonte, si surgía la necesidad.

—¿Y ahora he dejado de serle útil?

Palafox hizo un gesto de indiferencia.

—No soy vidente, no puedo adivinar el futuro. Pero mis planes respecto a Pao...

—¡ Sus planes respecto a Pao! —le interrumpió Beran.

—... progresan a buen ritmo. Lo mejor que puedo decir de ti es que has dejado de ser una persona útil, ya que ahora amenazas con impedir la marcha normal de los acontecimientos. En consecuencia, es mejor que nuestra relación quede clara. No soy ni mucho menos tu enemigo, pero también es cierto que nuestros intereses no coinciden. No tienes motivo de queja. Sin mi ayuda habrías muerto. Te he ofrecido sustento, cobijo y una educación insuperable. Seguiré responsabilizándome de tu carrera a menos que emprendas acciones contra mí. No hay nada más que decir.

Beran se puso en pie, inclinó la cabeza en gesto de respeto formal. Se dispuso a salir, dudó, miró hacia atrás. Al ver aquellos ojos negros, grandes y ardientes, sintió un sobresalto. Aquél no era el preceptor Palafox, notablemente racional, inteligente, muy modificado, el hombre con más prestigio si se exceptuaba al preceptor Lord Vampellte. Aquel hombre era extraño y violento, e irradiaba una fuerza mental que superaba con mucho la lógica de la normalidad.

Bean volvió a su cubículo, en el que encontró a Gitan Netsko sentada en el reborde de piedra de la ventana, con la barbilla sobre las rodillas y los brazos cruzados sobre los tobillos.

La paonesa levantó la cabeza cuando entró Beran y, a pesar de su depresión, éste sintió la emoción placentera de ser el dueño de aquella joven, si bien tal cosa era más deseo que realidad. Era encantadora, pensó Beran: una paonesa típica de las Tierras de Viñedos, esbelta y de piel muy blanca, de estructura ósea fina y facciones claramente definidas. Su expresión era incomprensible. Beran no tenía la menor idea respecto a qué opinaba de él la muchacha, pero así eran las cosas en Pao, donde las relaciones íntimas de dos jóvenes se hallaban tradicionalmente envueltas en vaguedades y ambigüedades. Arquear una ceja podía indicar pasión desbocada; duda o un tono bajo de voz, aversión

total...

—Palafox no me permitirá regresar a Pao —dijo bruscamente Beran.

—¿No? ¿Y qué?

El muchacho se acercó a la ventana, miró con aire sombrío el abismo por el que la niebla fluía en abundancia.

—¿Y qué? Pues que me iré sin su permiso... En cuanto surja una oportunidad.

Gitan le contempló con expresión escéptica.

—Si regresas... ¿de qué servirá eso?

Beran meneó la cabeza, incierto.

—No lo sé exactamente. Yo espero restaurar el orden, forzar la vuelta a las viejas costumbres.

Gitan prorrumpió en risas tristes, sin ánimo de burla.

—Una ambición estupenda. Espero verla cumplida.

—Yo también.

—Pero estoy desconcertada. ¿Cómo influirás tú en todo esto?

—No lo sé. En el caso más simple, me limitaré a dar las órdenes oportunas. —Al observar la expresión de la joven, Beran exclamó—: Debes saber que yo soy el Panarca legítimo. Mi tío Bustamonte es un asesino: él mató a mi padre, Aiello.

XI

La decisión de Beran respecto a regresar a Pao era difícil de poner en práctica. Ni tenía fondos para adquirir pasaje, ni autoridad para obtenerlo por la fuerza. Intentó mendigar a fin de poder pagar los billetes para él y Gitan; fue desairado y ridiculizado. Frustrado finalmente, el muchacho se encerró en su cuarto, malhumorado; se desentendió de sus estudios y apenas intercambió una palabra con Gitan Netsko, que pasaba el día contemplando inexpresivamente el ventoso precipicio.

Transcurrieron tres meses. Y una mañana Gitan comentó que creía estar embarazada.

Beran la llevó a la clínica, la registró para el régimen prenatal. Su presencia despertó sorpresa y diversión entre el personal del centro.

—¿Engendraste ese niño sin ayuda, tú? Venga, hombre, dinos la verdad: ¿quién es el padre auténtico?

—Ella tiene contrato conmigo —afirmó Beran, indignado y colérico—. ¡Yo soy el padre!

—Disculpa nuestro escepticismo, pero no aparentas tener edad suficiente.

—Los hechos parecen contradecir su opinión —replicó el muchacho.

—Ya veremos, ya veremos. —Hizo un gesto a Gitan—. Tú, al laboratorio.

En el último momento la joven se asustó.

—Por favor, preferiría no entrar.

—Todo forma parte del procedimiento normal —le aseguró el recepcionista—. Vamos, por aquí, por favor.

—No, no —murmuró ella, y se echó hacia atrás—. ¡No quiero entrar!

Beran estaba desconcertado. Miró al recepcionista.

—¿Es necesario que entre ahora mismo?

—¡Naturalmente! —dijo el otro, exasperado—. Hacemos pruebas de rutina para detectar problemas o anomalías genéticas. Estos factores, si se descubren ahora, evitarían dificultades posteriores.

—¿No puede esperar a que ella esté más calmada?

—Le daremos un sedante.

Agarraron a la chica por los hombros. Mientras se la llevaban, Gitan volvió la cabeza y lanzó a Beran una mirada que comunicó muchas emociones hasta entonces no expresadas con palabras.

Beran esperó. Una hora, dos horas... Se acercó a la puerta, llamó. Apareció un médico joven y el muchacho creyó captar inquietud en la expresión del desconocido.

—¿Por qué tardan tanto? Ya deberían...

El médico alzó una mano.

—Temo que han surgido complicaciones. Parece que no has engendrado nada.

Un escalofrío empezó a recorrer las entrañas de Beran.

—¿Qué clase de complicaciones?

El médico dio media vuelta, se alejó de la puerta.

—Es preferible que vuelvas a tu dormitorio. No hace falta que sigas esperando.

Gitan Netsko fue conducida al laboratorio, en donde se sometió a diversas pruebas rutinarias. Finalmente la hicieron tumbarse boca abajo en una plataforma y la metieron bajo una máquina enorme. Un campo eléctrico aminoró el ritmo de sus corrientes cefálicas, la anestesió mientras la máquina introducía una aguja finísima en su abdomen a fin de localizar el embrión y extraer algunas células.

El campo eléctrico se interrumpió. Gitan recobró el conocimiento. Fue trasladada a una sala de espera mientras una calculadora evaluaba, identificaba y clasificaba las células embrionarias.

La señal de respuesta apareció en la pantalla: «Un varón, normal en todos los

aspectos. Expectativa: categoría AA». Se vio el indicador del tipo genético de Gitan e igualmente el del padre.

El técnico observó el índice paternal sin demostrar interés especial... y volvió a mirarlo. Llamó a un compañero, ambos contuvieron la risa, y uno de ellos se dirigió a un comunicador.

Se oyó la voz de Lord Palafox.

—¿Una paonesa? Muéstreme su cara... Ya recuerdo, la fecundé antes de entregarla a mi pupilo. ¿Es hijo mío, definitivamente?

—Desde luego, Lord Palafox. Hay pocos índices que conozcamos tanto como éste.

—Perfectamente... La trasladaré a mi dormitorio.

Palafox se presentó diez minutos más tarde. Saludó con formal respeto a Gitan Netsko, que le miró con ojos asustados. El rotureño habló en tono cortés.

—Al parecer vas a tener un hijo mío, de expectativa AA, cosa que es excelente. Voy a llevarte a mi sala particular de embarazadas, donde recibirás el mejor cuidado posible.

Ella le miró inexpresivamente.

—Este niño... ¿es suyo?

—Eso indican los analizadores. Si pares bien, obtendrás un premio. Te lo aseguro, nunca podrás decir que soy tacaño.

Gitan se puso en pie de un brinco, con los ojos llameantes.

—¡Esto es horroroso! ¡No quiero parir ese monstruo!

Echó a correr alocadamente por el pasillo y salió de la sala, con el médico y Palafox detrás de ella.

Pasó velozmente la puerta que conducía a la habitación en la que aguardaba Beran, pero sólo vio el enorme hueco del ascensor que comunicaba las plantas superiores e inferiores.

Se detuvo en el rellano y miró hacia atrás con expresión feroz. La enjuta silueta de Palafox se hallaba a escasos metros.

—¡Detente! —chilló el enardecido Palafox—. ¡Llevas mi hijo en tus entrañas!

Gitan no respondió. Se volvió y contempló el pozo del ascensor. Cerró los ojos, suspiró y se dejó caer. Y cayó y cayó dando vueltas, chocando con las paredes y produciendo ruidos sordos, mientras el mago la miraba, perplejo. Finalmente la paonesa dejó de moverse, muy abajo, un fardo flácido del que manaba sangre.

Los médicos la subieron en una camilla, pero el niño había muerto y Palafox abandonó la clínica muy disgustado.

Había otras heridas y, puesto que Gitan Netsko se había decidido por la muerte, la medicina rotureña no pudo forzarla a recobrar la vida...

Cuando regresó al día siguiente, Beran supo que el niño era de Lord Palafox y que la madre, al conocer este hecho, había vuelto al dormitorio común del preceptor a fin de obtener la recompensa por parto. Las circunstancias reales fueron estrictamente ocultadas, ya que en la sociedad del Instituto de Rotura nada podía reducir tanto el prestigio de un hombre, o dejarle más en ridículo ante sus colegas, que un episodio de tales características: una mujer que decidía suicidarse antes que dar a luz un hijo suyo.

Durante una semana Beran permaneció en su cubículo o vagó por las ventosas calles hasta que su piel fue incapaz de soportar el frío. Y en realidad, cuando sus pies le llevaban trabajosamente al dormitorio del Instituto no era porque él lo hubiera decidido conscientemente.

Jamás la vida le había ofrecido un panorama tan depresivo.

El muchacho salió de su estupor y su embotamiento con unas emociones casi malignas. Se sumió en las tareas del Instituto y apiñó conocimientos en su cerebro a modo de cataplasma para su pena.

Pasaron otros dos años. Beran creció y los huesos de su cara quedaron grabados en la piel. Gitan Netsko fue perdiéndose en su memoria hasta convertirse en un sueño agri dulce.

Un par de cosas extrañas ocurrieron en esos años, hechos para los que el paonés no encontró explicación. En cierta ocasión se topó con Palafox en un pasillo del Instituto. El preceptor le lanzó una mirada tan helada que Beran se quedó contemplándolo, extraña-

do. Era él el que tenía motivo de queja, no Palafox. ¿Por qué, pues, la animosidad del preceptor?

Otro día, alzó los ojos del escritorio de la biblioteca y vio a un grupo de preceptores eminentes de pie junto a él, mirándole. Reflejaban diversión y parecían muy interesados, como si estuvieran disfrutando con una broma personal. En realidad así era... y la pobre Gitan Netsko había proporcionado la esencia de la misma. Las circunstancias de su fallecimiento eran demasiado notables para guardarlas en secreto y Beran era famoso entre los bien informados: el mozalbeta que, haciendo una paráfrasis, había «derrotado en la cama» a Lord Palafox hasta el punto de que una mujer había preferido suicidarse a volver con el preceptor.

La chanza acabó envejeciendo y prácticamente se olvidó. Pero subsistieron las cicatrices emotivas.

Tras la muerte de Gitan Netsko, Beran frecuentó de nuevo el espacio puerto, tanto por su esperanza de tener noticias de Pao como por observar a las mujeres que llegaban. En la cuarta visita le sorprendió ver bajar de una barcaza un grupo numeroso de jóvenes, cuarenta o cincuenta, casi con toda seguridad paoneses. Después de acercarse lo suficiente para oír las conversaciones, verificó su suposición: ¡eran paoneses!

Mientras aguardaban el momento del registro, Beran abordó a uno de ellos, un muchacho alto, de semblante muy serio, que como mucho tenía la misma edad que el estudiante. Se esforzó en hablar sin mostrar interés.

—¿Cómo van las cosas en Pao?

El recién llegado le miró atentamente, como si calculara a cuánta veracidad podía arriesgarse. Finalmente dio una respuesta evasiva.

—Tan bien como puede esperarse, tal como están los tiempos y las condiciones.

Beran esperaba poca cosa más.

—¿Qué hacéis en Rotura, un grupo tan numeroso?

—Somos aprendices de lingüistas, hemos venido para cursar estudios avanzados.

—¿Lingüistas? ¿En Pao? ¿Qué innovación es ésa?

El recién llegado escrutó a Beran.

—Hablas paonés con acento nativo. Es extraño que sepas tan poco de la situación actual.

—Vivo en Rotura desde hace ocho años. Eres el segundo paonés que veo en todo este tiempo.

—Entiendo... Bien, han habido cambios. Hoy día, en Pao, hay que saber cinco idiomas simplemente para pedir un vaso de vino.

La cola avanzó hacia el mostrador. Beran se movió con ella, tal como había hecho en tiempos con Gitan Netsko. Mientras veía anotar los nombres en el registro, en su cerebro surgió una idea que le excitó, hasta tal punto que le fue difícil hablar...

—¿Cuánto tiempo estaréis estudiando en Rotura? —preguntó roncamente.

—Un año.

Beran retrocedió y valoró precisamente la situación. El plan parecía factible. En cualquier caso, ¿qué podía perder? Contempló su vestimenta: ropa típica de Rotura. Tras retirarse a un rincón, se sacó la camisa y la camiseta. Invirtiendo el orden de las prendas, y dejándolas sueltas por encima de los pantalones, el muchacho logró una apariencia aproximadamente paonesa.

Se situó en el extremo de la cola. El joven que iba delante volvió la cabeza, curioso, pero no hizo comentarios. Finalmente, Beran llegó al mostrador de registro. El encargado era un joven profesor del Instituto, cuatro o cinco años mayor que Beran. Parecía aburrido con su tarea y apenas levantó los ojos cuando el paonés llegó al mostrador.

—¿Nombre? —preguntó el encargado en laborioso paonés.

—Breóle Paraio.

El encargado examinó la lista con aire pensativo.

—¿Cuáles son los símbolos?

Beran deletreó el nombre ficticio.

—Qué extraño —murmuró el otro—. No está en la lista. Algún estúpido incompetente...

—Su voz se apagó. Aferró las hojas bruscamente—. Los símbolos, otra vez.

Beran deletreó el nombre y el empleado lo agregó a la lista de registro.

—Muy bien, aquí tienes tu pase. Llévalo siempre encima mientras estés en Rotura. Lo devolverás cuando regreses a Pao.

Beran siguió a los demás hasta un vehículo que aguardaba y, con la nueva identidad de Breóle Paraio, descendió por la ladera en dirección a otro dormitorio común. Parecía una esperanza fantástica. Y sin embargo... ¿por qué no? Los estudiantes de lingüística no tenían motivo para denunciarle, sus mentes estaban ocupadas en la novedad de Rotura. ¿Quién iba a investigar a Beran, el pupilo abandonado por Palafox? Nadie. Un alumno del Instituto tan sólo era responsable de sí mismo. Siendo Ercole Paraio podía tener libertad suficiente para conservar la identidad de Beran Panasper, hasta el momento en que éste tuviera que desaparecer.

Beran, junto con el resto de estudiantes de lingüística de Pao, obtuvo un cubículo para dormir y un lugar en la mesa del refectorio.

La clase fue convocada la mañana siguiente en una desolada sala de piedra medio cubierta por vidrio transparente. El sol macilento entraba muy sesgado y formaba en la pared una división entre luz y sombra.

Un joven profesor del Instituto llamado Finisterle, uno de los numerosos hijos de Palafox, se presentó para hablar al grupo. Beran lo había visto muchas veces: alto, más delgado incluso de lo normal en Rotura, la proa de un barco por nariz al estilo de Palafox y frente imponente, pero con unos ojos castaños muy cavilosos y una piel oscura como un roble heredada de su madre anónima. Habló en voz suave, casi amable, mientras su mirada pasaba de rostro en rostro, y Beran se preguntó si Finisterle lograría reconocerle.

—En cierto sentido, sois un grupo experimental —dijo Finisterle—. Es preciso que muchos paoneses aprendan muchos idiomas con rapidez. La instrucción aquí, en Rotura, puede ser un medio para lograr ese fin.

»Es posible que haya confusión en algunas de vuestras cabezas. Caramba, preguntáis, ¿debemos aprender otros tres idiomas?

»En vuestro caso, la respuesta es sencilla: seréis un cuerpo directivo de élite, coordinaréis, expediréis, ordenaréis.

»Pero esto no acaba de responder a vuestra pregunta. Bien, preguntáis, ¿todo el mundo debe aprender un idioma nuevo? La respuesta a esta pregunta se halla en la ciencia de la lingüística dinámica. Estos son los preceptos básicos, que voy a enunciar sin pruebas ni argumentos y que, al menos de momento, debéis aceptar de forma arbitraria.

»El idioma determina la norma de pensamiento, la secuencia en la que a un acto siguen determinados tipos de reacciones.

«Ningún idioma es neutral. Todos los lenguajes aportan impulsos al cerebro colectivo, algunos con más vigor que otros. Repito, no conocemos ningún lenguaje "neutral"... y no existe un idioma "mejor" u "óptimo", aunque el Idioma A pueda parecer más apropiado al Contexto X que el Idioma B.

»En un marco de referencia todavía más amplio, observamos que todos los idiomas imponen determinado punto de vista global a la mente. ¿Cuál es la "auténtica" visión global? ¿Existe un lenguaje que exprese esta visión global "auténtica"? En primer lugar, no hay razón para creer que una visión global "auténtica", en caso de que existiera, puede ser un útil valioso o ventajoso. Segundo, no hay normas para definir la visión global "auténtica". La verdad está contenida en las ideas preconcebidas del que busca definirla. Cualquier organización de ideas presupone un criterio sobre el mundo.

Beran permaneció atento, vagamente extrañado. Finisterle hablaba en paonés, sin apenas acento rotureño, sin el habla entrecortada típica allí. Sus ideas eran notablemente más moderadas y dudosas que las que Beran había oído expresar en el ambiente del Instituto.

Finisterle siguió hablando, describió la rutina del estudio, y mientras hablaba parecía ir frunciendo el ceño y posando los ojos cada vez con más frecuencia en Beran. El corazón de éste empezó a encogerse.

Pero una vez acabada su charla, Finisterle no hizo intento alguno de abordar al muchacho y más bien pareció hacer caso omiso de su presencia. Beran pensó que quizás había logrado pasar desapercibido.

Beran se esforzó en conservar un parecido mínimo con su vida anterior en el Instituto e

hizo notar su presencia en los diversos talleres, bibliotecas de investigación y aulas, de forma que no hubiera disminución aparente de su actividad.

El tercer día, al entrar en la sección de pintura de la biblioteca, estuvo a punto de chocar con alguien que salía: Finisterle. Los dos se miraron de cerca. Después Finisterle se hizo a un lado mientras ofrecía corteses excusas y siguió su camino. Beran, con la cara ardiente como el fuego, entró en la sección, pero tal era su nerviosismo que no solicitó el código de la película que debía estudiar.

Y a la mañana siguiente, por azar, le mandaron ir a una clase de declamación dirigida por Finisterle, y se encontró frente a aquel ubicuo hijo de Palafox con tan sólo una oscura mesa de roble entre ambos.

La expresión de profesor no se alteró, mostró seriedad y cortesía al dirigirse a Beran. Pero éste creyó ver una chispa de ironía en los ojos del otro. Finisterle parecía demasiado serio, demasiado solícito, demasiado cortés.

Los nervios de Beran no pudieron resistir tanto suspense. Después de la clase permaneció en su asiento, mientras los demás se marchaban.

Finisterle, igualmente, se había levantado dispuesto a marchar. Enarcó las cejas en un gesto de cortés sorpresa cuando Beran le habló.

—¿Tienes alguna pregunta que hacer, alumno Paraio?

—Quiero saber qué planes tiene para conmigo. ¿Por qué no me denuncia a Palafox?

Finisterle ni siquiera fingió incompreensión.

—¿Por el hecho de que como Beran Panasper asistes al Instituto y como Ercole Paralo estudias idiomas con los paoneses? ¿Por qué iba a planear denunciarte, con qué fin?

—No lo sé. Me preguntaba si usted lo haría.

—No logro entender cómo me afecta tu conducta.

—Debe saber que estoy aquí como pupilo de Lord Palafox.

—Oh, cierto. Pero no tengo mandato alguno de proteger sus intereses. Suponiendo —añadió con delicadeza— que yo deseara hacer tal cosa.

Beran reflejó sorpresa. Finisterle siguió hablando en voz suave.

—Tú eres paonés, no comprendes a los rotúrenos, no nos comprendes. Somos individuos totales, cada uno con sus objetivos personales. El vocablo paonés «colaboración» no tiene equivalencia en Rotura. ¿Cómo voy a mejorar mi posición si investigo tu caso para Progenitor Palafox? Un acto así es irreversible. Me comprometo sin ventaja perceptible. Si no digo nada, siempre tengo abiertos canales alternativos.

—En ese caso —balbuceó Beran—, ¿debo entender que no tiene intenciones de denunciarme?

Finisterle asintió.

—No, a menos que ello redunde en mi provecho. Y esto no puedo imaginarlo por el momento.

XII

Pasó un año, un año de ansiedad, triunfo espiritual, esperanza cautelosamente reprimida; un año de ingeniosidad, de estudio intenso, en el que la necesidad de aprender fue como si inflamara las facultades para hacerlo; un año durante el que Beran Panasper, el exiliado paonés, fue alumno atento aunque irregular del Instituto, mientras Ercole Paraio, el estudiante paonés de lingüística, efectuó rápidos progresos en tres idiomas: bravante, tecnicante y cogitante.

Para sorpresa del joven, y para su enorme provecho, el cogitante resultó ser el lenguaje de Rotura, con modificaciones considerables para evitar el solipsismo latente en la lengua original.

Beran creyó conveniente no mostrar ignorancia respecto a la situación actual de Pao y limitó sus preguntas. Sin embargo, por métodos sinuosos, conoció muchos detalles sobre lo que estaba aconteciendo en Pao.

En zona de dos continentes, el litoral de Hulanth en Shraimand y las costas de la bahía de Zelambre en la parte septentrional de Vidamand, proseguía aún el desahucio, la violencia y la miseria de los campos de refugiados. Nadie sabía con exactitud el alcance de los planes de Bustamonte, ni, indudablemente, lo que éste pretendía. En ambas zonas la población había sido y estaba siendo privada de sus bienes conforme el enclave del nuevo idioma iba expandiéndose, una marea que azotaba las costas en retroceso de las antiguas costumbres paonesas. Las zonas afectadas eran relativamente poco extensas y los nuevos pobladores, muy jóvenes: niños en el primer o segundo octeto de edad, guiados por un escaso cuadro de lingüistas que, bajo amenaza de muerte, únicamente hablaban el nuevo idioma.

Los estudiantes, con voz apagada, recordaban escenas de angustia: la obstinación pasiva, total por parte de la población incluso ante la amenaza de la inanición, y las represalias, ejecutadas con genuino desprecio paonés por la vida de un individuo.

En otros aspectos Bustamonte había demostrado ser un gobernante capacitado. Los precios se mantenían estables, la administración civil mostraba una eficacia aceptable. Su nivel personal de vida era lo bastante espléndido para complacer la típica afición paonesa a la pompa, aunque sin llegar a niveles extravagantes de magnificencia, capaces de llevar al fisco a la bancarrota. Tan sólo en Shraimand y Vidamand existía verdadero descontento, y naturalmente «descontento» era una palabra moderada para expresar rencor, mal humor, dolor y pena.

De las sociedades infantiles que a su debido tiempo se extenderían por las tierras desocupadas apenas se sabía algo, y Beran tuvo dificultades para distinguir entre especulación y realidad.

Una persona educada de acuerdo con la tradición paonesa heredaba insensibilidad hacia el sufrimiento humano, una intuición del destino más que un deseo de endurecerse. Pao era un planeta superpoblado y cualquier cataclismo afectaba de forma automática a gran número de personas. De ahí que un paonés pudiera conmoverse al ver los apuros de un pájaro con el ala rota e ignorar la noticia de las diez mil personas que habían muerto ahogadas en un maremoto.

La base paonesa de Beran se vio alterada por la educación del joven; porque nadie podía considerar la población de Rotura como otra cosa que no fuera un conjunto de unidades discretas. Quizá por esta razón le afectó la desdicha de Shraimand y Vidamand. El odio, elemento hasta entonces ajeno a su carácter, empezó a ocupar un lugar en su mente. Bustamonte, Palafox... ¡Esos hombres tenían que responder de horrores inmensos!

El año se acercó a su fin. Beran, mediante una combinación de inteligencia natural, celo y conocimientos previos del idioma de Rotura, logró resultados loables como estudiante de lingüística y asimismo reforzó el programa anterior. De hecho, el paonés tenía dos

existencias aisladas entre sí. Su primera vida, como alumno del Instituto de Rotura, no presentaba problemas ya que nadie dedicaba un ápice de atención por algo que no fueran sus problemas personales.

Como estudiante de lingüística la situación era más complicada. Sus compañeros de estudios eran paoneses, gregarios e inquisitivos, y Beran adquirió fama de excéntrico, puesto que no tenía tiempo ni ganas de participar en diversiones durante las horas de ocio. En un momento de humor, los alumnos idearon un revoltijo espurio que pretendía ser un idioma, reuniendo fragmentos de paonés, cogitante, bravante, tecnicante, mercantil y murgal hasta formar un vocabulario heterogéneo y una sintaxis sincrética. Denominaron pastiche a este lenguaje remedado.

Los estudiantes rivalizaron en fluidez para hablarlo y lo utilizaron para disgusto de los profesores, que creían que era preferible dedicar esos esfuerzos al estudio. Los alumnos, tras referirse a los expertos en bravante, tecnicante y cogitante, argumentaron que era totalmente lógico y coherente que los intérpretes hablaran igualmente un idioma característico. ¿Y por qué no el pastiche?

Los profesores se avinieron en principio, pero objetaron que el pastiche era una mezcla deformada, un bodrio carente de estilo y dignidad. Los escolares no se preocuparon por ello, aunque de todas formas hicieron divertidas tentativas de idear estilo y dignidad para su creación.

Beran llegó a dominar el pastiche igual que sus compañeros, pero no tomó parte en la formulación del «idioma». Con la atención centrada en otros temas, le quedaban escasas energías para recreaciones lingüísticas. Y conforme el momento de volver a Pao iba aproximándose, los nervios del joven se tensaban.

Por fin sólo faltaba un mes. Luego una semana, y los lingüistas sólo hablaban de Pao. Beran se mantuvo apartado de los demás, pálido y nervioso, siempre mordisqueándose los labios.

Encontró a Finisterle en uno de los oscuros pasillos y se detuvo bruscamente. ¿Y si Finisterle, refrescada la memoria, le denunciaba? ¿Echaría por la borda el trabajo de un año entero? Pero el profesor siguió su camino, con la mirada fija en alguna imagen mental.

Cuatro días, tres días, dos días... Y durante la última clase el profesor dijo algo que fue un zambombazo. El sobresalto fue tan abrumador que Beran quedó paralizado en su silla y una niebla rosada nubló su vista.

—... ahora escucharéis al eminente preceptor que creó el programa. El os explicará el alcance de vuestro trabajo, las responsabilidades que os corresponden. Os presento a Lord Palafox.

Palafox entró airoso en el aula con la mirada fija al frente. Beran se acurrucó en su asiento, desesperado; un conejo que espera no atraer la atención del águila.

Palafox saludó formalmente a la clase y observó algunas caras al azar. Beran permaneció con la cabeza agachada detrás del joven situado por delante. Los ojos del preceptor no se detuvieron en dirección al muchacho.

—He seguido vuestros progresos —dijo Palafox—. Habéis estudiado de modo loable. Vuestra presencia en Rotura era un experimento, francamente hablando, y vuestros progresos han sido comparados con el trabajo de grupos similares que estudian en Pao. Al parecer, el ambiente de Rotura es un estímulo: vuestro trabajo ha sido apreciablemente superior. Tengo entendido que incluso habéis inventado un lenguaje característico, el pastiche. —Sonrió con aire indulgente—. Es una idea ingeniosa, y, aunque carezca de elegancia, el idioma es todo un logro.

«Supongo que comprendéis la magnitud de vuestras responsabilidades. Formáis nada menos que los ejes sobre los que girará la maquinaria de Pao. Sin vuestros servicios, los nuevos mecanismos sociales de Pao no podrían engranar, no podrían funcionar.

Hizo una pausa, contempló la audiencia. Beran escondió de nuevo la cabeza.

El preceptor siguió hablando, en distinto tono.

—He oído muchas teorías para explicar las innovaciones del Panarca Bustamonte y casi todas son engañosas. La realidad es simple en esencia, si bien grandiosa por su alcance. En el pasado la sociedad paonesa era un organismo uniforme, con debilidades que de modo inevitable atraían aves de presa. La nueva diversidad produce fuerza en todas las

direcciones, protege las zonas anteriormente débiles. Esa es nuestra idea... pero sólo el futuro puede aclarar hasta qué punto triunfaremos. Vosotros, los lingüistas, tendréis influencia decisiva en los resultados finales. Debéis ejercitaros para ser flexibles. Debéis entender las peculiaridades de las nuevas sociedades paonesas, puesto que vuestra tarea principal consistirá en reconciliar interpretaciones opuestas de los mismos fenómenos. Vuestros esfuerzos determinarán en gran medida el futuro de Pao.

Hizo otra inclinación de cabeza y se dirigió hacia la puerta. Beran le vio acercarse con el corazón en un puño. El preceptor pasó a medio metro de distancia y el muchacho notó la corriente de aire que produjo Palafox. No sin gran esfuerzo, Beran se abstuvo de ocultar la cara entre las manos. La cabeza de Palafox no se volvió. El mago salió de la habitación sin aflojar el paso.

Al día siguiente los estudiantes abandonaron el dormitorio común con gran júbilo y abordaron el aerobús que debía llevarlos a la terminal. Entre ellos, oculto en su identidad con los demás, estaba Beran.

El grupo entró en la terminal y desfiló hacia el mostrador de registro. La cola avanzó, los alumnos pronunciaron sus nombres, devolvieron los pases de estancia, recibieron documentos de transporte, cruzaron la entrada en dirección a la barcaza espacial que aguardaba. Beran llegó al mostrador.

—Ercole Paraio —dijo en voz ronca mientras dejaba su pase en el mostrador.

—Ercole Paraio.

El encargado comprobó el nombre y entregó un comprobante.

Beran cogió el papel con dedos temblorosos, se alejó y caminó hacia la entrada con toda la rapidez a que podía arriesgarse. No dejó de mirar hacia adelante, temeroso de topar con la mirada irónica de Lord Palafox.

Cruzó la entrada al espacio puerto, subió a la barcaza. La compuerta se cerró, el vehículo despegó del suelo de roca fundida y osciló al recibir el latigazo del viento. Ascendió y se alejó de Rotura, en dirección a la nave en órbita. Y por fin Beran se atrevió a confiar en que su plan de un año de duración, su intriga para escapar de Rotura iba a dar resultado.

Los lingüistas se trasladaron a la nave, el lanchón se separó. Vibraciones, un ruido sordo... El viaje había empezado.

XIII

El pequeño sol blanco fue menguando, se convirtió en una chisparás de la mirada. La nave flotaba en la negrura del espacio, desplazándose de forma imperceptible entre las estrellas del cúmulo.

Finalmente brotó el brillo del sol amarillo Auriol, acompañado por el tono verdemar de Pao. Beran fue incapaz de apartarse de la portilla. Vio cómo el planeta iba expandiéndose y pasaba rápidamente de disco a esfera. Siguió con los ojos la configuración de los ocho continentes, puso nombres a centenares de islas, localizó las grandes ciudades. Nueve años habían transcurrido, casi la mitad de su vida. No podía esperar que Pao fuera el mundo de sus recuerdos.

¿Y si habían descubierto su ausencia en el Instituto de Rotura? ¿Y si Palafox se había comunicado con Bustamonte? Era un temor que Beran había acariciado durante toda la travesía. Si era cierto, un escuadrón de mamrones estaría esperando la nave y el regreso al hogar de Beran sería un vislumbre de la campiña, un agarrón, un empujón, aire a gran velocidad, nubes y cielo remolineando en lo alto, el choque con el agua, el azul cada vez más oscuro del agua oceánica mientras él iba hundiéndose hacia una muerte cierta.

La idea no sólo era lógica, sino además probable. El lanchón de desembarco se situó junto a la nave. Beran lo abordó. Los demás paoneses se pusieron a entonar un viejo cántico del planeta bufonamente traducido al pastiche.

El vehículo quedó inmóvil sobre la pista, se abrieron las compuertas. Los otros jóvenes salieron muy contentos en tropel; Beran se levantó muy despacio y los siguió con aire cauteloso. No había nadie en las cercanías, aparte de los empleados habituales. Suspiró profundamente y contempló todo el espacio puerto. Eran las primeras horas de la tarde. Nubes muy finas flotaban en un cielo que era la esencia misma del color azul. El muchacho notó el calor del sol en su cara y experimentó una felicidad casi mística. Jamás volvería a salir de Pao, ni vivo ni muerto. Si le aguardaba la inmersión, mejor era eso que vivir en Rotura.

Los lingüistas abandonaron la pista en dirección al vetusto edificio achatado de la terminal. Nadie había ido a recibirlos, hecho que tan sólo Beran, acostumbrado a la eficiencia mecánica de Rotura, consideró extraordinario. «Al observar los rostros de sus compañeros —pensó—, he cambiado. Palafox me ha hecho el peor daño posible. Amo a Pao pero ya no soy paonés. Estoy contaminado con el sabor de Rotura, jamás volveré a formar parte íntegra de este mundo... ni de ningún otro. Estoy desterrado, soy ecléctico, soy pastiche.»

Beran se separó de sus compañeros, se acercó a la salida y contempló el paseo ensombrecido por los árboles que conducía a Eiljanre. Podía echar a andar, desaparecer en pocos instantes.

Pero ¿adonde se dirigiría? Si se presentaba en palacio habría muerto antes de pronunciar una palabra. Beran no tenía deseos de trabajar en el campo, de pescar, de llevar cosas de un sitio a otro. Muy pensativo, dio media vuelta y se reunió con los lingüistas.

Llegó el comité oficial de bienvenida. Uno de los dignatarios efectuó una declamación congratulatoria y los lingüistas dieron las gracias formalmente. Después fueron conducidos a un autocar y trasladados a uno de los irregulares hostales de Eiljanre.

Al contemplar las calles, Beran quedó asombrado. Tan sólo vio el habitual sosiego paonés. Cierto que se trataba de Eiljanre, no de las zonas repobladas de Shraimand y Vidamand... ipero el simple reflejo de la tiranía de Bustamonte debía dejar una huella! Sin embargo, los rostros que aparecían en la avenida reflejaban placidez.

El autocar entró en el Cantatrino, un parque enorme con tres montañas artificiales y un lago, el monumento erigido por un Panarca antiguo a su hija fallecida, la fabulosa Can. El

vehículo pasó bajo un arco envuelto en musgo, lugar en el que los responsables del parque habían colocado un retrato floral del Panarca Bustamonte. Alguien había expresado sus sentimientos con un puñado de barro negro. Una pequeña señal... pero muy reveladora, ya que los paoneses raramente emitían juicios políticos.

Ercole Paraio fue enviado a la Escuela Progresista de Cloeopter, en la costa de la bahía de Zelambre, región septentrional de Vidamand. Se trataba de una zona designada por Bustamonte como centro industrial, que debía producir para todo Pao. La escuela se hallaba ubicada en un antiguo monasterio de piedra construido por los primeros colonos con fines olvidados hacía mucho tiempo.

En los fríos salones, repletos del sol verdoso que se filtraba sobre las hojas, niños de todas las edades se acostumbraban al sonido del idioma tecnicante y recibían instrucción (por un método especial de causalidad) en maquinaria industrial, matemáticas, ciencia elemental y procesos de ingeniería y manufactura. Las clases se impartían en aulas y talleres bien acondicionados, aunque los alumnos se alojaban en dormitorios improvisados con postes y lonas, y situados a ambos lados del monasterio. Niñas y niños vestían monos de color rojo oscuro y gorras de idéntica tonalidad, y estudiaban y trabajan con la intensidad de adultos. Después de las horas de colegio no había limitación para sus actividades, siempre que permanecieran en las cercanías del centro.

Los alumnos sólo recibían alimentos, ropas, alojamiento y materiales esenciales. Si deseaban lujos, material para juegos, herramientas especiales o cuartos privados sólo podían obtenerlos mediante la producción de artículos a utilizar en otros lugares de Pao, y casi todo el tiempo libre de los estudiantes era dedicado a pequeñas aventuras industriales. Fabricaban juguetes, vajillas, dispositivos eléctricos sencillos, moldes de aluminio a partir de los minerales que había en las proximidades e incluso publicaciones impresas en tecnicante. Un grupo de alumnos de ocho años se dedicó a un plan más complejo, una planta para extraer minerales del océano, y a tal fin invirtieron todos sus fondos en el material necesario.

Los instructores eran en su mayor parte profesores de Rotura. Desde buen principio Beran quedó perplejo por un rasgo que le era imposible concretar, ya que no definir. Sólo después de dos meses de vida en Cloeopter aclaró el origen de la rareza. Se trataba de la similitud existente entre los profesores rotúrenos. Una vez llegado a este punto, Beran aclaró totalmente el misterio. Aquellos jóvenes eran hijos de Palafox. Según las normas tradicionales, debían estar absortos en estudios intensivos en el Instituto, preparándose para obtener el grado de expertos, logrando modificaciones. Beran dedujo que el caso era todo un misterio.

Sus obligaciones eran bastante sencillas y, de acuerdo con la cultura paonesa, muy remunerativas. El director del colegio, designado por Bustamonte, decidía los objetivos y la línea del centro, al menos en teoría, pero su responsabilidad era simplemente nominal. Beran le servía de intérprete, traducía al tecnicante cualquier observación que el director creyera oportuno formular. Para desempeñar este servicio estaba alojado en una bonita casa de campo hecha con guijarros y tablas labradas manualmente, un antiguo caserón; le pagaban un buen salario y estaba autorizado a vestir un uniforme especial de color verde gris con bordes blancos y negros.

Pasó un año. Beran tomó melancólico interés en su tarea e incluso empezó a compartir las ambiciones y los planes de los estudiantes. Se esforzó en compensar lo anterior con descripciones cautelosamente entusiastas del Pao anterior, pero sólo recibió inexpresiva indiferencia. Eran más interesantes los milagros técnicos que, según los alumnos, debía haber presenciado Beran en los laboratorios de Rotura.

Durante uno de sus días libres Beran hizo una dolorosa peregrinación al ex hogar de Gitan Netsko, varios kilómetros tierra adentro. No sin ciertas dificultades localizó la granja junto a la laguna de Mervan. La vivienda estaba abandonada, la madera seca, los campos de milenramas cubiertos de cizaña. Se sentó en un banco podrido, bajo un árbol pequeño, y acudieron a su mente imágenes tristes...

Subió por la ladera de la montaña Azul, contempló el valle. La soledad le produjo asombro. De un lado a otro del horizonte, en una tierra fértil en otro tiempo atestada de seres humanos, no había más movimiento que el vuelo de los pájaros. Millones de personas habían sido desahuciadas, en su mayor parte a otros continentes, si bien

algunos habían preferido morir y quedar cubiertos con la tierra ancestral. Y la flor de la región, la joven más hermosa e inteligente había sido trasladada a Rotura a fin de pagar las deudas de Bustamonte.

El desalentado Beran regresó a la bahía de Zelambre. En teoría, estaba dentro de sus posibilidades reparar la injusticia... si conseguía obtener medios para recobrar la autoridad que legítimamente le correspondía. Las dificultades parecían insuperables. Se sentía inepto, incapaz de hacer nada...

Impulsado por su descontento, el muchacho se adentró en la senda del peligro y viajó hacia el norte, hacia Eiljanre. Se alojó en la antigua Posada Moravi, junto al canal Tidal y enfrente mismo de los muros del Gran Palacio. Su mano vaciló al firmar en el registro, tuvo que contener el impulso de garabatear Beran *Panasper*, y finalmente se registró con el nombre de Breóle Paraio.

La capital tenía un aspecto muy raro. ¿Fue la imaginación del joven la que captó un eco oculto de ira, incertidumbre o histeria? Tal vez no: los paoneses vivían en el presente, siguiendo los impulsos de la sintaxis de su idioma y el ritmo invariable de la jornada.

En un estado de cínica curiosidad, Beran repasó los archivos de la Biblioteca de Documentos Oficiales. A nueve años de distancia en el pasado, encontró la última mención de su nombre:

«Durante la noche los asesinos extranjeros envenenaron al amado Medallón. De esta forma trágica concluye la sucesión directa de los Panasper y se inicia la estirpe colateral del Panarca Bustamonte. Todos los auspicios apuntan a la extremada duración del ejercicio de su título.»

Indeciso, falto de convicción, sin energía para poner en práctica cualquier resolución o esperanza que pudiera tener, Beran regresó al colegio de la bahía de Zelambre.

Pasó otro año. El grupo de tecnicantes creció en edad, número y experiencia. Crearon cuatro pequeñas redes de producción para fabricar útiles, láminas de plástico, productos químicos industriales, contadores y manómetros. Había muchos más productos en perspectiva y todo parecía indicar que aquella etapa del sueño de Bustamonte, como mínimo, iba a constituir un éxito.

Al acabar el segundo año Beran fue trasladado a Pon, en Nonamand, el desolado continente insular del hemisferio meridional. El traslado fue una sorpresa desagradable, ya que Beran se había habituado a la sencilla rutina de la bahía de Zelambre. Más inquietante todavía fue el descubrimiento de que la rutina había llegado a ser preferible al cambio. Beran tenía veintiún años y... ¿Por qué estaba siempre enervado? ¿Dónde habían quedado las esperanzas, las resoluciones? ¿Con tanta facilidad las había rechazado? Furioso consigo mismo, enojado con Bustamonte, viajó hacia el sudeste, atravesó las onduladas tierras de cultivo de Vidamand Meridional, el Plarth, los huertos y viñedos de la península de Qurai en Minamand, la famosa caleta alargada conocida con el nombre de la Serpiente, la exuberante isla Fraevarth con sus innumerables aldeas blancas y el gran Mar del Sur. Los peñascos de Nonamand se alzaban al frente, seguían por debajo y descendían por detrás, hasta perderse en el desolado corazón del continente. Beran no había visitado Nonamand hasta entonces, y los páramos azotados por el viento, cubiertos de piedras de rayo, tojos negros y cipreses retorcidos le parecieron totalmente ajenos a Pao.

Por delante se erigían imponentes las montañas Sgolaph, las más elevadas del planeta. Y de pronto voló sobre desfiladeros de basalto con incrustaciones de hielo, una zona de glaciares, valles desolados y ríos blancos que se precipitaban hacia el mar. El vehículo sobrevoló la destrozada cúspide del monte Droghead, descendió con rapidez hacia una meseta desprovista de vegetación y Beran se encontró en Pon.

La colonia recordaba su espíritu, ya que no por su aspecto, al Instituto de Rotura. Diversas moradas, diseminadas sin orden hasta el confín del terreno, rodeaban un núcleo de edificios de mayor capacidad. Allí había, por lo que supo Beran, laboratorios, aulas, una biblioteca, dormitorios comunes, refectorios y un edificio administrativo.

Casi al instante, Beran sintió enorme disgusto por la colonia. El cogitante, el idioma hablado por los paoneses adoctrinados, era un rotureño simplificado, podado de términos de mando cuasi condicionales y con pronombres de uso considerablemente más vago. No

obstante, el ambiente de la colonia era totalmente rotureño, incluso en detalles como la vestimenta de los «preceptores» (que en realidad eran profesores de primera categoría). El paisaje, si bien no era tan agreste como el de Rotura, resultaba ominoso a pesar de todo. Diez veces pensó Beran en solicitar el traslado y en otras tantas ocasiones se abstuvo de hacerlo. No tenía deseo alguno de atraer la atención sobre su persona, con la posibilidad de revelar su verdadera identidad.

El personal docente, igual que el de los colegios de Zelambre, estaba formado sobre todo por jóvenes profesores de Rotura y todos, igualmente, eran hijos de Palafox. Había diez delegados paoneses, representantes de Bustamonte, y la tarea de Beran consistía en mantener coordinados los dos grupos.

El hecho de que Finisterle, el profesor rotureño que conocía la verdadera identidad de Beran, trabajara también en Pon conformaba una situación que provocó notable nerviosismo en el joven. En tres ocasiones el muchacho, con el corazón en un puño, logró deslizarse ante Finisterle sin que éste le viera, pero la cuarta vez le fue imposible evitar el encuentro. El rotureño hizo el saludo más indiferente posible y siguió su camino, dejando a Beran con la mirada fija en él.

Durante las siguientes semanas Beran vio a Finisterle en diversos momentos, y finalmente entabló precavida conversación con el profesor. Los comentarios de Finisterle fueron la definición de la vaguedad más pura posible.

Beran dedujo que el rotureño estaba ansioso por proseguir sus estudios en el Instituto, pero que se hallaba en Pon por tres razones: primera, era el deseo de su progenitor, Lord Palafox; segunda, creía que la posibilidad de engendrar hijos era mayor en Pao que en Rotura. Y hasta ahí el profesor se mostró relativamente sincero. Pero la tercera razón la explicaron más sus silencios que sus palabras. Al parecer, consideraba a Pao como un mundo en proceso de cambio continuo, un lugar de inmenso potencial, donde una persona dotada de la habilidad y la firmeza necesarias podía obtener gran autoridad y prestigio.

«¿Y qué opina Palafox?», se preguntó Beran.

Y de hecho Finisterle pareció decir lo mismo cuando contempló la meseta y cambió aparentemente de tema.

—Es curioso, pensar que incluso estos precipicios, las montañas Sgolaph, puedan convertirse un día en tierra nivelada por la erosión. Y por otra parte, la colina más inocente puede entrar en erupción...

Aquellos conceptos no admitían discusión, repuso Beran.

Finisterle planteó otra ley natural de apariencia paradójica.

—Cuanto más vigoroso y capaz es el cerebro de un preceptor, tanto más alocados y violentos son sus impulsos si sucumbe a la esclerosis y su propietario llega a emérito.

Varios meses más tarde Beran, al salir del edificio administrativo, se encontró cara a cara con Palafox.

El paonés quedó paralizado. Palafox clavó en él su mirada desde la superior altura de su cabeza. Tras recobrar la compostura, Beran hizo un gesto paonés de saludo. Palafox le correspondió irónicamente.

—Me sorprende verte aquí —dijo el preceptor—. Suponía que continuabas diligentemente tus estudios en Rotura.

—Aprendí mucho —repuso Beran—. Y después perdí los deseos de seguir aprendiendo.

Los ojos del rotureño chispearon.

—La educación no se logra con deseos: es una sistematización de los procesos mentales.

—Pero yo soy algo más que un proceso mental —dijo Beran—. Soy un hombre. Debo tener en cuenta toda mi persona.

Palafox estaba pensando y sus ojos contemplaron primero al muchacho y luego se deslizaron por la silueta de las Sgolaph. Cuando habló lo hizo en tono amistoso.

—No hay certidumbres absolutas en este universo. Un hombre debe intentar ordenar un saco de chillonas posibilidades, y el éxito constante es imposible.

Beran comprendió el significado latente en las observaciones más bien generales del preceptor.

—Puesto que me aseguró que ya no estaba interesado en mi futuro, me fue necesario

actuar por mi cuenta. Así lo hice, y regresé a Pao.

Palafox asintió.

—Indudablemente, los hechos tuvieron lugar fuera del alcance de mi control. Sin embargo, estas circunstancias casuales suelen ser tan ventajosas como los planes más detalladamente trazados.

—Por favor, continúe olvidándome en sus cálculos —dijo Beran en tono conscientemente desapasionado—. He aprendido a gozar cuando siento que actúo con libertad.

Palafox se echó a reír con una cordialidad anormal en él.

—¡Bien dicho! ¿Y qué opinas del nuevo Pao?

—Estoy confundido. No he podido formar una sola convicción.

—Comprensible. Hay millones de hechos que valorar y reconciliar en mil niveles distintos. La confusión es inevitable a menos que te impulse una ambición básica, como es mi caso y el del Panarca Bustamonte. Para nosotros, es posible separar estos hechos en categorías: lo favorable y lo desfavorable.

Retrocedió un paso y examinó al joven de pies a cabeza.

—Es evidente que te dedicas a la lingüística.

Beran, a regañadientes, lo admitió.

—Ya que no por otra razón —dijo Palafox—, deberías sentir gratitud por mí y por el Instituto de Rotura.

—Gratitud sería una simplificación excesiva y engañosa.

—Tal vez —convino el preceptor—. Y ahora, si me disculpas, debo apresurarme para ver al director.

—Un momento —dijo Beran—. Estoy perplejo. Usted no parece desconcertado por mi presencia en Pao. ¿Piensa informar a Bustamonte?

Palafox reflejó inquietud por oír una pregunta tan directa. Un preceptor de Rotura jamás se habría dignado formularla.

—No tramo interferencia alguna en tus asuntos. —Dudó un momento, y finalmente habló en un tono distinto, confidencial—. Si quieres saberlo, las circunstancias han cambiado. El Panarca Bustamonte se ha ido haciendo más terco con el paso de los años y tu presencia podría ser de utilidad.

Beran se dispuso a contestar airadamente, pero contuvo su lengua al observar la expresión ligeramente divertida del rotureño.

—Debo cumplir mis obligaciones —dijo Palafox—. Los acontecimientos avanzan a un ritmo cada vez más veloz. El año próximo, o los dos siguientes, resolverán diversas incertidumbres.

Tres semanas después de su encuentro con Palafox, Beran fue trasladado a Deirombona, en Shraimand, donde una multitud de infantes, herederos de cinco mil años de placidez paonesa, habían sido inmersos en un plasma de rivalidad. Muchos de ellos se hallaban ya a escasos años del estado adulto.

Deirombona era la población más antigua de Pao, una ciudad de bloques coralinos extendidos irregularmente en un bosque de phaltrhyncus. Por algún motivo poco obvio, la ciudad había sido desprovista de sus dos millones de habitantes. El puerto de Deirombona continuaba activo y algunos edificios administrativos estaban dedicados a asuntos de los bravantes. Por lo demás, las viejas construcciones se erguían rígidas como esqueletos e iban blanqueándose al sol bajo los altos árboles. En el barrio colonial algunos vagabundos furtivos acechaban entre los bloques de pisos y se aventuraban a salir de noche para ratear y saquear. Se arriesgaban a la inmersión, pero puesto que las autoridades difícilmente iban a rastrear el laberinto de calles, callejones, bodegas, casas, tiendas, almacenes, pisos y edificios públicos, los pelagatos se consideraban seguros.

Los acuartelamientos bravantes se hallaban repartidos a intervalos a lo largo de la costa y todos alojaban a una legión de mirmidones, nombre adoptado por los guerreros bravantes.

Beran fue enviado a la legión Deirombona y tenía a su disposición la ciudad abandonada para encontrar vivienda. Eligió una casita bien aireada en el balneario antiguo, y logró establecerse con suma comodidad.

En muchos aspectos, los bravantes constituían la sociedad paonesa más interesante entre las recién surgidas. Indudablemente, era la más espectacular. Al igual que los tecnicantes de la bahía, de Zelambre y los cogitantes de Pon, los bravantes eran una raza de jóvenes; los de más edad ni siquiera tenían los años de Beran. Proporcionaban un espectáculo extraño y reluciente cuando desfilaban bajo el sol paonés, moviendo rítmicamente los brazos y con los ojos fijos al frente con aire de exaltación mística. Su vestimenta era compleja y de muchos colores, pero todos llevaban una divisa personal en el pecho y la insignia de la legión en la espalda.

Durante el día hombres y mujeres jóvenes hacían instrucción por separado para dominar las nuevas armas y dispositivos, pero de noche comían y dormían juntos sin discriminación alguna, existiendo únicamente la distinción de rango. Sólo se concedía importancia emotiva a las relaciones de organización, a la rivalidad para obtener ascensos y honores.

La tarde de la llegada de Beran a Deirombona tuvo lugar una reunión ceremonial en el cuartel. En el centro del patio, sobre una plataforma, ardía una enorme hoguera. Detrás se alzaba la estela de Deirombona, un prisma de metal negro adornado con emblemas. A ambos lados aparecían hileras de jóvenes mirmidones y esa noche todos vestían una prenda común: una simple malla de color gris oscuro. Todos portaban una lanza ceremonial con una pálida llama fluctuante en lugar de hoja.

Sonaron las trompetas. Una joven vestida de blanco se adelantó con una insignia de cobre, plata y bronce. Mientras los mirmidones se arrodillaban e inclinaban la cabeza, la muchacha rodeó la hoguera tres veces y colocó la insignia sobre la estela.

Las llamas rugieron y se alzaron. Los mirmidones se pusieron en pie y lanzaron sus armas al aire. Formaron en columnas y abandonaron el patio.

Al día siguiente Beran recibió una explicación de su inmediato superior, el subestratega Gian Firanu, mercenario de un planeta lejano.

—Presenciaste un funeral, el funeral de un héroe. La semana pasada Deirombona participó en unas maniobras militares con Tarai, el siguiente campamento costa arriba. Un submarino de Tarai había penetrado en nuestra red defensiva y estaba ganando puntos en contra de nuestra base. Todos los guerreros de Deirombona estaban ansiosos por actuar, pero Lemauden fue más rápido. Se zambulló más de cien metros con una antorcha y dejó sin lastre al submarino, que subió a la superficie y fue capturado. Pero Lemauden se ahogó... tal vez por accidente.

—¿Tal vez por accidente? ¿Cómo si no? Es imposible que los de Tarai...

—No; los tarai, no. Pero pudo ser un acto deliberado. Estos chicos están locos por colocar sus emblemas en la estela, harían cualquier cosa por crear una leyenda.

Beran se acercó a la ventana. Por la explanada de Deirombona se contoneaban jóvenes bravos. ¿Era Pao aquello? ¿O era un mundo fantástico a cien años-luz de distancia?

Gian Firanu estaba hablando. Al principio sus palabras no impresionaron los sentidos de Beran.

—Hay otro rumor por ahí... tal vez lo hayas escuchado ya. Dicen que Bustamonte no es el Panarca legítimo, que tan sólo es Coadjutor Principal. Se dice que Beran Panasper está vivo en alguna parte, haciéndose un hombre, cobrando fuerzas como un héroe mítico. Y cuando llegue la hora, según el rumor, vendrá para echar a Bustamonte al mar.

Beran miró con recelo al mercenario y después se echó a reír.

—No conocía ese rumor. Pero podría ser cierto, ¿quién sabe?

—¡A Bustamonte no le gustará ese cuento!

Beran siguió riendo, en esta ocasión con humor sincero.

—Bustamonte sabrá mejor que nadie qué hay de cierto en ese rumor. Me pregunto quién empezó a propagarlo.

Firanu se contrajo de hombros.

—¿Quién propaga los rumores? Nadie. Salen de conversaciones ociosas y malos entendidos.

—En muchos casos... pero no en todos —dijo Beran—. Supongamos que éste fuera cierto...

—En ese caso habrá problemas. Y yo me vuelvo a Tierra.

Beran volvió a oír el rumor ese mismo día, con aderezos. El Medallón, supuestamente

asesinado, vivía en una isla remota. Era el caudillo de una fuerza de guerreros ataviados de metal, insensibles al fuego, al acero y a la fuerza bruta. La misión que tenía Beran Panasper en su vida era vengar la muerte de su padre... y Bustamonte aguardaba aterrorizado.

Las habladurías cesaron, hasta que tres meses más tarde volvieron a escucharse insistentemente. En esta ocasión el rumor se refería a la policía secreta de Bustamonte que rastreaba el planeta, a miles de jóvenes trasladados a Eiljanre para ser interrogados y ejecutados posteriormente, a fin de que el nerviosismo del Panarca no fuera conocido.

Beran se sentía seguro desde hacía tiempo con su identidad de Ercole Paraio, pero los rumores acabaron con su complacencia. Empezó a distraerse y a cometer fallos en su trabajo. Sus compañeros le observaron con extrañeza y finalmente Gian Firanu se interesó por la naturaleza de sus preocupaciones.

Beran murmuró algo sobre una mujer de Eiljanre que le iba a dar un hijo. Firanu sugirió con aspereza que el joven expulsara de sus pensamientos una preocupación tan banal o bien que solicitara un permiso hasta que se creyera dispuesto a concentrarse en sus tareas. Beran se apresuró a aceptar el permiso.

Regresó a su vivienda y permaneció sentado varias horas en la terraza que el mar inundaba, con la esperanza de encontrar algún plan de acción sensato. Quizá los lingüistas no fueran los primeros en sospechar, pero tampoco serían los últimos.

Podía absorberse en su papel, hacer de Breóle Paraio un disfraz digno de confianza. Pero no logró concebir medios para ese fin, y la policía secreta era mucho más astuta que él.

Podía solicitar ayuda a Palafox. Acarició la idea tan sólo un instante y la rechazó mientras sentía una punzada de disgusto hacia él mismo. Pensó en salir del planeta, pero ¿adonde iría, suponiendo que consiguiera obtener pasaje?

Estaba muy nervioso. Había tensión en el ambiente, una sensación de presión. Se levantó, miró alrededor, contempló las calles, el mar. Saltó a la playa y recorrió la orilla hasta llegar a la única posada de Deirombona que seguía abierta. Ya en el bar pidió vino frío y, tras llevárselo a la terraza, protegida del sol con cañas, lo bebió con bastante más ansiedad y rapidez que lo habitual.

El ambiente era opresivo, el horizonte poco definido. Calle arriba, cerca del edificio donde trabajaba, Beran vio movimiento, color: varios hombres con vestimenta púrpura y marrón.

El joven se irguió sin levantarse de la silla para observar. Se recostó muy despacio, quedó sentado fláccidamente. Sorbió vino, con aire pensativo. Una sombra muy oscura atravesó el campo de su visión. Alzó los ojos. Un hombre alto se hallaba de pie ante él: Palafox.

El preceptor hizo un saludo indiferente y tomó asiento.

—Al parecer —dijo—, la historia contemporánea de Pao no está totalmente puesta en claro.

Beran respondió algo ininteligible. Palafox bajó y subió la cabeza con gesto grave, como si el joven acabara de demostrar profunda sabiduría. Señaló a los tres hombres vestidos de púrpura y marrón que, tras entrar en la posada, se hallaban charlando con el encargado.

—Un aspecto provechoso de la cultura paonesa es la forma de vestir. Es posible determinar la profesión de una persona con una sola mirada. ¿No son púrpura y marrón los colores de la policía planetaria?

—Sí, así es —dijo Beran. De pronto su ansiedad había desaparecido. Había ocurrido lo peor, la tensión se había aliviado: imposible temer algo que ha sucedido ya. Y el joven, en tono reflexivo, agregó—: Supongo que han venido a buscarme.

—En ese caso —contestó Palafox—, sería más sensato que te fueras.

—¿Irme? ¿Adonde?

—Al lugar donde yo te lleve.

—No —dijo Beran—. No volveré a ser una herramienta suya.

Palafox enarcó las cejas.

—¿Qué puedes perder? Estoy ofreciéndote la forma de salvar la vida.

—No porque le preocupe mi bienestar.

—Naturalmente que no. —Palafox sonrió y dejó ver sus dientes durante una décima de segundo—. ¿Quién, aparte de un necio, se guía por esa norma? Yo te sirvo para que tú me sirvas. Entendido esto, sugiero que nos vayamos ahora de la posada. No me interesa aparecer tan abiertamente en este asunto.

—No.

Palafox se excitó hasta el punto de encolerizarse.

—¿Qué quieres?

—Quiero ser Panarca.

—¡Sí, por supuesto! —exclamó Palafox—. ¿Por qué crees que estoy aquí? Vamos, salgamos de aquí o no serás más que carroña.

Beran se puso en pie. Los dos hombres salieron de la posada.

XIV

Volaron hacia el sur, sobre la campiña paonesa, repleta de construcciones antiguas. Después sobrevolaron los mares, salpicados de velas de barcos pesqueros. Volaron leguas y más leguas y ninguno de los dos hombres habló; ambos estaban concentrados en sus pensamientos. Hasta que por fin Beran interrumpió el silencio.

—¿Cuál es el proceso que me permitirá ser Panarca?

—El proceso se inició hace un mes —repuso lacónicamente Palafox.

—¿Los rumores?

—Es preciso que el pueblo de Pao comprenda que tú existes.

—¿Y por qué soy yo el preferido, y no Bustamonte?

Palafox rió vivamente.

—En líneas generales, mis intereses no se verían favorecidos por ciertos planes de Bustamonte.

—¿Y espera que yo simpatice más con usted?

—Es imposible que seas más obstinado que Bustamonte.

—¿En qué sentido ha sido obstinado Bustamonte? —insistió Beran—. ¿Se negó a concederle todos sus deseos?

Palafox emitió un sonido hueco al contener la risa.

—¡Ah, joven bribón! Creo que me privarás de todas mis prerrogativas.

Beran guardó silencio mientras pensaba que ese punto, si lograba ser Panarca, sería ciertamente una de sus preocupaciones fundamentales.

Palafox siguió hablando en tono más conciliador.

—Estas cuestiones quedan para el futuro y no es preciso que nos preocupemos por ellas ahora. De momento somos aliados. A fin de destacar este hecho, he dispuesto que hagan una modificación en tu cuerpo, en cuanto lleguemos a Pon.

Beran reaccionó con sorpresa.

—¿Una modificación? —Meditó un instante mientras experimentaba temblores nerviosos—. ¿De qué tipo?

—¿Qué modificaciones preferirías? —preguntó Palafox con voz dulce.

Beran lanzó una mirada al bien definido perfil del preceptor. Al parecer, Palafox hablaba en serio.

—El uso total de mi cerebro.

—Ah —dijo Palafox—. Se trata de la modificación más delicada y precisa y requeriría un año de duro trabajo en Rotura. En Pon es imposible. Elige otra.

—Es evidente que habrá muchos apuros en mi vida —dijo Beran—. La facultad de proyectar energía con mi mano podría ser útil.

—Cierto —repuso Palafox—. Y sin embargo, por otra parte, ¿qué podría confundir más a tus enemigos que el verte ascender en el aire y alejarte? Y puesto que, tratándose de un novato, la facilidad para destruir pone en peligro a los amigos tanto como a los enemigos, sería preferible decidimos por la facultad de levitar como tu primera modificación.

Los acantilados batidos por el oleaje de Nonamand se elevaron sobre el océano. Beran y Palafox sobrevolaron una sucia población pesquera, cruzaron las estribaciones de las Sgolaph y recorrieron los páramos en dirección a la columna vertebral del continente. El monte Droghead mostraba sus riscos cataclísmicos. Pasaron muy cerca de las heladas laderas y descendieron hacia la meseta de Pon. El aerocoche se detuvo junto a un edificio bajo y alargado, provisto de muros de roca fundida y techo de vidrio. Se abrieron las puertas. Palafox condujo lentamente el vehículo hacia el interior. Aterrizaron en un suelo de baldosas blancas y el preceptor abrió la portezuela e indicó al joven que bajara.

Beran dudó un momento mientras examinaba a los cuatro hombres que se acercaban. Los cuatro eran distintos en cuanto a estatura, peso, color de la piel y el cabello, pero todos se parecían.

—Mis hijos —dijo Palafox—. En cualquier parte de Pao encontrarás a mis hijos... Pero el tiempo es oro y debemos preparar tu modificación.

Beran se apeó del aerocoche. Los hijos de Palafox le condujeron lejos de la entrada.

Colocaron el cuerpo anestesiado en una cama, impregnaron los tejidos con inyecciones de diversos tónicos y acondicionadores. Más tarde, alejados de la cama, apretaron un botón. Se escuchó un agudo silbido, hubo un centelleo de luz violeta y una distorsión del espacio como si alguien observara la escena a través de hojas móviles de vidrio de mala calidad.

El silbido cesó. Los presentes se situaron en torno al cuerpo yerto, muerto y rígido. La carne era dura, si bien elástica. Los fluidos corporales estaban congelados, las articulaciones se habían solidificado.

Los expertos actuaron con rapidez, con notable destreza. Usaron escalpelos con bordes de corte de tan sólo seis moléculas de espesor. Las hojas cortaban sin necesidad de hacer presión sobre ellas y dividieron los tejidos en láminas tan lisas como el cristal. El cuerpo quedó abierto hasta la mitad de la espalda, rajado a ambos lados de las nalgas, muslos y pantorrillas. Con dos simples cortes hechos con un escalpelo de otro tipo que emitía un extraño silbido, quedaron separadas las plantas de los pies. La carne aparecía rígida como el caucho. No había vestigio alguno de sangre o fluidos orgánicos, ningún temblor indicativo de movimientos musculares.

Cortaron un fragmento de pulmón e introdujeron un banco de energía de forma ovoide. Dispusieron conductores en la carne y los conectaron a transformadores flexibles y procesadores alojados en los glúteos y las pantorrillas. La red antigravitatoria fue colocada en la parte interna inferior de los pies y conectada a los procesadores de las piernas mediante tubos elásticos introducidos más arriba de los tobillos.

El circuito estaba completo. Fue examinado y comprobado. Instalaron un interruptor bajo la piel del muslo izquierdo. Y si inició la tediosa tarea de rehacer el cuerpo.

Sumergieron las plantas de los pies en un líquido estimulante, las volvieron a poner exactamente en su lugar, con la precisión necesaria para que las paredes de células, las arterias seccionadas y las fibras nerviosas ajustaran a la perfección. Unieron con firmeza los cortes del cuerpo y apretaron la carne sobre el banco de energía.

Habían transcurrido dieciocho horas. Los cuatro especialistas marcharon a descansar y el cuerpo muerto quedó solitario en la oscuridad.

Los cuatro cirujanos volvieron al día siguiente. La enorme maquinaria vibró de nuevo y la luz violeta brilló intermitentemente por toda la sala. El campo de energía que aferraba los átomos del cuerpo de Beran, en teoría, reduciendo su temperatura al cero absoluto, perdió su efecto y las moléculas continuaron moviéndose.

El cuerpo vivía otra vez.

Pasó una semana antes de que Beran volviese en sí, todavía en estado comatoso. Cuando recobró el conocimiento encontró a Palafox de pie ante la cama.

—Levántate —dijo el preceptor—. Ponte de pie.

Beran permaneció inmóvil un momento, sabedor, gracias a un mecanismo interno desconocido, que había transcurrido un tiempo considerable.

Palafox reflejaba impaciencia, estaba impulsado por la prisa. Sus ojos chispeaban. Hizo un gesto de apremio con su mano delgada y fuerte.

—¡Levántate! ¡De pie!

Beran se puso en pie muy despacio.

—¡Camina!

El joven paseó por la sala. Notó tirantez en las piernas y el peso del foco energético en los músculos del diafragma y el revestimiento de las costillas. Palafox observó atentamente los movimientos de los pies.

—¡Perfecto! —exclamó—. No veo cojera, ni falta de coordinación. Ven conmigo.

Llevó a Beran a una sala de techo muy alto, le colocó una especie de arnés en los hombros y anudó una cuerda a un aro de la espalda.

—Palpa aquí. —Dirigió la mano izquierda de Beran hacia un punto del muslo—. Aprieta.

Beran notó una solidez vaga bajo su piel. Presionó. El suelo dejó de apretarse a sus pies, experimentó un tirón brusco en el estómago, creyó que su corazón era un globo.

—Esta es la primera carga —dijo Palafox—. Repulsión de poco menos de una gravedad, ajustada para anular el efecto centrífugo de la rotación planetaria.

Ató el otro extremo de la cuerda a una abrazadera.

—Aprieta otra vez.

Beran tocó la placa y al instante creyó que todo el local se había vuelto del revés, como si Palafox estuviera encima de él, pegado al techo, como si él cayera de cabeza al suelo, diez metros más abajo. Contuvo la respiración, agitó los brazos. La cuerda le sostenía, le impedía caer. Lanzó una mirada de desesperación al preceptor, que esbozó una sonrisa.

—¡Para intensificar el campo, aprieta el botón de la placa! —gritó Palafox—. ¡Para reducirlo, aprieta arriba! ¡Si lo tocas dos veces, el campo se anula!

Beran consiguió volver al suelo. La sala se enderezó, si bien oscilaba y fluctuaba con efectos mareantes.

—Pasarán varios días antes de que te acostumbres a la red levitatoria —dijo animadamente Palafox—. Puesto que hay poco tiempo, sugiero que seas diligente en la práctica de los movimientos.

Se dirigió hacia la puerta. Beran le vio alejarse y, aturdido, frunció el entrecejo.

—Dígame solamente por qué hay poco tiempo —rogó a la enjuta espalda que se alejaba.

Palafox dio media vuelta.

—La fecha —dijo— es el cuarto día de la tercera semana del octavo mes. He planeado que seas Panarca de Pao el Día de Kanetsides.

—¿Por qué? —gritó Beran.

—¿Por qué insistes siempre en que no tenga secretos contigo?

—Pregunto por curiosidad y para decidir mi conducta. Pretende que yo sea Panarca de Pao. Desea colaborar conmigo. —El brillo de los ojos de Palafox aumentó—. Tal vez debería decir que usted actuará a través de mí, para lograr sus fines personales. Por lo tanto, me pregunto cuáles serán esos fines.

Palafox le contempló unos instantes y acto seguido replicó en tono frío y equilibrado:

—Tus pensamientos avanzan con la misma precisión que huellas de gusano en el barro. Naturalmente que planeo que seas de utilidad para mis fines. Tú planeas, o esperas al menos, que yo te sea útil para los tuyos. Por lo que a ti respecta, este proceso está muy próximo a rendir frutos. Estoy maniobrando con diligencia a fin de que hagas valer tus derechos de nacimiento, y si triunfo serás Panarca de Pao. Al interesarte por la naturaleza de mis motivos demuestras que tu forma de pensar es ingenua, insidiosa, superficial, pusilánime, insegura e imprudente.

Beran se dispuso a espetar una réplica furiosa, pero Palafox se lo impidió con un ademán.

—Es lógico que aceptes mi ayuda... ¿por qué no ibas a hacerlo? Simplemente es justo que te esfuerces en lograr tus metas. Pero después de aceptar mi ayuda debes elegir entre uno de estos dos cursos de acción: servirme o combatirme. Apoyar mis intenciones o tratar de repudiarme. Se trata de cursos de acción positivos. Pero esperar que continúe sirviéndote basándome en una línea de abnegación es negativo y absurdo.

—Yo no considero absurda la miseria de las masas —espetó Beran—. Mis objetivos son...

Palafox levantó una mano.

—No hay nada más que decir. El alcance de mis planes deberás deducirlo por ti mismo. Sométete u oponte, como te apetezca. No me preocupa, ya que careces de fuerza para desviarme.

Día tras día Beran practicó el uso de su modificación y poco a poco se adaptó a la sensación de caer de cabeza lejos del suelo.

Aprendió a moverse en el aire, inclinándose en la dirección que deseaba tomar. Aprendió a descender, con tanta rapidez que el aire resonaba en sus oídos, y a frenar en el momento preciso para aterrizar sin una sola sacudida.

El undécimo día un niño ataviado con una hermosa capa gris, apenas cumplidos los ocho años y con el molde de Palafox en sus facciones, invitó a Beran a la vivienda de Palafox.

Mientras cruzaba el rectángulo de hormigón, Beran preparó su mente y puso en orden sus emociones para la entrevista. Atravesó la entrada muy erguido y resuelto.

Palafox se hallaba sentado ante un escritorio, entreteniéndose con unos trapezoides de cristal de roca muy pulido. Su talante era casi afable cuando indicó a Beran que tomara asiento.

El joven obedeció recelosamente.

—Mañana —dijo el preceptor— entramos en la segunda fase del programa. El ambiente emotivo está convenientemente sensibilizado: existe una sensación general de expectación. Mañana... ¡el golpe rápido, el triunfo! Afirmamos la existencia del Panarca tradicional del modo más apropiado. Y después —Palafox se levantó—, y después, ¿quién sabe? Es posible que Bustamonte se resigne a la derrota, o tal vez se resista. Estaremos preparados para ambas contingencias.

Beran no se ablandó a pesar de aquella cordialidad inesperada.

—Comprendería mejor estos planes si los hubiéramos discutido durante cierto tiempo.

Palafox se rió jovialmente.

—Imposible, estimado Panarca. Debes aceptar el hecho de que aquí, en Pon, actuamos en calidad de Estado Mayor. Hemos preparado decenas de programas de complejidad superior o inferior, adecuados a distintas situaciones. Este es el primer conjunto de hechos que va a concordar con uno de los planes.

—¿Cuál es el conjunto de hechos?

—Mañana, tres millones de personas asistirán a las Recitaciones de Pamalithen. Tú harás acto de presencia, te dejarás ver. La televisión transmitirá tu rostro y tus palabras a Pao entero.

Beran se mordió los labios, enojado tanto por su nerviosismo como por la insuperable afabilidad de Palafox.

—¿Cuál es exactamente el programa?

—Extremadamente sencillo. Las Recitaciones comienzan una hora después del alba y prosiguen hasta el mediodía. A esta hora hay un descanso. Se hará circular un rumor, y la gente esperará tu presencia. Te presentarás luciendo el Negro Total, Hablarás. —Palafox entregó al joven una hoja de papel—. Estas cuatro frases serán suficientes.

Beran ojeó el guión con aire de duda.

—Espero que las cosas salgan como usted planea. No quiero derramamientos de sangre, nada de violencia.

Palafox hizo un gesto de indiferencia.

—Es imposible prever el futuro. Si las cosas van bien, nadie sufrirá aparte de Bustamonte.

—¿Y si las cosas van muy mal?

Palafox se echó a reír.

—El fondo del océano es el punto de encuentro para las personas que trazan planes muy malos.

XV

Frente a la costa de Eiljanre, en el golfo de Hyaline, se hallaba Mathiole, una región de encanto especial y característico. En los cuentos populares del Pao primitivo, la era de los episodios de fantasía y de romance, Mathiole era el escenario de modo inevitable.

Al sur de la región estaba el Pamalisten, una llanura verde llena de granjas y huertos dispuestos a modo de claros para excursiones. En ella se encontraban siete ciudades que constituían los vértices de un heptágono enorme. Y en el centro geométrico estaba situado el Campo del Festival, en el que tenían lugar las Recitaciones. Entre las numerosas asambleas, reuniones y grandes actos de masas de Pao, las Recitaciones de Pamalisten gozaban del mayor prestigio.

Mucho antes del alba, el Octavo Día de la Octava Semana del Octavo Mes, el Campo del Festival empezaba a llenarse. Pequeñas hogueras centelleaban a millares, un susurro se alzaba en la llanura.

Con el amanecer llegaban más multitudes: familias seriamente ataviadas, según los hábitos paóneses. Los niños más pequeños iban con batas blancas, muy limpias; los adolescentes llevaban uniformes escolares con diversos adornos en las hombreras y los adultos mostraban los estilos y colores concordantes con su posición social.

Salió el sol y generó los colores azules, blancos y amarillos del día paonés. El gentío se apiñó en el campo: millones de personas de pie, codo con codo, comunicándose tan sólo mediante apagados susurros pero en su mayor parte silenciosas, todas comprobando su unidad con la multitud, agregando su alma a la amalgama, transmitiendo una sensación de fuerza extática.

Empezaron los primeros murmullos de la Recitación: largos suspiros sonoros con intervalos de silencio entre ellos. Los suspiros aumentaron de intensidad y los silencios se acortaron y finalmente el cántico cobró plena fuerza, una secuencia ni mucho menos rudimentaria, sin melodía ni tonalidad: la armonía de tres millones de componentes, variable y fluctuante pero siempre en un contexto emotivo definido. El ritmo iba alterándose siguiendo una sucesión espontánea aunque ordenada, ritmo sublime y ritmo abstracto, y mantenía con el júbilo o el pesar la misma relación que un valle cubierto de niebla con una fuente de diamantes.

Las horas fueron pasando, los zumbidos se hicieron más agudos, o quizá más insistentes y apremiantes. Cuando el sol había cubierto dos tercios de su ascenso llegó procedente de Eiljanre un aerocoche de lujo, negro y alargado. Descendió silenciosamente sobre una pequeña elevación situada en el extremo más alejado del campo. Las personas que estaban allí fueron empujadas hacia la llanura y esquivaron a duras penas el casco del vehículo. Algunos curiosos se rezagaron y atisbaron por las relucientes portillas. Un escuadrón de neutraloides con uniformes de color magenta y azul desembarcó y los dispersó con muda eficacia.

Cuatro sirvientes sacaron primero una alfombra negra y parda y a continuación un sillón de brillante madera negra tapizado del mismo color.

En la llanura, los cánticos adoptaron un carácter sutilmente distinto, sólo perceptible por oídos paoneses.

Bustamonte, que estaba saliendo del lujoso aerocoche, era paonés. Oyó y comprendió.

Los cánticos prosiguieron. El ritmo cambió de nuevo como si la llegada del Panarca fuera simplemente una fruslería efímera. Fue un tono más mordaz todavía que los primeros acordes de disgusto y burla.

Los cánticos fueron siguiendo la ordenada secuencia de variaciones. Poco antes del mediodía cesaron los sonidos. La multitud se estremeció y se agitó. Un suspiro de satisfacción brotó y se apagó. El gentío cambió de color y de forma, al mismo tiempo que se pegaban al suelo todas las personas en condiciones de hacerlo.

Bustamonte se agarró a los brazos del sillón para ponerse en pie. La multitud se hallaba en un estado notablemente receptivo, sensibilizada y atenta. El Panarca conectó

el micrófono que llevaba en el hombro y dio un paso al frente para hablar.

Un jadeo impresionante emergió de la llanura, un sonido indicativo de intenso asombro y deleite.

Todas las miradas estaban fijas en el cielo, por encima de la cabeza de Bustamonte. En ese lugar había aparecido un gran rectángulo de ondulado terciopelo negro que lucía el blasón de la dinastía Panasper. Por debajo del rectángulo, flotando en el aire, se veía una silueta solitaria. Era un hombre y vestía calzones cortos negros, botas de idéntico color y una airosa capa igualmente oscura recogida sobre un hombro. Habló, y el sonido de su voz resonó por todo el Campo del Festival.

—Paoneses: soy vuestro Panarca. Soy Beran, hijo de Aiello, vástago de la antigua dinastía Panasper. He vivido muchos años en el exilio, hasta llegar a la madurez. Bustamonte ha desempeñado el cargo de Coadjutor. Ha cometido errores... y ahora he venido a sustituirle. Por lo tanto, exijo a Bustamonte que me reconozca, que haga una transferencia legal de poderes. ¡Bustamonte, habla!

Bustamonte ya había hablado. Varios neutraloides se adelantaron, se arrodillaron y apuntaron sus rifles. Lanzas de fuego blanco volaron hasta converger en la silueta negra. Esta pareció hacerse añicos, como si explotara. La multitud quedó boquiabierta de espanto.

Las lanzas de fuego acometieron el rectángulo negro, pero al parecer éste era inmune a la energía. Bustamonte avanzó unos pasos contoneándose.

—Esta es la suerte reservada a los idiotas, a los charlatanes y a todos los que atentan contra la justicia del gobierno. El impostor, como habéis podido ver...

La voz de Beran resonó en el cielo.

—Sólo has destrozado mi imagen, Bustamonte. Debes reconocerme. Soy Beran, Panarca de Pao.

—¡Beran no existe! —bramó Bustamonte—. ¡Beran murió con Aiello!

—Yo soy Beran. Estoy vivo. Ahora mismo tú y yo tomaremos la droga de la verdad y cualquier persona que lo desee podrá interrogarnos y aclarar la verdad. ¿Estás de acuerdo?

La muchedumbre rugió. Bustamonte vaciló. Se volvió y dio tensas órdenes a uno de sus ministros. Pero olvidó desconectar el micrófono y sus palabras las escucharon tres millones de personas.

—Que venga la fuerza aérea de la policía. Hay que acordonar esta zona. Ese hombre debe morir.

El rugido de la multitud creció, decreció y volvió a crecer tras el reconocimiento implícito. Bustamonte arrancó de un tirón el micrófono y siguió dando órdenes a gritos. El ministro dudó, como si tuviera reparos. Bustamonte se volvió y caminó hacia el aerocoche negro. Le siguió su comitiva, que se apiñó en el vehículo.

La multitud prorrumpió en murmullos e inmediatamente, como si todos los presentes hubieran tenido una idea común, decidió alejarse del Campo del Festival. En el centro, en el núcleo más denso, la sensación de estrujamiento era insoportable. Había muchas caras descompuestas y desfiguradas. Desde lejos, el efecto fue como de un centelleo rápido y poco brillante.

Se inició un movimiento desintegrador. Numerosas familias quedaron divididas, separadas por la confusión. Después gritos y exclamaciones fueron los componentes de un ruido cada vez más ronco. El miedo se hizo palpable, el placentero escenario fue adquiriendo un aroma acre.

En lo alto desapareció el rectángulo negro, el cielo quedó despejado. El gentío creyó estar en peligro. Los empujones pasaron a ser patadas, las patadas pasaron a ser pánico.

En el cielo aparecieron los aerocoches policiales. Se abalanzaron sobre la multitud igual que tiburones. El pánico se convirtió en locura y los chillidos en un aullido constante. Pero la muchedumbre que ocupaba la periferia había conseguido huir y estaba atestando las diversas carreteras y caminos o dispersándose por los campos. Los vehículos policiales fueron de un lado a otro sin excesiva resolución y finalmente dieron media vuelta y abandonaron el lugar.

Beran parecía haberse encogido, hundido en su propia carne. Estaba pálido, con los

ojos brillantes de horror.

—¿Por qué no previmos esta posibilidad? ¡Somos tan culpables como Bustamonte!

—No sirve de nada dejarse contagiar por la emoción —dijo Palafox.

Beran no replicó. Permaneció acurrucado y contemplando el vacío.

El territorio de Minamand Meridional había quedado a popa. Sobrevolaron la Serpiente, estrecha y alargada, y la isla Fraevarth con sus aldeas blancas como huesos y viraron hacia el Gran Mar del Sur. Después aparecieron los páramos, los precipicios de las Sgolath y por fin pasaron sobre el monte Droghead y aterrizaron en la desolada meseta.

Bebieron té picante en los aposentos de Palafox, éste sentado en un sillón de respaldo alto y Beran de pie y muy triste junto a una ventana.

—Debes endurecerte para soportar hechos desagradables —dijo el preceptor—. Habrá muchos más antes de que los problemas estén resueltos.

—¿De qué sirve resolver problemas, si media población de Pao ha muerto? —preguntó con amargura Beran.

—Todas las personas mueren. Mil muertes no representan, cualitativamente, más que una sola. Las emociones aumentan simplemente en una dimensión, la de la intensidad, pero no en la de la multiplicidad. Debemos concentrar nuestras mentes en el...

Palafox se interrumpió de improviso y ladeó la cabeza para escuchar el altavoz oculto en sus conductos auditivos. Habló en un idioma desconocido por Beran. Se escuchó una contestación en el interior de su cabeza, a la que el preceptor respondió con brevedad. Después se recostó en la silla y contempló al joven con ojos que reflejaban diversión despreciativa.

—Bustamonte está poniendo fin a tus escrúpulos. Ha puesto sitio a Pon. Los mamarones avanzan por la meseta.

—¿Cómo ha sabido que estoy aquí? —preguntó Beran, perplejo.

Palafox se encogió de hombros.

—El servicio de espionaje de Bustamonte es muy eficaz, aunque él lo vicia con su arrogante estupidez. Sus tácticas son inexcusables. Ataca cuando es evidente que la mejor línea de acción sería llegar a un acuerdo.

—¿Un acuerdo? ¿En base a qué?

—Bustamonte podría negociar un nuevo pacto conmigo, a cambio de llevarte al Gran Palacio. De ese modo le sería posible prolongar su reinado.

Beran reaccionó con sorpresa.

—¿Y usted aceptaría ese pacto?

Palafox reflejó su peculiar extrañeza.

—Naturalmente. ¿Cómo puedes pensar que no?

—Pero está su compromiso conmigo... ¿No significa nada para usted?

—Un compromiso sólo es válido mientras es ventajoso.

—Eso no siempre es cierto —dijo Beran en voz más fuerte que la que había empleado hasta ese momento—. Una persona que incumple un compromiso no suele gozar de confianza en la segunda oportunidad.

—¿Confianza? ¿Qué es eso? La interdependencia de la colmena, un parasitismo mutuo entre lo débil y lo incompleto.

—También es debilidad —replicó con furia Beran— aprovecharse de la confianza de otra persona, aceptar la lealtad y luego no compensarla.

Palafox se echó a reír, sinceramente divertido.

—Sea como fuere, los conceptos paoneses «confianza», «lealtad» y «buena fe» no forman parte de mi bagaje mental. Los preceptores del Instituto de Rotura no somos individuos, todos constituimos una fortaleza personal. No esperamos servicios sentimentales derivados de lealtad familiar o dependencia de grupo, ni los prestamos. Harías bien en recordar esto.

Beran no contestó. Palafox le contempló con curiosidad. El joven estaba muy tenso, parecía sumido en cavilaciones. En realidad, se había producido un hecho extraño en su mente, un instante repentino de mareo, un remolineo, un tirón que eludía toda una era, y él era otro Beran, igual que una serpiente que muda la piel anterior.

El nuevo Beran volvió la cabeza muy despacio y contempló desapasionadamente al preceptor. Pese a la apariencia de eterna juventud, el joven vio un hombre de edad

avanzada, con las virtudes y defectos de su longevidad.

—Muy bien —dijo—. Es forzoso que negocie con usted partiendo de la misma base.

—Naturalmente —repuso Palafox, aunque no sin una traza de irritación.

Pero sus ojos recobraron la vaguedad. Ladeó la cabeza para escuchar el inaudible mensaje. Se puso en pie, saludó.

—Vamos. Bustamonte está atacándonos.

Subieron a una terraza protegida con una cúpula transparente.

—Allí... —Palafox señaló un punto del cielo—. El miserable gesto de mala voluntad de Bustamonte.

Una decena de aerotrineos en forma de rectángulos negros aparecía en un cielo con vetas grises. A tres kilómetros de distancia un avión de transporte había aterrizado y estaba vertiendo un grumo de color magenta, las tropas neutraloides.

—Es magnífico que haya ocurrido este hecho —dijo Palafox—. Tal vez disuada a Bustamonte de incurrir en impertinencias similares.

Ladeó la cabeza para seguir escuchando el sonido interior.

—Y ahora —prosiguió—, ¡observa nuestro disuasivo para las molestias!

Beran notó, o quizás oyó, un silbido vibrante, tan agudo que sólo podía percibirse en parte.

Los aerotrineos empezaron a comportarse de un modo raro, bajaron, subieron, sufrieron sacudidas. Dieron media vuelta y huyeron precipitadamente. Al mismo tiempo se produjo cierta excitación entre las tropas. Los mamarones quedaron en desorden, blandieron sus armas, se agacharon y brincaron. El silbido vibrante cesó. Los neutraloides se desplomaron.

Palafox esbozó una sonrisa.

—Es poco probable que sigan molestándonos.

—Bustamonte puede tratar de bombardearnos.

—Si es sensato —dijo Palafox con aire despreocupado—, no ensayaré medidas tan drásticas. Y Bustamonte es sensato, al menos hasta ese punto.

—Entonces, ¿qué hará?

—Oh, las futilidades usuales de un gobernante que ve menguar su reino...

Las medidas de Bustamonte fueron ciertamente estúpidas y groseras. La noticia de la existencia de Beran corrió por los ocho continentes a pesar de los esfuerzos de Bustamonte para desmentir el hecho. Los paoneses, atraídos por una parte por el anhelo de lo tradicional, y hastiados de las novedades sociales de Bustamonte, por otra, reaccionaron del modo habitual. El trabajo se hizo lento, cesó. La colaboración con el poder civil se suspendió.

Bustamonte recurrió a la persuasión, hizo promesas grandiosas, concedió amnistías. El desinterés de la población fue más insultante que una serie de manifestaciones violentas. El transporte quedó paralizado, cesó el suministro de energía, las comunicaciones se interrumpieron y la propia servidumbre de Bustamonte no se presentó a trabajar.

Un mamarone, forzado a integrarse en el servicio doméstico, escaldó los brazos de Bustamonte con una toalla calentada en exceso: éste fue el detonante que hizo explotar la furia contenida del Panarca.

—¡He cantado para ellos! ¡Ahora el turno de cantar es suyo!

Elegió al azar medio centenar de pueblos. Los mamarones cayeron sobre esas comunidades y gozaron de total libertad.

Las atrocidades no lograron afectar a la población: era un principio ya establecido de la historia paonesa. Beran, al enterarse de los sucesos, sintió toda la angustia de las víctimas. Habló con Palafox, vilipendió al rotureño.

El preceptor, impasible, comentó que todos los hombres mueren, que el dolor es transitorio y, en cualquier caso, resultado de una disciplina mental deficiente. Para demostrarlo, mantuvo la mano encima de una llama: la carne se chamuscó y crujió y Palafox la observó tranquilamente.

—Esta gente carece de una disciplina similar... ¡Notan el dolor! —exclamó Beran.

—Una desgracia, ciertamente —dijo Palafox—. No deseo dolor a ningún hombre, pero hasta la destitución de Bustamonte, o hasta su muerte, estos sucesos proseguirán.

—¿Por qué no frena a esos monstruos? —se enfureció el joven—. Dispone de medios

para hacerlo.

—Tú puedes frenar a Bustamonte con la misma facilidad que yo.

Beran replicó con furia y burlesco:

—Ahora le entiendo. Quiere que yo mate al tirano. Es posible que usted tuviera planeada esta serie de sucesos. ¡Acabaré con él gustosamente! Déme armas, dígame dónde está Bustamonte... Si muero, por lo menos se pondrá fin a todo esto.

—Ven —dijo Palafox—. Vas a lograr tu segunda modificación.

Bustamonte estaba deprimido y macilento. Midió con sus pasos la alfombra negra del salón, con los brazos rígidos y sacudiendo los dedos como si quisiera limpiarlos de granos de arena.

La puerta de vidrio estaba cerrada, atrancada, sellada. Afuera vigilaban cuatro mamoneros negros.

Bustamonte se estremeció. ¿Cuándo acabarían los problemas? Se acercó a la ventana y contempló la negrura de la noche. El janre aparecía espectralmente blanca por todas partes. Tres puntos del horizonte despedían un furioso brillo rojizo: tres aldeas y sus moradores experimentaban la fuerza de la venganza del tirano.

Bustamonte lanzó un gruñido, se mordió el labio, movió los dedos con gestos espasmódicos. Se apartó de la ventana, siguió yendo de un lado a otro. En la ventana hubo un silbido muy tenue que Bustamonte no pudo escuchar.

Un ruido sordo, una corriente de aire.

Bustamonte se volvió, se detuvo bruscamente. En la ventana había un joven de mirada feroz, vestido de negro.

—Beran —dijo roncamente el tirano—. *iBeran!*

El muchacho saltó a la alfombra negra y se acercó rápidamente. Bustamonte trató de volverse, intentó agacharse, apartarse. Pero había llegado la hora, él lo sabía. No consiguió moverse.

Beran alzó una mano. De un dedo brotó una flecha de energía azul.

Asunto concluido. Beran pasó por encima del cadáver, destrabó las puertas de vidrio, las abrió de par en par.

Los mamoneros volvieron la cabeza, retrocedieron bruscamente, entrecerraron los ojos de asombro.

—Soy Beran Panasper, Panarca de Pao.

XVI

Pao celebró el ascenso al trono de Beran con frenético júbilo. En todas partes, excepto en los campamentos bravantes, en la costa de la bahía de Zelambre, en Pon, hubo regocijo de carácter tan orgiástico que no parecía paonés. A pesar de su enorme aversión, Beran fijó su residencia en el Gran Palacio y se sometió en parte a la pompa y el ritual que se esperaba de él.

Su primer impulso fue reparar todos los actos de Bustamonte, desterrar al Gabinete entero a Vredeltope, la isla penal del lejano norte. Pero Palafox le aconsejó comedimiento.

—Actúas emotivamente, es absurdo rechazar lo bueno junto con lo malo.

—Enséñeme algo bueno —respondió Beran—. Tal vez entonces me mostraría menos resuelto.

Palafox pensó un instante, pareció estar a punto de hablar, vaciló...

—Por ejemplo —dijo al fin—: los responsables de la administración.

—Todos son compinches de Bustamonte. Todos inicuos, todos corruptos.

Palafox asintió.

—Tal vez sea cierto. Pero ¿cómo se comportan ahora?

—Ja! —rió Beran—. Trabajan noche y día, como las avispas en otoño, a fin de convencerme de su integridad.

—Y por lo tanto cumplen eficazmente. Sólo obtendrías confusión si destituyeras a todos. Te aconsejo actuar despacio: elimina a los aduladores obvios, a los oportunistas, introduce hombres nuevos en el Gabinete sólo cuando se presente la oportunidad.

Beran se vio obligado a admitir la rectitud de las palabras del preceptor. Pero se recostó en el sillón (ambos hombres estaban tomando un refrigerio a base de higos y vino fresco en la terraza del palacio) y pareció hacer acopio de fuerza.

—Sólo quedan los cambios incidentales que deseo hacer. Mi tarea principal, mi dedicación, se centrará en devolver a Pao su estado anterior. Pretendo dispersar los campamentos bravantes por diversos lugares de Pao y hacer algo similar con las instalaciones tecnicantes. Estas personas deben aprender paonés, deben ocupar un lugar en nuestra sociedad.

—¿Y los cogitantes?

Beran dio golpecitos en la mesa con los nudillos.

—No quiero un segundo Rotura en Pao. Hay potencial para mil institutos docentes... pero deben fundarse entre el pueblo paonés. Deben enseñar temas paoneses en lenguaje paonés.

—Ah, sí —dijo Palafox con un suspiro—. Bien, no esperaba algo mejor. Voy a volver a Rotura, y tú devolverás a Nonamand sus pastores y sus recolectores de tojo.

Beran disimuló la sorpresa que le produjo la docilidad del rotureño.

—Es evidente —dijo por fin— que usted trama algo muy distinto. Me ayudó a subir al Trono Negro simplemente porque Bustamonte no colaboraba con usted.

Palafox sonrió interiormente mientras pelaba un higo.

—No tramo nada. Observo, sólo eso, y, si me lo piden, aconsejo. Lo que ocurra procede de planes formulados e impulsados hace mucho tiempo.

—Tal vez sea necesario frustrar esos planes —dijo Beran.

Palafox comió el higo con aire despreocupado.

—Como es lógico, eres libre para intentarlo.

Durante los días siguientes Beran meditó largamente. Palafox parecía considerarle como una cifra predecible, una cantidad que de forma automática reaccionaría en dirección favorable al preceptor. Esta consideración le impulsó a ser precavido y demoró las acciones inmediatas contra los tres enclaves no paoneses.

Mandó hacer las maletas al espléndido harén de Bustamonte e inició la formación del suyo. Era algo que se esperaba de él, un Panarca sin concubinas adecuadas merecería

consideraciones recelosas.

Beran no experimentaba aversión alguna a este respecto y, puesto que era joven, agraciado y héroe popular, su problema no era tanto el encontrar material como el seleccionarlo.

No obstante, los asuntos de gobierno le dejaban poco tiempo para los placeres. Bustamonte había atestado la colonia penal de Vredeltope, mezclando sin discriminación criminales y presos políticos. Beran dictó una amnistía general con la única excepción de los felones declarados. Y en el último período de su reinado, Bustamonte, además, había elevado los impuestos hasta aproximarlos a los de la época de Aiello, para provecho de funcionarios desfalcadores que absorbían el incremento. Beran zanjó tajantemente estos problemas, ordenando para los desfalcadores formas desagradables y rastreras de trabajo y sueldos retenidos para pagar las deudas.

Un día, de improviso, una corbeta de color rojo, azul y marrón aterrizó procedente del espacio. El monitor de sector transmitió el alto habitual. La corbeta, que aparte de mostrar una banderola alargada en forma de lengua de serpiente se negó a responder, tomó tierra con insolente falta de tacto en la terraza del Gran Palacio.

Eban Buzbek, caudillo de los Brumbo de Murcielagal, y una comitiva de guerreros desembarcaron de la nave. Hicieron caso omiso de los encargados del palacio, se dirigieron al gran salón del trono y llamaron a gritos a Bustamonte.

Beran, formalmente ataviado de negro, entró en el salón.

Por entonces Eban Buzbek había oído ya un informe sobre la muerte de Bustamonte. Lanzó al joven una mirada tan fría como escéptica, y solicitó la presencia de un intérprete.

—Pregunta si el nuevo Panarca me reconoce como su señor.

Beran no contestó la tímida pregunta del intérprete.

—¿Cuál es la contestación del nuevo Panarca? —aulló Eban Buzbek.

El intérprete tradujo las palabras.

—Francamente —dijo Beran—, no tengo ninguna réplica preparada. Deseo reinar en paz, y sin embargo pienso que el tributo a Murcielagal está pagado desde hace mucho tiempo.

Brotaron rápidas ráfagas de carcajadas cuando el murgal oyó la traducción del intérprete.

—Las realidades no se amoldan de esta forma. La vida es una pirámide: sólo una persona puede permanecer en la cúspide. Y en este caso, soy yo. En el nivel inmediatamente inferior hay otros miembros del Clan Brumbo. Por los demás niveles no tengo interés alguno. El nuevo Panarca puede obtener la posición a la que le dé derecho su valor. Mi misión aquí es exigir más dinero a Pao. Mis gastos han aumentado... y por tanto hay que aumentar el tributo. Si el Panarca está de acuerdo, nos despediremos amistosamente. Si no, mis inquietos guerreros visitarán Pao y el Panarca lamentará su terquedad.

—No tengo alternativa —dijo Beran—. Pago el tributo bajo protesta. Añadiré que obtendría más provecho de nosotros siendo amigo que siendo señor de Pao.

En la lengua murgal el término «amigo» sólo podía interpretarse como «compañero de armas». Al oír la traducción de la réplica de Beran, el murgal se echó a reír.

—¿Los paoneses, compañeros de armas? ¿Los que ponían el culo para recibir patadas cuando se lo ordenábamos? Mejores guerreros son los Dinghals del Planeta del Fuego, que avanzan protegidos por el escudo que forman sus abuelas. No, los Brumbo no queremos una alianza de este tipo.

Traducidas al paonés, las palabras se convirtieron en algo parecido a una serie de insultos gratuitos. Beran contuvo su ira.

—Les mandaremos el dinero.

Hizo una rígida inclinación de cabeza, dio media vuelta y salió majestuosamente del salón. Un guerrero, considerando irrespetuoso aquel comportamiento, se adelantó de pronto para obstruirle el paso. La mano de Beran se alzó, un dedo apuntó al murgal... pero el Panarca se contuvo por segunda vez. El guerrero percibió de algún modo que había estado cerca de la muerte y retrocedió.

Beran salió del salón sin que nadie más le molestara.

El Panarca, temblando de ira, se dirigió a los aposentos de Palafox, que no mostró excesivo interés por las novedades.

—Has actuado correctamente —dijo—. Desafiar a guerreros tan experimentados es una quijotada absurda.

Beran asintió con expresión sombría.

—Es incuestionable que Pao precisa protección contra los bandoleros... Sin embargo, podemos tolerar sobradamente el pago de ese tributo, y eso es menos costoso que mantener una inmensa organización militar.

Palafox mostró su acuerdo. —El tributo representa un ahorro indiscutible. Beran escrutó aquel rostro enjuto y alargado en busca de la ironía que sospechaba iba a encontrar, pero no la encontró y se fue.

Al día siguiente, después de la partida de los Brumbo, el Panarca mandó traer un mapa de Shraimand y estudió la disposición de los acuartelamientos de bravantes. Ocupaban una franja de la costa de quince kilómetros de anchura y ciento cincuenta de longitud, si bien la zona colindante había sido despoblada otros quince kilómetros previendo la expansión de los campamentos.

Tras recordar la época en la que había trabajado en Deirombona, el Panarca pensó en aquellos ardorosos jóvenes de ambos sexos, sus caras de tensión, sus expresiones de lealtad eterna, su dedicación a la gloria... Suspiró. Rasgos de esa especie tenían utilidad.

Hizo venir a Palafox e inició una acalorada discusión, a pesar de que el preceptor no había dicho nada. —En teoría, estoy de acuerdo en la necesidad de un ejército, y también en que haya una organización industrial eficaz. ¡Pero el método de Bustamonte es cruel, artificial, destructor!

Palafox le replicó con gravedad. —Supongamos que cierto milagro te permitiera reclutar, instruir y adoctrinar un ejército paonés. Y después... ¿qué? ¿De dónde saldrían las armas? ¿Quién suministraría naves de guerra? ¿Quién fabricaría instrumentos y equipo para comunicaciones?

—Mercantil es la fuente actual de nuestros apremios —dijo lentamente Beran—. Tal vez uno de los mundos externos al cúmulo pueda suministrarnos lo preciso.

—Los mercantiles jamás conspirarán contra los Brumbo —repuso Palafox—. Y para procurarse mercancías de un planeta externo al cúmulo hay que pagar las divisas apropiadas al caso. A fin de tener estas divisas deberás comerciar.

Beran le miró inexpresivamente desde la ventana.

—Si no tenemos naves de carga, no podemos comerciar.

—Muy cierto —dijo Palafox, de muy buen humor—. Ven, quiero mostrarte algo que tal vez no conoces.

Palafox y Beran fueron rápidamente a la bahía de Zelambre en un veloz torpedo negro. A pesar de las preguntas del Panarca, el preceptor no dijo una sola palabra. Condujo a Beran a la costa oriental, a una zona aislada de la parte baja de la península de Maesthgelai. Había allí un conjunto de edificios nuevos, severos y desagradables. Palafox amarró la embarcación y llevó a Beran a una de las construcciones de mayor tamaño. Llegaron ante un cilindro muy largo.

—Este es el proyecto secreto de un grupo de alumnos avanzados —dijo el rotureño—. Como ya habrás deducido, se trata de una pequeña nave espacial. La primera, eso creo, que se construye en Pao.

Beran examinó el vehículo sin hacer comentarios. Evidentemente, Palafox estaba jugando con él igual que un pescador juega con un pez.

Se acercó más a la nave. El acabado era tosco, los detalles grotescos. Pero la impresión general era de austera utilidad.

—¿Volará? —preguntó a Palafox.

—Ahora, no. Pero volará, no hay duda... dentro de cuatro o cinco meses. Se han pedido a Rotura algunos componentes delicados. Aparte de esto, se trata de un producto paonés genuino. Con una flota de naves como ésta conseguirás que Pao sea independiente de Mercantil. No dudo que encuentres comercio suficiente, ya que los mercantiles extraen las máximas ventajas de cualquier transacción.

—Como es lógico, estoy... agradecido —dijo de mala gana Beran—. Pero ¿por qué no se me informó de este trabajo?

Palafox alzó una mano y habló en tono tranquilizador.

—Nadie ha intentado evitar que lo supieras. Es uno entre otros muchos proyectos. Estos jóvenes, hombres y mujeres, abordan los problemas y carencias de Pao con tremenda energía. Todos los días emprenden una tarea nueva.

Beran lanzó un gruñido de escepticismo.

—En cuanto sea posible, estos grupos aislados volverán a la corriente principal de la vida paonesa.

—En mi opinión —objetó el preceptor—, las condiciones no son apropiadas para diluir el entusiasmo tecnicante. Ciertamente hubo inconvenientes para la población desahuciada, pero los resultados parecen reivindicar la validez de la idea.

Beran no contestó. Palafox hizo un gesto al grupo de tecnicantes que observaban en silencio. Los jóvenes se aproximaron, fueron presentados, mostraron cierta sorpresa al comprobar que Beran les hablaba en el mismo idioma y le invitaron a entrar en la nave. El interior reforzó la primera impresión del Panarca en cuanto a utilidad tosca pero resistente. Y cuando regresó al Gran Palacio lo hizo con una nueva serie de dudas y especulaciones en su mente. ¿Era posible que Bustamonte tuviera razón y que él, Beran, estuviera equivocado?

XVII

Transcurrió un año. El prototipo de nave espacial *de* los tecnicantes fue terminado, comprobado y puesto en servicio en calidad de vehículo de instrucción. A petición del Comité Coordinador Tecnicante se invirtieron fondos públicos en un programa de construcción espacial de largo alcance.

La actividad de los bravantes prosiguió como hasta entonces. Diez veces decidió Beran reducir la importancia de los campamentos, pero el rostro de Eban Buzbek apareció en otras tantas ocasiones en su cerebro y la determinación del Panarca se debilitó.

Fue un año de gran prosperidad para Pao. El pueblo jamás había estado tan bien. La administración civil dio muestras de una modestia y una honradez sin precedentes. Los impuestos no eran agobiantes. Había desaparecido el temor y el recelo dominante durante el reinado de Bustamonte. En consecuencia, la población vivía con una vitalidad prácticamente ajena a Pao. Los enclaves neolingüales, igual que tumores, ni benignos ni malignos, no se olvidaban sino que eran tolerados. Beran no había efectuado una sola visita al Instituto Cogitante de Pon, pero sabía no obstante que el centro se había expandido en gran medida, que estaban erigiendo nuevos edificios, salones, dormitorios, talleres y laboratorios, y que el alumnado crecía a diario gracias a los jóvenes que llegaban de Rotura, todos ellos con el inconfundible parecido a Lord Palafox, y a otros bastante más jóvenes procedentes de los parvularios del Instituto: hijos de Palafox e hijos de sus hijos.

Pasó otro año y del espacio llegó la corbeta de vistosos colores de Eban Buzbek. Como anteriormente, hizo caso omiso de la advertencia del monitor y aterrizó en la terraza del Gran Palacio. Como en ocasiones precedentes, Eban Buzbek y su fanfarrona comitiva se dirigieron al gran salón, donde exigieron la presencia de Beran. Hubo un retraso de diez minutos, durante el cual los guerreros patearon e hicieron ruidos de impaciencia.

Beran entró en el salón y se detuvo para inspeccionar a los miembros del clan, que volvieron sus fríos rostros hacia él.

Beran avanzó. Ni por un momento fingió cordialidad.

—¿Por qué venís a Pao ahora?

Como anteriormente, un intérprete tradujo la frase al murgal.

Eban Buzbek se acomodó en un sillón e indicó a Beran que ocupara otro cercano. El Panarca tomó asiento sin hacer comentarios.

—Hemos oído rumores desagradables —dijo Eban.

Buzbek mientras estiraba las piernas—. Nuestros aliados y proveedores, los fabricantes de Mercantil, aseguran que recientemente habéis lanzado al espacio una flota de naves de carga, que negociáis y traficáis y que finalmente traéis a Pao grandes cantidades de material técnico.

Los guerreros murgales se situaron detrás de Beran con expresión amenazadora. El Panarca miró por encima del hombro y volvió a encararse con Eban Buzbek.

—No puedo entender tu preocupación. ¿Por qué no podemos comerciar donde nos apetezca?

—Debería bastar el hecho de que ello es contrario a los deseos de Eban Buzbek, tu señor.

Beran respondió en tono conciliador:

—Pero debes recordar que somos un planeta populoso. Tenemos aspiraciones naturales...

Eban Buzbek se inclinó hacia adelante. Su mano resonó al golpear la mejilla de Beran. El Panarca se echó hacia atrás, aturdido por la bofetada, con la cara totalmente pálida aparte del ribete rojo. Era el primer golpe que recibía, su primer contacto con la violencia. El efecto fue extraño: un sobresalto, un estímulo no del todo desagradable, la repentina apertura de una habitación olvidada. La voz de Eban Buzbek sonó prácticamente sin que Beran la escuchara.

—... siempre debéis someter vuestras aspiraciones a la consideración del Clan Brumbo. Intervino un guerrero de la comitiva.

—Poca persuasión hace falta para convencer a los *oclocros*.

La mirada de Beran se centró una vez más en el amplio semblante rojizo de Eban Buzbek. Se irguió sin moverse del sillón.

—Me alegra que estés aquí, Eban Buzbek. Es preferible que hablemos cara a cara. Ha llegado la hora de que Pao no siga pagando el tributo.

La boca del murgal se abrió y se curvó hasta formar un cómico gesto de sorpresa.

—Lo que es más, continuaremos enviando nuestras naves por el universo. Espero que aceptéis estos hechos con buen talante y regreséis a vuestro planeta con paz en vuestro espíritu.

Eban Buzbek se levantó de un brinco.

—Regresaremos con tus orejas para colgarlas en la Sala de Trofeos.

Beran se puso en pie y se apartó de los guerreros. Estos avanzaron con risueña determinación. Eban Buzbek desenfundó la espada que llevaba al cinto.

—Traedme al bribonzuelo.

Beran alzó una mano: era una señal. Se abrieron puertas en tres lados del salón. Entraron tres escuadrones de mamarones, todos con ojos que parecían rendijas. Portaban alabardas de hoja puntiaguda y un metro de longitud, acopladas a falcos lanzallamas.

—¿Cuál es vuestra voluntad para con estos chacales? —dijo roncamente el sargento.

—Inmersión —dijo Beran—. Echadlos a todos al océano.

Eban Buzbek exigió al intérprete la traducción de los comentarios.

—Sería un acto temerario —dijo en cuanto la escuchó—. ¡Asolaremos Pao! ¡Mis parientes no dejarán títere con cabeza en Eiljanre! ¡Sembraremos vuestros campos de fuego y huesos!

—En tal caso, ¿volveréis al hogar tranquilamente y no nos molestaréis más? —inquirió Beran—. Adelante, la decisión es vuestra. La muerte... o la paz.

Eban Buzbek miró de derecha a izquierda. Sus guerreros estaban apiñados, con la mirada fija en sus adversarios negros.

Eban Buzbek envainó la espada con un seco chasquido. Murmuró algo a sus hombres.

—Elijo... la paz.

—En tal caso, deponed las armas, salid de Pao y no volváis nunca.

Eban Buzbek, con expresión impasible, se despojó de sus armas. Los guerreros le imitaron. El grupo salió, conducido por los neutraloides. Finalmente la corbeta abandonó el palacio, se elevó con rapidez y desapareció.

Pasaron unos minutos. Reclamaron la presencia de Beran en la telepantalla. La cara de Eban Buzbek brillaba, chispeaba de odio.

—Me he ido en paz, joven Panarca, y paz tendrás... sólo durante el tiempo preciso para que el clan vuelva a Pao. Colocaremos entre nuestros trofeos, no solamente tus orejas sino también tu cabeza.

—Venid —dijo Beran—, si no os importa vuestra suerte.

Tres meses después el clan murgal atacó Pao. Una flota compuesta por veintiocho naves de guerra, entre ellas seis buques de transporte muy voluminosos, apareció en el cielo. Los monitores no dieron el alto, no tomaron medidas defensivas, y las naves murgales se deslizaron desdeñosamente hacia la atmósfera planetaria.

Allí fueron atacados por misiles, si bien los suyos hicieron explotar la andanada entera anulando su efecto.

En apretada formación, se dirigieron hacia el norte de Minamand y aterrizaron a pocos kilómetros de Eiljanre. De los buques de transporte desembarcó una multitud de guerreros provistos de aerocaballos. Se lanzaron al vacío intrépidamente, hicieron cabriolas, describieron bruscos giros ofreciendo un magnífico espectáculo de bravuconería.

Una descarga de misiles antipersonales avanzó hacia ellos trazando rayas en el cielo, pero las defensas de las naves estacionadas estaban alertadas y sus antimisiles destruyeron la salva. Sin embargo, la amenaza bastó para mantener a los jinetes cerca

de la flotilla.

Llegó la tarde, y la noche. Los jinetes trazaron consignas vanagloriosas en el cielo mediante gas dorado. Luego se retiraron a las naves y no hubo más actividad.

Otra serie de hechos había ocurrido en Murcielagal. Apenas había partido hacia Pao la flotilla de veintiocho naves cuando otro vehículo espacial, cilíndrico y robusto, obviamente construido a partir de un depósito de carga, descendió en las húmedas colinas boscosas del extremo sur del dominio Brumbo. Cien hombres jóvenes desembarcaron. Vestían ingeniosos trajes segmentados de transpar, que se convertían en armaduras aerodinámicas cuando los brazos del usuario quedaban suspendidos junto a sus costados. La red antigravitatoria anulaba el peso y unos cohetes eléctricos los desplazaban a gran velocidad.

Volaron a baja altura sobre los oscuros árboles, a lo largo de la superficie de los agrestes valles. El lago Chagaz centelleó a poca distancia, reflejando las rutilantes constelaciones del cúmulo. Al otro lado del lago se hallaba Slagoe, la ciudad de piedra y madera, y la Sala de los Trofeos descollaba sobre los edificios más bajos.

Los navegantes se abalanzaron hacia el suelo igual que halcones. Cuatro corrieron hacia el fuego sagrado, abatieron a los viejos cuidadores de la hoguera y apagaron las llamas, guardando sólo una brasa que introdujeron en una caja de metal. Los demás habían subido los diez escalones de piedra. Dejaron sin conocimiento a las vírgenes guardianas y entraron velozmente en el salón, de techo alto y rebosante de humo.

De las paredes pendían los tapices del clan, tejidos con cabellos de la cabeza de todos los Brumbo nacidos en el clan. Trofeos y fetiches sagrados pasaron sin orden ni concierto a bolsas y cajas de gravedad: viejas armaduras, cien raídos estandartes, pergaminos y documentos, fragmentos de roca, hueso, acero y carbón, botellas de sangre negra y reseca, objetos que conmemoraban las batallas y el valor de los Brumbo.

Cuando Slagoe se enteró por fin de lo que estaba ocurriendo, los guerreros se hallaban en el espacio, con rumbo a Pao. Mujeres, jóvenes y viejos echaron a correr hacia el parque sagrado, gritando y chillando.

Pero los atacantes habían partido ya, y se llevaban con ellos el alma del clan, los tesoros más preciados.

Al amanecer del segundo día las tropas enemigas sacaron cajas de las naves y montaron cuatro plataformas de combate, generadores, defensas antimisiles, agujones dinámicos, pirolanzadores y detonantes auditivos mediante sonidos.

Otros guerreros Brumbo llegaron en aerocaballos, pero esta vez marchando en formación perfecta. Las plataformas de combate se alzaron del suelo y explotaron. Topos mecánicos, tras abrir túneles en el subsuelo, habían colocado minas debajo de todos los tablados.

La caballería aérea se arremolinó consternada. Carentes de protección, los jinetes eran blancos fáciles para los misiles (armas de cobardes según el criterio de los murgales).

También los mirmidones bravantes aborrecían los misiles. Beran había insistido en que se utilizaran todos los medios posibles a fin de minimizar el derramamiento de sangre, pero tras la destrucción de las plataformas de combate le resultó imposible frenar a los mirmidones. Se lanzaron hacia el cielo en sus corazas de transpar y cayeron sobre la caballería de los Brumbo. Los furiosos remolineos y chillidos de la batalla inundaron la plácida campiña.

La batalla no decidió nada. Mirmidones y aerojinetes murgales cayeron en igual número. Pero al cabo de veinte minutos los aerojinetes se apartaron de pronto y descendieron, dejando a los mirmidones indefensos ante la salva de misiles. Los bravantes no estaban totalmente desprevenidos y se lanzaron de cabeza hacia el suelo, sólo algunos rezagados, quizás una veintena, fueron atrapados y destrozados.

Los jinetes se retiraron al cobijo de las naves. Los mirmidones abandonaron el lugar. Eran menos que los Brumbo y sin embargo éstos habían cedido terreno, asombrados y atemorizados por la ferocidad de la resistencia.

El resto del día fue tranquilo, igual que el siguiente, mientras los Brumbo sondeaban y tanteaban la parte inferior de los cascos de las naves para desmontar las posibles minas.

Hecho esto, la flota despegó, sobrevoló estruendosamente el mar de Hylanthus, cruzó

el istmo del sur de Eiljanre y aterrizó en la playa a escasa distancia del Gran Palacio.

Por la mañana siguiente los Brumbo salieron a pie, seis mil hombres protegidos por defensas antimisiles y cuatro proyectores. Avanzaron con precaución, en línea recta hacia el palacio.

No había rastro de resistencia, ningún indicio de los mirmidones. Los muros marmóreos del Gran Palacio se alzaron por fin ante los atacantes. Hubo movimiento arriba. Se deslizó por el muro un rectángulo de tela negra, marrón y leonada. Los Brumbo se detuvieron con la mirada fija en él.

Del edificio brotó una voz amplificada.

—Eban Buzbek: acércate. Ven a inspeccionar el botín que hemos conseguido en tu Sala de Trofeos. Entra, Eban Buzbek. No sufrirás daño alguno.

Eban Buzbek avanzó y respondió mediante un amplificador.

—¿Qué falsedad es ésta, qué cobarde artimaña paonesa habéis tramado?

—Poseemos todos los tesoros de tu clan, Eban Buzbek: este tapiz, la última brasa de vuestro Fuego Eterno, todos vuestros blasones y reliquias. ¿Deseas rescatarlos?

Eban Buzbek se tambaleaba como si estuviera al borde del desmayo. Dio media vuelta y se dirigió dando tumbos a su nave.

Pasó una hora. Eban Buzbek y un grupo de nobles se acercaron al palacio.

—Solicitamos una tregua, para poder inspeccionar los artículos que afirmáis tener.

—Adelante, Eban Buzbek. Inspecciona todo cuanto quieras.

Eban Buzbek y sus acompañantes examinaron los objetos. No pronunciaron una sola palabra, y los paoneses que los vigilaban no formularon comentario alguno.

Los Brumbo volvieron en silencio a sus naves.

—¡Ha llegado la hora! —gritó un heraldo—. ¡Cobardes paoneses: preparaos para morir!

Los guerreros cargaron, impulsados por emociones violentísimas. En mitad de la playa los mirmidores salieron a su encuentro y trabaron combate cuerpo a cuerpo con espadas, pistolas y puños.

Los Brumbo no pudieron seguir avanzando. Por primera vez sus ansias combatientes toparon con otras más intensas. Conocieron el miedo, retrocedieron, se retiraron.

Sonó la voz del Gran Palacio.

—No puedes vencer, Eban Buzbek, no puedes escapar. Tenemos vuestras vidas, tenemos vuestros tesoros sagrados. Ríndete ahora o destruiremos ambas cosas.

Eban Buzbek capituló. Bajó la cabeza hasta el suelo ante Beran y el capitán mirmidón, renunció a sus derechos como señor de Pao y, arrodillado ante el tapiz sagrado, juró que jamás molestaría o tramaría actos lesivos a Pao. Acto seguido se le devolvieron los tesoros del clan, que los cabizbajos guerreros transportaron a la flotilla. Y abandonaron Pao.

XVIII

Una y otra vez Pao describió su órbita en torno a Auriol, delimitando cinco años complejos y espectaculares. Para Pao, en general, fueron buenos años. Jamás la vida había sido tan fácil y el hambre tan rara. A la producción normal del planeta había que agregar inmensa variedad de artículos de importación procedentes de mundos muy lejanos. Las naves tecnicantes viajaban hasta los últimos rincones del cúmulo y mercantiles y tecnicantes libraban más de una batalla comercial. En consecuencia, ambas sociedades expandieron sus actividades y buscaron campos de comercio más lejanos.

También los bravantes aumentaron en número, si bien de un modo restringido. No había ya más reclutamiento entre la población y tan sólo un hijo de padres bravantes podía ingresar en aquella casta.

En Pon los cogitantes crecieron en número, aunque más lentamente incluso que los anteriores. Se erigieron tres institutos más en las nebulosas montañas, y Palafox construyó un tétrico castillo en el risco más remoto de Pao.

El Cuerpo de Intérpretes se basaba en gran medida en los cogitantes. De hecho, podía afirmarse que los intérpretes constituían la función operativa de los cogitantes. Al igual que el resto de grupos, los intérpretes habían crecido en número e importancia. Pese a la separación de los tres grupos neolinguales, tanto entre sí mismos como con respecto a la sociedad paonesa, existían numerosos intercambios. Cuando se disponía de intérprete, el negocio podía gestionarse en pastiche que, gracias a su universalidad relativa, era entendido por gran número de personas. Pero cuando era necesaria una comunicación de cierta exactitud se llamaba a un intérprete.

Y así fueron pasando los años, de acuerdo con todos los cambios concebidos por Palafox, iniciados por Bustamonte y apoyados a regañadientes por Beran. El decimocuarto año del reinado de Beran fue el punto culminante de la prosperidad y el bienestar.

Beran había desaprobado hacía tiempo el método de concubinaje de Rotura que había enraizado de forma discreta pero firme en los diversos institutos cogitantes.

En principio no hubo carencia de mujeres que aceptaran comprometerse a cambio de ventajas económicas, y todos los hijos y nietos de Palafox, por no hablar del mismo preceptor, mantenían grandes dormitorios comunes en las cercanías de Pon. Pero con la llegada de la prosperidad a Pao, el número de mujeres jóvenes disponibles para la contratación fue menguando y finalmente empezaron a circular rumores extraños. Se hablaba de drogas, hipnotismo, magia negra.

Beran ordenó una investigación de los métodos empleados por los cogitantes para asegurarse mujeres contratadas. Comprendió que iba a tocar fibras muy sensibles... pero no esperaba que la respuesta fuera tan instantánea y tan directa. El mismo Lord Palafox acudió a Eiljanre.

Se presentó una mañana en una terraza superior del palacio, en la que Beran estaba sentado y contemplando el mar. Al ver aquel cuerpo alto y enjuto y las facciones angulosas, el Panarca pensó que aquel hombre difería muy poco del Palafox que había visto por primera vez muchísimos años antes; incluso la capa de tela gruesa marrón, los calzones oscuros, la gorra puntiaguda con su pico, todo era igual. ¿Qué edad debía tener Palafox?

El preceptor no perdió tiempo en fruslerías preliminares.

—Panarca Beran, se ha creado una situación desagradable y desearéis tomar medidas a este respecto.

Beran asintió muy despacio.

—¿Cuál es esa «situación desagradable»?

—Mi intimidad ha sido violada. Una chapucera pandilla de espías sigue mis pasos, importuna a las mujeres de mi dormitorio común con su vigilancia impertinente. Os

ruego descubráis quién ha ordenado esta persecución y castigáis a los responsables.

Beran se puso en pie.

—Lord Palafox, como ya debe saber, yo mismo ordené la investigación.

—¿Es cierto? ¡Me asombráis, Panarca Beran! ¿Qué esperáis averiguar?

—Esperaba no averiguar nada. Esperaba que usted interpretara la medida como un aviso e introdujera en su conducta los cambios que el hecho de la investigación sugiriera. En lugar de eso ha decidido discutir el tema, cosa que podría crear complicaciones.

—Soy un preceptor de Rotura. Actúo directamente, no mediante indirectas maliciosas.

—La voz de Palafox era como el hierro, si bien su afirmación no hacía progresar el ataque.

Beran, estudiante de polémica, trató de conservar su ventaja.

—Usted ha sido un aliado valioso, Lord Palafox. En recompensa ha recibido algo que equivale al dominio del continente de Nonamand. Pero este dominio es condicional, depende de la legalidad de sus actos. Contratar mujeres que se ofrecen voluntariamente, si bien es insultante en el orden social, no constituye delito. Pero cuando estas mujeres no se ofrecen voluntariamente...

—¿Cuál es la base de vuestras observaciones?

—Rumores populares.

Palafox esbozó una sonrisa.

—Y en el supuesto de que pudierais confirmar estos rumores, ¿qué ocurriría?

Beran hizo un esfuerzo para sostener la mirada de obsidiana del preceptor.

—Su pregunta carece de utilidad práctica. Se refiere a una situación que pertenece ya al pasado.

—El significado de vuestras palabras es oscuro.

—La forma de contrarrestar estos rumores —dijo Beran— es exponer públicamente el problema. En lo sucesivo, las mujeres deseosas de comprometerse se presentarán en un local público de Eiljanre. Todos los contratos se negociarán en este local y cualquier otra clase de tráfico será considerada delito equivalente a secuestro.

Palafox guardó silencio unos instantes. Después formuló una pregunta en tono dulce.

—¿Cómo proponéis hacer cumplir esta decisión?

—¿Hacer cumplir? —inquirió Beran, sorprendido—. En Pao no es preciso hacer cumplir las órdenes del Gobierno.

Palafox inclinó brevemente la cabeza.

—La situación, como habéis dicho, está aclarada. Confío en que ninguno de los dos tenga motivo de queja.

Y se fue. Beran exhaló un profundo suspiro, se recostó en el sillón y cerró los ojos. Había obtenido una victoria... hasta cierto punto. Había afirmado la autoridad del Estado y arrancado el reconocimiento tácito de Palafox respecto a dicha autoridad.

El Panarca tenía la inteligencia suficiente para no alegrarse de su triunfo. Sabía que Palafox, sumamente seguro dado su solipsismo, no debía experimentar las consecuencias emotivas de la entrevista, que seguramente consideraba la derrota como una simple irritación momentánea. En realidad, había dos puntos muy significativos que considerar. Primero, ciertos detalles del comportamiento de Palafox indicaban que, a pesar de su enojo, el preceptor estaba dispuesto a aceptar un compromiso, al menos temporal. «Temporal» era la palabra clave. Palafox era un hombre que intentaba ganar tiempo.

Segundo punto, la formulación de la última frase del preceptor: «Confío en que ninguno de los dos tenga motivo de queja». Quedaba implícita la suposición de igual condición social, igual autoridad, igual importancia, todo ello indicativo de la presencia de una ambición inquietante.

Por todo lo que recordaba Beran, Palafox no había hablado así nunca. Siempre había mantenido fielmente la actitud de un preceptor de Rotura, que residía de forma accidental en Pao en calidad de consejero. La novedad consistía en que parecía considerarse habitante permanente, y además con una actitud posesiva.

Beran consideró los hechos que habían desembocado en aquella situación. Durante cinco mil años Pao había sido homogéneo, un planeta gobernado por la tradición, soñoliento en su eterna tranquilidad. Los Panarcas iban sucediéndose uno tras otro, las dinastías nacían y morían, pero los océanos azules y los campos verdes eran eternos. El

Pao de aquellas épocas era presa fácil de corsarios y bandoleros, y había existido enorme pobreza.

Las ideas de Lord Palafox y el dinamismo despiadado de Bustamonte, habían cambiado todo en una sola generación. Pao era próspero y su flota mercante recorría todo el sistema estelar. Los comerciantes paoneses superaban a los mercantiles, los guerreros paoneses superaban a los clanes de Murcielagal, los intelectuales paoneses salían airoso de la comparación con los supuestos magos de Rotura.

Pero... los hombres que destacaban, que comerciaban más que nadie, que combatían mejor que nadie, que producían mejor que nadie, que pensaban mejor que sus vecinos planetarios eran menos de diez mil y todos tenían en Palafox a su progenitor o a su abuelo. Palafoxianos. ¡El nombre que más convenía a esas personas!

¿Y qué decir de los bravantes y de los tecnicantes? Su sangre era puramente paonesa, pero vivían tan alejados de la corriente tradicional paonesa como los Brumbo de Murcielagal o los mercantiles.

Beran se puso en pie bruscamente. ¿Cómo podía ser tan ciego, tan negligente? Aquellos hombres no eran paoneses, por muy bien que sirvieran a Pao: eran extranjeros. Y afirmar a qué eran leales en último término resultaba muy dudoso.

La divergencia entre bravantes, tecnicantes y paoneses en esencia había ido demasiado lejos. Había que invertir la tendencia, había que asimilar a los nuevos grupos.

Definidos ya sus objetivos, Beran debía formular los medios. El problema era complejo, tenía que actuar con tacto. En primer lugar... crear la entidad a la que podrían presentarse las mujeres deseosas de formalizar un contrato. Beran no pensaba dar «motivo de queja» a Palafox.

XIX

En el confín oriental de Eiljanre, al otro lado del antiguo canal de Rovenone, se hallaba un terreno público usado sobre todo para jugar con cometas y celebrar bailes populares. Beran ordenó que en ese lugar se erigiera un entoldado de enormes dimensiones en el que pudieran exhibirse las mujeres deseosas de alquilarse a los cogitantes. Se dio abundante publicidad a la nueva entidad e igualmente al edicto que proclamó que todos los contratos particulares entre mujeres y cogitantes serían ilegales y delictivos a partir de entonces.

Llegó el día de la inauguración. A mediodía Beran fue a inspeccionar el entoldado. Los bancos estaban ocupados por un reducido grupo de mujeres, un conjunto miserable a todas luces, desagradable, desolado, demacrado... tal vez sucio en todos los sentidos.

Beran observó a las mujeres con expresión de asombro.

—¿No hay más que éstas?

—¡Aquí están todas, Panarca!

Beran se acarició el mentón con aire compungido. Miró alrededor y encontró al hombre que menos deseaba ver: Palafox.

El Panarca fue el primero en hablar, no sin esfuerzo.

—Elija, Lord Palafox. Treinta de las mujeres más encantadores de Pao aguardan su decisión.

—Sacrificadas y enterradas, podrían ser un fertilizante aceptable. Aparte de eso, no veo otro uso posible.

En la observación iba implícito un desafío: no admitirla y responderla representaba perder la iniciativa.

—Se diría, Lord Palafox —repuso Beran—, que alquilarse a los cogitantes es tan ofensivo para las mujeres de Pao como yo suponía. La misma escasez de mujeres confirma mi decisión.

Y el Panarca contempló el solitario entoldado.

No brotó sonido alguno de Palafox, pero algo así como una intuición brilló un instante en el cerebro de Beran. Volvió la cabeza y sus asombrados ojos vieron al preceptor con un semblante que parecía una máscara de la muerte y una mano levantada. El dedo índice de esa mano apuntó al Panarca. Beran se echó al suelo. Una franja azul chisporroteó sobre su cabeza. Extendió su mano. El fuego de su dedo salió disparado, recorrió el antebrazo del rotureño, atravesó el codo y el húmero y salió por el hombro.

Palafox irguió la cabeza, apretó los labios y sus ojos se pusieron en blanco, como los de un caballo desbocado. La sangre chisporroteó y brotó en abundancia en los puntos donde los mutilados circuitos de su brazo se habían recalentado, fundido y hecho añicos.

Beran apuntó su dedo de nuevo. Era urgente y aconsejable matar a Palafox. Y más importante, era su obligación. El preceptor permaneció mirándole. La expresión de sus ojos no era ya la de un ser humano. Palafox aguardaba la muerte.

Beran dudó y Palafox, en ese instante, volvió a ser un hombre. Levantó la mano izquierda. Beran actuó y por segunda vez brotó la línea de fuego azul. Pero la luz topó con la esencia que la mano izquierda del rotureño había despedido, y se disolvió.

Beran retrocedió. Las treinta mujeres se habían echado al suelo, temblorosas y sollozantes. Los asistentes del Panarca permanecían inmóviles y flácidos. Nadie pronunció una palabra. Palafox se alejó, cruzó la entrada del entoldado. Dio media vuelta y desapareció.

El Panarca quedó sin fuerzas para perseguirle. Regresó al palacio, y se encerró en sus aposentos. La mañana se transformó en la tarde dorada paonesa, el día se apagó hasta ser noche.

Beran se animó. Se dirigió al guardarropa y se puso una prenda negra muy ajustada a la piel. Se armó con un cuchillo, una pistola de rayos percutores y un cegador mental, ingirió una píldora para tonificar los nervios y se dirigió discretamente a la terraza.

Subió a un aerocoche, ascendió a gran altura en plena noche y voló hacia el sur.

Los depresivos acantilados de Nonamand se alzaban sobre el mar con olas fosforescentes en la base y varias luces tenues brillaban intermitentemente en lo alto. Beran corrigió el rumbo al sobrevolar los oscuros páramos y avanzó hacia Pon. Su aspecto era torvo, tenso; el Panarca tenía la convicción de que le aguardaba la muerte.

¡Por fin! El monte Droghead y, más allá, el Instituto. Todos los edificios, terrazas, avenidas, dependencias y dormitorios comunes le eran familiares: los años pasados allí cuando trabajó como intérprete iban a serle muy útiles.

Dejó el aerocoche en el páramo, lejos de la pista, activó la red antigravitatoria de sus pies, se lanzó con el cuerpo inclinado hacia adelante y por fin sobrevoló el Instituto.

Permaneció inmóvil a gran altura, soportando el helado viento nocturno, a fin de inspeccionar los edificios. Allí estaba... el dormitorio común de Palafox. Y al otro lado de los paneles triangulares de translux, un fulgor.

Beran descendió sobre la oscura roca fundida del tejado del dormitorio. El viento bramaba, zumbaba y silbaba. No había más sonido que ése.

Beran corrió hacia la puerta de la terraza. Destrozó el precinto con un solo toque de fuego digital, empujó la puerta y entró en el pasillo.

El dormitorio estaba en silencio. No se oían voces, ningún movimiento. Beran recorrió el pasillo con pasos largos y rápidos.

La planta superior contenía las salas de estar y se hallaba desierta. Beran bajó por una rampa, giró a la derecha, hacia el origen de la luz que había visto desde arriba. Se detuvo junto a una puerta, prestó atención. Ninguna voz... aunque había un ligero indicio de movimiento en el interior. Algo que se agitaba, pies arrastrándose...

Tocó el pomo. La puerta estaba cerrada.

Se preparó. Debía actuar con rapidez. ¡Ya! Un rayo de fuego, la puerta abierta y empujada... ¡Adelante! Y dentro, en un sillón, junto a la mesa, un hombre.

El hombre alzó la cabeza. Beran se detuvo bruscamente. No era Palafox, era Finisterle.

El rotureño contempló el dedo apuntando, el rostro de Beran.

—¿Qué haces aquí?

Pronunció esta exclamación en pastiche, y Beran replicó en el mismo idioma.

—¿Dónde está Palafox?

Finisterle se rió suavemente y se recostó en el sillón.

—Al parecer, he estado a punto de encontrar la muerte de mi progenitor.

Beran se acercó un paso más.

—¿Dónde está Palafox?

—Llegas demasiado tarde. Palafox ha vuelto a Rotura.

—¡A Rotura! —Beran se sintió atontado y cansado.

—Está destrozado, tiene el brazo hecho jirones. Aquí nadie puede reparárselo. — Finisterle contempló al Panarca con receloso interés—. Y aquí tenemos al discreto Beran... ¡Un demonio vestido de negro!

Beran tomó asiento despaciosamente.

—¿Quién puede haberlo hecho si no yo? —De improviso miró a Finisterle—. ¿No estarás engañándome?

El rotureño meneó la cabeza.

—¿Por qué iba a engañarte?

—¡El es tu progenitor!

Finisterle se encogió de hombros.

—Eso no significa nada, ni para el progenitor ni para el hijo. Un hombre, por muy notable que sea, tiene capacidad finita. Ya no es secreto para nadie que Lord Palafox ha sucumbido a la última enfermedad: es emérito. El mundo y su cerebro no están separados ya, para Palafox son una y la misma cosa.

Beran se acarició el mentón, frunció el entrecejo. Finisterle se inclinó hacia adelante.

—¿Conoces su ambición, comprendes su presencia en Pao?

—Lo imagino, pero no lo sé.

—Hace unas semanas reunió a todos sus hijos. Nos habló, nos explicó su ambición. Afirma que Pao es su planeta. Mediante hijos, nietos y sus facultades acabará superando en número a los paoneses y un día Palafox y la semilla de Palafox serán lo único que

haya en Pao.

Beran se levantó fatigosamente.

—¿Qué harás ahora? —preguntó Finisterle.

—Soy paonés —dijo Beran—. He sido pasivo al estilo paonés. Pero también he estudiado en el Instituto de Rotura y ahora actuaré. Y si destruyo lo que tantos esfuerzos ha costado edificar a Palafox... es posible que él no regrese. —Contempló la habitación—. Empezaré aquí mismo, en Pon. Todos vosotros podéis ir adonde queráis... pero debéis marchar. Mañana el Instituto estará destruido.

Finisterle se puso en pie de un brinco, olvidó su comedimiento.

—¿Mañana? ¡Eso es grotesco! ¡No podemos abandonar nuestra investigación, nuestra biblioteca, nuestras valiosas posesiones!

Beran se dirigió a la puerta.

—No habrá más demora. Naturalmente, tenéis derecho a trasladar vuestras pertenencias. Pero la entidad denominada Instituto Cogitante desaparecerá mañana.

Esteban Carbone, Mariscal en Jefe de los bravantes, un joven musculoso de rostro franco y agradable, tenía la costumbre de levantarse al amanecer para darse un chapuzón en la playa.

Esa mañana regresó desnudo, mojado y jadeante y encontró aguardándole a un hombre silencioso vestido de negro. Esteban Carbone se detuvo, confuso.

—Panarca, como ya veis, estoy sorprendido. Os ruego me excuséis mientras me visto.

Corrió a su habitación y poco después volvió ataviado con un llamativo uniforme negro y amarillo.

—Ahora, Supremacía, estoy preparado para oír sus órdenes.

—Serán breves —dijo Beran—. Envíe una nave de guerra a Pon y, a las doce de la mañana, destruya el Instituto Cogitante.

El asombro de Esteban Carbone ascendió a nuevas alturas.

—¿Le he oído bien, Supremacía?

—Lo repetiré: envíe una nave de guerra a Pon y destruya el Instituto Cogitante. Déjelo hecho cenizas. Los cogitantes han sido avisados, en estos momentos evacúan el lugar.

Esteban Carbone dudó un perceptible instante antes de replicar.

—No tengo derecho a cuestionar asuntos políticos, pero ¿no se trata de un acto muy drástico? Me creo forzado a aconsejar la atenta reconsideración del caso.

Beran no se molestó.

—Aprecio su preocupación. Pero esta orden es el resultado de mucha reconsideración. Tenga la bondad de obedecer sin más demora.

Esteban Carbone se llevó la mano a la frente e hizo una profunda reverencia.

—No es preciso decir nada más, Panarca Beran.

Entró en las dependencias y habló por un comunicador.

A las doce en punto del mediodía la nave militar lanzó un misil explosivo al blanco, un grupito de edificios blancos en la meseta, detrás del monte Droghead. Hubo una llamarada azul y blanca y el Instituto Cogitante desapareció.

Cuando Palafox supo la noticia, sangre oscura afluyó a su cara. Se tambaleó.

—De modo que él se autodestruye —gruñó con los dientes apretados—. Y yo debo estar satisfecho... ¡Pero qué amarga es la insolencia de este joven fanfarrón!

Los cogitantes llegaron a Eiljanre y se establecieron en el antiguo barrio Beauclare, al sur del canal de Rovenone. Con el paso de los meses sufrieron un cambio que aceptaron, al parecer, casi con alivio y con alegría. Suavizaron la intensidad doctrinaria que los había caracterizado en el Instituto y adoptaron los hábitos de una intelectualidad bohemia. Una compulsión extraña les hacía hablar muy poco, o nada, en cogitante, y como también desdeñaban el paonés, acabaron resolviendo todos sus problemas en pastiche.

XX

Beran Panasper, Panarca de Pao, se hallaba sentado en la rotonda del pabellón con columnatas rosadas de Pergolai, en el mismo sillón negro donde había fallecido su padre, Aiello.

Los otros asientos alrededor de la mesa de marfil estaban vacíos. No había nadie presente a excepción de una pareja de neutraloides de tez negrísima, imponentes junto a la entrada.

Hubo movimiento en la puerta, el «quién vive» mamarone en voces que hacían pensar en telas magníficas. Beran identificó al visitante y ordenó a los mamarones que le dejaran pasar.

Finisterle entró en el salón, con aire grave, sin dignarse a mirar una sola vez las abultadas moles negras. Se detuvo en el centro de la habitación y examinó de pies a cabeza a Beran. Habló en pastiche y sus palabras fueron tan irónicas y mordaces como el mismo lenguaje.

—Te comportas como si fueras el último hombre vivo del universo.

Beran esbozó una sonrisa.

—Cuando concluya la jornada, para bien o para mal, dormiré tranquilo.

—¡Yo no envidio a nadie! —musitó Finisterle—. Y menos que a nadie, a ti.

—Y yo, por otra parte, envidio a todos salvo a mí mismo —replicó de mal talante Beran—. Respondo exactamente al concepto popular de Panarca: el arbitro que detenta el poder como una maldición, da a conocer decisiones mientras otros hombres lanzan venablos de caza... Y sin embargo, no cambiaría mi suerte: el Instituto de Rotura me domina hasta el punto de que opino que nadie aparte de mí mismo es capaz de hacer justicia desinteresadamente.

—Esta creencia que lamentas podría ser simple realidad.

Se oyeron campanas a lo lejos, varias veces.

—Ahora llega el momento decisivo —dijo Beran—. En la próxima hora Pao quedará en ruinas o se salvará.

Se dirigió al gran sillón negro y tomó asiento. Finisterle, en silencio, eligió una silla casi en el otro extremo de la mesa.

Los mamarones abrieron de par en par la suntuosa puerta. Una hilera de hombres entró poco a poco en el salón: varios ministros, secretarios, funcionarios diversos; una veintena en total. Todos inclinaron respetuosamente la cabeza y, con expresión grave, ocuparon su lugar en torno a la mesa.

Entraron doncellas que sirvieron vino frío y burbujeante.

Sonaron las campanas. Los mamarones abrieron otra vez la puerta, con paso marcial compareció Esteban Carbone, ¿Gran Mariscal de los bravantes, acompañado de cuatro subalternos. Vestían uniformes de gala y cascos de metal blanco, que se quitaron al entrar. Se detuvieron formando una hilera ante Beran, saludaron y permanecieron en pie, impasibles.

Desde hacía tiempo Beran sabía que aquel momento debía llegar.

Se levantó, correspondió con un saludo ceremonioso. Los bravantes tomaron asiento con precisión ensayada.

—Los años pasan, las condiciones cambian —dijo Beran en tono seguro, en bravante—. Programas valiosos en cierto momento acaban siendo exageraciones nocivas cuando termina su necesidad. Tal es la situación actual en Pao. Corremos el peligro de perder nuestra unidad.

»Me refiero en parte al campo bravante. Fue creado para hacer frente a una amenaza concreta. La amenaza ha sido anulada, estamos en paz. Los bravantes, si bien conservarán su identidad, deben reintegrarse a la población normal.

»A tal fin, se crearán acuartelamientos en los ocho continentes y en las islas más importantes. Los bravantes se repartirán por estos cuarteles, formando unidades de

cincuenta hombres y mujeres. Emplearán el cuartel como zona organizativa y residirán en el campo. Reclutarán en el ámbito local de acuerdo con las necesidades. Las zonas ahora ocupadas por los bravantes volverán a tener el mismo uso que antes.

Hizo una pausa, examinó todos los semblantes.

Finisterle, al observarle, se maravilló al pensar que el hombre que él había conocido, un joven taciturno e inseguro, pudiera tener ahora una expresión tan dura, tan resuelta.

—¿Alguna pregunta o comentario? —preguntó el Panarca.

El Gran Mariscal estaba inmóvil como si fuera de piedra. Finalmente inclinó la cabeza.

—Panarca, oigo vuestras órdenes, pero me resultan incomprensibles. Hay una realidad básica: Pao precisa un órgano fuerte de ataque y defensa. Nosotros, los bravantes, somos ese órgano. Somos indispensables. Vuestra orden acabará con nosotros. Nos diluiremos y dispersaremos. Perderemos nuestro espíritu, nuestra unidad, nuestra rivalidad.

—Me doy cuenta de todo ello —dijo Beran—. Lo lamento. Pero es el mal menor. A partir de ahora los bravantes prestarán servicio como cuadros, y nuestro órgano militar volverá a ser genuinamente paonés.

—Ah, Panarca —intervino bruscamente el Gran Mariscal—, iése es el punto crítico del problema! Los paoneses no tienen interés por lo militar, los paoneses...

Beran alzó una mano.

—Somos paoneses —dijo en voz áspera—. Todos nosotros somos paoneses.

El Gran Mariscal hizo una inclinación de cabeza.

—Hablo con demasiada rapidez. Pero, Panarca, debería ser evidente que la dispersión debilitará nuestra eficacia. Debemos trabajar unidos, participar en ejercicios, ceremonias, competiciones.

Beran había previsto la protesta.

—Los problemas que usted menciona son reales, pero yo me limito a plantear retos logísticos y organizativos. No tengo intención de disminuir la eficacia y el prestigio de los bravantes. Pero está en juego la integridad del estado, y estos enclaves que parecen un tumor deben eliminarse, aunque un tumor benigno.

Esteban Carbone contempló sombríamente el suelo durante unos instantes. Después miró a izquierda y derecha, a sus ayudantes, en busca de apoyo. Los semblantes de los dos jóvenes reflejaban desolación y desánimo.

—Un factor que ignoráis, Panarca, es el moral —dijo gravemente el Mariscal—. Nuestra efectividad...

Beran le interrumpió con brío.

—Se trata de problemas que usted, como Gran Mariscal que es, debe resolver. Si es incapaz, nombraré a otra persona. No habrá más discusión: debe aceptarse el principio básico tal como lo he bosquejado. Usted y el Ministro de Territorios se pondrán de acuerdo en los detalles.

Se puso en pie y saludó formalmente para despedir a los presentes. Los bravantes inclinaron la cabeza y salieron del salón.

Mientras lo hacían entró otro grupo ataviado con la sencilla vestimenta gris y blanca de los tecnicantes. Estos recibieron en líneas generales las mismas órdenes que los bravantes y expusieron las mismas protestas.

—¿Qué necesidad hay de que las unidades sean pequeñas? Indudablemente Pao dispone de potencial para tener diversos complejos industriales. Recordad que nuestra eficacia se basa en la concentración de habilidades. ¡No podemos operar en unidades tan pequeñas!

—Su responsabilidad no es solamente la producción de artículos. Deben educar e instruir a sus semejantes paoneses. Es evidente que habrá un período de confusión, pero a la larga la nueva línea de acción dará resultados para provecho común.

Los tecnicantes partieron con el mismo regusto amargo de los bravantes.

Ese mismo día Beran paseó por la playa acompañado de Finisterle, hombre capaz de hablar sin calcular antes qué prefería escuchar el Panarca. El silencioso oleaje cubría la arena y retrocedía hacia el mar entre fragmentos relucientes de conchas y coral azul, y filamentos de kelp purpúreo.

Beran se sentía débil y agotado tras la tensión emotiva que se le había forzado a sufrir. El rotureño caminaba con aire despreocupado y no dijo nada hasta que el Panarca le preguntó directamente qué opinaba. Finisterle se mostró imparcialmente franco.

—Creo que has cometido un error al impartir órdenes aquí, en Pergolai. Bravantes y tecnicantes regresarán a sus ambientes familiares. El efecto será el de la vuelta a la realidad y las órdenes, vistas en retrospectiva, parecerán fantásticas. En Deirombona y en Cloeopter, esas órdenes habrían estado mucho más directamente relacionadas con los asuntos de los afectados.

—¿Piensas que me desobedecerán?

—La posibilidad parece tener fuerza.

Beran suspiró.

—Eso temo. No puede tolerarse la desobediencia. Ahora tenemos que pagar el precio de la insensatez de Bustamonte.

—Y de la ambición de mi progenitor, Lord Palafox —observó Finisterle.

Beran no hizo más comentarios. Los dos hombres volvieron al pabellón y el Panarca se apresuró a convocar al Ministro de Orden Civil.

—Movilice a los mamarones, a todo el cuerpo.

El ministro permaneció inmóvil como un estúpido.

—¿Movilizar a los mamarones? ¿Adonde deben ir?

—A Eiljanre. Inmediatamente.

Beran, Finisterle y una pequeña comitiva emprendieron vuelo por el despejado cielo paonés rumbo a Deirombona. Tras ellos iban, todavía más allá del horizonte, seis aerolanchones que transportaban a toda la unidad de mamarones. Los neutraloides no dejaban de gruñir e intercambiar murmullos.

El aerocoché aterrizó. El Panarca y su grupo descendieron, cruzaron la desierta plaza, pasaron bajo la Estela de los Héroeos y entraron en la estructura baja y alargada que Esteban Carbone dedicaba a cuartel general, tan familiar para Beran como el Gran Palacio de Eiljanre. Haciendo caso omiso de las expresiones de sorpresa y las preguntas entrecortadas de los presentes, el Panarca se dirigió hacia la sala de mando y abrió la puerta.

El Gran Mariscal y otros cuatro oficiales alzaron la cabeza, con un gesto de irritación que pasó a ser de asombro culpable.

Beran avanzó resueltamente, impulsado por una cólera que superaba su afabilidad natural. En la mesa había un programa titulado: *Ejercicio de campaña 262: maniobra de tipo C para naves de guerra y unidades torpedo auxiliares*.

El Panarca clavó en Esteban Carbone una mirada suavemente feroz.

—¿De este modo cumple mis órdenes?

Carbone, recuperado de la sorpresa inicial, no pensaba dejarse intimidar.

—Me confieso culpable, Panarca, de haberlas demorado. Estaba seguro de que si reconsiderabais el problema comprenderíais el error de las primeras órdenes...

—No es un error. Bien, se lo ordeno, ahora mismo: ¡cumpla las órdenes que le di ayer!

Los militares intercambiaron miradas, todos resueltos a seguir el curso que consideraban vital, ninguno con intención de ceder.

—Nos presiona demasiado —dijo el Mariscal en tono glacial—. En Deirombona hay mucha gente que opina que nosotros, los que ejercemos el poder, deberíamos gozar de los frutos del mismo. Por tanto, a menos que deseéis arriesgar...

—¡Actúe! —gritó Beran. Alzó una mano—. ¡O le mataré ahora mismo!

Detrás de él hubo repentina agitación, un salpicón de luz azul, un grito ronco, el resonar de metal. Tras volverse, el Panarca vio a Finisterle junto al cadáver de un oficial bravante. Una pistola percutora yacía en el suelo. El rotureño sostenía una humeante aguja energética.

Carbone asestó un puñetazo que alcanzó a Beran en la mandíbula y le hizo tropezar con el escritorio. Finisterle se dispuso a disparar, pero la confusión le obligó a contenerse.

—¡A Eiljanre! —exclamó alguien—. ¡Muerte a los tiranos paoneses!

Beran se levantó, pero el Mariscal se había ido. Mientras se frotaba el magullado mentón, pronunció unas palabras por el micrófono que llevaba en un hombro. Los seis aerolanchones, situados sobre Deirombona, aterrizaron en el patio y vertieron su carga de monstruosos mamarones negros.

—Rodeen los cuarteles —fue la orden de Beran—. Que nadie pueda entrar o salir.

Carbone también había dado órdenes. En los barracones cercanos se oyeron ruidos de precipitación y un grupo de guerreros bravantes salió al patio. Al ver a los neutraloides se detuvieron bruscamente alarmados. Los jefes de escuadra avanzaron. Los bravantes se convirtieron en una fuerza disciplinada en lugar de una chusma. Hubo unos instantes de silencio mientras mamarones y mirmidones sopesaban sus posibilidades.

En los cuellos de los jefes de escuadra se activaron unos vibradores. La voz del Gran Mariscal Esteban Carbone brotó por un filamento.

—Atacad y matad. Que no quede nadie, matadlos a todos.

La batalla fue la más feroz de la historia de Pao. Se libró sin palabras, sin cuartel. Los mirmidones superaban en número a los mamarones, pero un neutraloide poseía una fuerza tres veces superior a la de un hombre normal.

En el interior del cuartel, Beran habló por su micrófono.

—Mariscal, se lo suplico, impida el derramamiento de sangre. ¡Es innecesario y morirán paoneses inocentes!

No hubo respuesta. En el patio sólo una treintena de metros separaba a mamarones y mirmidones. Estaban prácticamente cara a cara, los neutraloides con su sonrisa desabrida y rencorosa, sin apego a la vida, desconocedores del miedo, y los bravantes bullendo de impaciencia y entusiasmo, ansiosos de gloria. Los mamarones, con sus protectores y con la espalda apoyada en los muros de los cuarteles, estaban a salvo de heridas producidas por armas pequeñas. Pero en cuanto se apartaran de la pared sus espaldas serían vulnerables.

De pronto bajaron los escudos. Sus armas lanzaron muerte hacia las hileras próximas: cien hombres cayeron al instante. Los escudos ocuparon de nuevo su posición normal y los mamarones recibieron la andanada subsiguiente sin sufrir bajas.

Los huecos de la primera hilera quedaron ocupados al instante. Sonaron brillantemente los cuernos de batalla. Los mirmidones desenvainaron sus cimitarras y cargaron contra los gigantes negros.

Los neutraloides bajaron los escudos, las armas escupieron muerte, cien, doscientos guerreros murieron. Pero veinte o treinta lograron recorrer los metros finales. Los neutraloides sacaron sus enormes espadas, tajaron, hendieron. El acero centelleó, hubo silbidos, gritos roncós y los mamarones quedaron solos otra vez. Pero mientras habían mantenido bajos los escudos, lanzas ígneas brotaron de la retaguardia mirmidona y acertaron en el blanco, y una decena de neutraloides yacía en el suelo.

Las filas negras se apretaron firmemente. Sonaron de nuevo los cuernos mirmidones, hubo otra carga, tajos y aceros entrechocando. Estaba atardeciendo. Nubes irregulares velaban el sol a baja altura, hacia el oeste, si bien ocasionales rayos anaranjados iluminaban el campo de batalla y hacían brillar los espléndidos tejidos, arrancaban reflejos de los relucientes cuerpos negros y daban un viso oscuro a la sangre derramada.

En el interior del edificio del estado mayor, Beran aguardaba con amarga frustración. ¡Qué estupidez, qué arrogancia la de aquellos hombres! Estaban destruyendo el Pao que él confiaba en construir... y él, señor de quince mil millones de súbditos, no tenía fuerza suficiente para someter a varios miles de rebeldes.

En el patio, los mirmidones partieron en dos finalmente la formación neutraloide, atacaron los extremos y apiñaron a los gigantones en dos grupitos.

Los mamarones comprendieron que había llegado su hora y su desprecio a la vida, a los hombres, y el universo hirvió y se condensó hasta formar un coágulo de furia pura. Sucumbieron uno a uno, víctimas de mil tajos y cortes. Los últimos intercambiaron miradas y se echaron a reír y prorrumpieron en aullidos roncós, inhumanos, y también acabaron muriendo. La plaza quedó en silencio, aparte de algún sollozo contenido. Después, junto a la Estela, las mujeres bravantes iniciaron un cántico de victoria, desolado y exultante al mismo tiempo. Los supervivientes, jadeantes y agotados, unieron

sus voces al pean.

En el interior del edificio Beran y el grupito de acompañantes habían decidido ya la marcha y regresaron a Eiljanre en el aerocoche. El Panarca se sentía inmerso en la desdicha. Su cuerpo temblaba, los ojos le ardían en las cuencas, pensaba que tenía leña en el estómago. ¡Fracaso, sueños destrozados, el principio del caos!

Pensó en la figura alta y enjuta de Palafox, el rostro magro, la nariz aguileña y los ojos negros y opacos del preceptor. La imagen transmitía tanta carga emotiva que casi le era querida, algo a proteger de cualquier mal, excepto de aquella destrucción que el mismo Beran tendría que arrostrar.

El Panarca se echó a reír. ¿Podía obtener la ayuda de Palafox?

Llegó al palacio cuando los últimos rayos de sol brincaban sobre las terrazas de Eiljanre.

Y en el gran salón se hallaba sentado Palafox, con su acostumbrada vestimenta gris y marrón, una sonrisa irónica y triste en sus labios, un brillo peculiar en sus ojos.

El resto del salón estaba ocupado por cogitantes, casi todos hijos de Palafox. Se les veía apagados, graves, respetuosos. Al entrar Beran, todos evitaron mirarle.

Beran no les prestó atención. Se acercó levemente a Palafox hasta quedar a menos de cinco metros del preceptor.

La expresión del rotureño no se alteró en lo más mínimo. La sonrisa triste temblaba en su boca, el brillo peligroso chispeaba en sus ojos.

Para Beran fue evidente que Palafox había sucumbido por completo al síndrome de Rotura. Palafox era un emérito.

XXI

Palafox saludó a Beran con gesto de aparente cordialidad, aunque en su expresión no se reflejó el cambio correspondiente.

—¡Mi joven y díscolo discípulo! Tengo entendido que has sufrido graves contratiempos.

Beran dio un par de pasos más. Sólo necesitaba alzar la mano, apuntar y eliminar al ladino megalomaníaco. Cuando se disponía a actuar, el preceptor pronunció una palabra en voz baja y el Panarca se encontró agarrado por cuatro desconocidos que lucían vestimentas de Rotura. Bajo la severa mirada de los cogitantes, los extranjeros echaron al suelo al Panarca, boca arriba, desabrocharon sus ropas y pusieron algo metálico en su piel. Hubo un instante de dolor desgarrador y después aterrimiento en la espalda. Oyó ruido de herramientas, notó la vibración de la manipulación, un par de tirones... y los desconocidos se apartaron de él.

Pálido, tembloroso, humillado, se puso en pie y recompuso su vestimenta.

—Eres descuidado con el arma que se te entregó —dijo tranquilamente Palafox—. Ahora te la han quitado y podemos hablar con más sosiego.

Beran no supo qué contestar. Refunfuñando para sus adentros, avanzó hasta situarse ante Palafox.

El rotureño esbozó su sonrisa característica.

—Una vez más, Pao está en dificultades. Una vez más, Lord Palafox de Rotura es el hombre que recibe las súplicas.

—No he suplicado nada —dijo Beran en tono ronco.

Palafox hizo caso omiso de sus palabras.

—El Coadjutor Bustamonte precisó mis servicios en tiempos. Yo le ayudé y Pao se convirtió en un planeta poderoso y triunfante. Pero el paonés que se benefició, el Panarca Beran Panasper, rompió el contrato. Ahora el Gobierno paonés se enfrenta de nuevo a la destrucción. Y sólo Palafox puede salvarlo.

Comprendiendo que las muestras de rabia simplemente divertían a Palafox, Beran se esforzó en hablar con voz moderada.

—Su precio, supongo, será el de siempre. Campo ilimitado para su satiriasis...

Palafox sonrió anormalmente en él.

—Lo expresas con crudeza pero acertadamente. Yo prefiero el vocablo «fecundidad». Pero ése es mi precio.

Un cogitante entró en el salón, se aproximó a Palafox y pronunció unas palabras en rotureño. El preceptor miró al Panarca.

—Los mirmidones vienen hacia aquí. Alardean de que van a quemar Eiljanre, a eliminar a Beran y a iniciar la conquista del universo. Tal es, afirman ellos, su destino.

—¿Cómo piensa enfrentarse a los mirmidones? —preguntó con acritud Beran.

—Muy sencillo —dijo Palafox—. Yo los domino porque ellos me temen. Soy el hombre más modificado de Rotura, el hombre más poderoso que ha existido jamás. Si Esteban Carbone no me obedece, le mataré. Respecto a sus planes de conquista, me tienen sin cuidado. Que destruyan esta ciudad, que destruyan todas las ciudades, tantas como deseen. —Hablabá cada vez más fuerte, estaba excitándose—. ¡Tantas más facilidades para mí, para mi semilla! Este es mi planeta, aquí viviré magnificado por un millón, mil millones de hijos. ¡Fecundaré un mundo entero, jamás habrá existido procreación tan inmensa! Dentro de cincuenta años el planeta no tendrá más nombre que Palafox, y se verá mi cara en todas las caras. ¡El planeta seré yo, yo seré el planeta!

Los ojos negros brillaban como ópalos, vibraban henchidos de fuego. Beran se contagió de la locura: el salón era irreal, gases ardientes remolineaban en su cerebro. Palafox, que no tenía ya el aspecto de un hombre, adoptó diversas formas en rápida sucesión: una anguila espigada, un falo, un poste chamuscado con agujeros de nudo en vez de ojos, un vacío negro.

—¡Un demonio! —susurró Beran—. ¡El Demonio Maléfico!
Saltó sobre Palafox, le agarró un brazo, le echó al suelo.
El preceptor cayó con un ruido sordo, lanzó un grito de dolor. Se levantó rápidamente sosteniéndose un brazo, el mismo brazo que Beran había herido anteriormente, y su aspecto era realmente el de un Demonio Maléfico.
—¡Ha llegado tu hora, moscardón!
Alzó una mano, apuntó con el dedo. De los cogitantes brotó un murmullo.
El dedo siguió apuntando. No surgió fuego. El rostro de Palafox se contrajo de ira. Se palpó el brazo, examinó el dedo. Alzó los ojos, sosegado una vez más, e hizo un gesto a sus hijos.
—Matad a este hombre, ahora mismo. No respirará por más tiempo el aire de mi planeta.
Se produjo un silencio mortal. Nadie se movió. Palafox permaneció con la mirada fija, incrédulo. El aturdido Beran miró a los cogitantes. En todas partes del salón los rostros se desviaron, los ojos no miraron ni a Beran ni a Palafox. El Panarca recobró de pronto la voz.
—¡Está diciendo locuras! —exclamó roncamente.
Miró a los cogitantes otra vez. Palafox había hablado en rotureño, Beran lo hizo en pastiche.
—¡Vosotros, cogitantes! ¡Decidid el mundo en el que preferís vivir! ¿Será el Pao que conocéis ahora o el planeta que propone este emérito?
El epíteto irritó a Palafox, que dio un brinco de cólera.
—¡Matad a este hombre! —aulló en rotureño, el lenguaje de la inteligencia aislada.
Y Beran intervino en pastiche, el idioma de los intérpretes, una lengua usada por hombres dedicados a servir al hombre.
—¡No! ¡Matad a este megalomaniaco senil!
Palafox hizo una señal furiosa a los cuatro rotureños que habían desactivado los circuitos de Beran. Su voz sonó grave y resonante:
—Yo, Palafox, el Gran Progenitor, os lo ordeno: ¡matad a este hombre!
Los cuatro rotúrenos avanzaron.
Los cogitantes permanecían inmóviles igual que estatuas. En ese momento actuaron igual que si hubieran tomado una decisión común. De veinte puntos del salón brotaron rayos de fuego. Lord Palafox de Rotura murió alcanzado desde veinte direcciones distintas, con los ojos saltones y el cabello ahuecado en forma de nimbo a causa de la repentina salva.
Beran se dejó caer en un sillón, incapaz de seguir en pie. Al cabo de unos minutos exhaló un profundo suspiro y, tambaleante, se levantó.
—Ahora no puedo deciros nada... tan sólo que me esforzaré en construir un mundo en el que cogitantes y paoneses puedan vivir con satisfacción.
Finisterle, que se hallaba con aire sombrío junto a él, intervino en ese instante.
—Temo que esta opción, pese a ser admirable, no está totalmente en nuestras manos.
Beran siguió la mirada del rotureño, hacia el otro lado de los ventanales. En el cielo, a gran altura, se veían estallidos de fuego multicolor que se extendían y centelleaban como para conmemorar algo glorioso.
—Los mirmidones —dijo Finisterle—. Vienen a vengarse. Será mejor que huyas ahora que puedes hacerlo. Ellos no tendrán piedad.
Beran no respondió. Finisterle le cogió por el brazo.
—Aquí no conseguirás otra cosa que no sea morir.
No hay guardianes para protegerte... Nosotros estamos a su merced.
Beran soltó su brazo con suavidad.
—Me quedaré aquí, no debo huir.
—¡Te matarán!
Beran respondió con el característico encogimiento de hombros paonés.
—Todos los hombres mueren.
—Pero tú tienes mucho que hacer. ¡Y muerto no puedes hacer nada! Sal de la ciudad y con el tiempo los mirmidones se cansarán de la novedad y volverán a sus juegos.
—No —dijo Beran—. Bustamonte huyó. Los Brumbo le persiguieron, le obligaron a

morder el polvo. Yo no huiré de nadie. Aguardaré aquí con dignidad y, si quieren matarme, que así sea.

Transcurrió una hora, sesenta minutos larguísimos que pasaron con enorme lentitud. Las naves de guerra descendieron, se detuvieron a pocos metros del suelo. La nave insignia se posó cautelosamente en la pista del palacio.

En el interior del gran salón, Beran permanecía sentado en silencio en el Sillón Negro de su dinastía, con el rostro contraído a causa de la fatiga y los ojos muy abiertos y sombríos. Los cogitantes estaban agrupados, murmurando y observando al Panarca por el rabillo del ojo.

Muy lejos se escuchó un susurro, un sonido apagado, un cántico profundo que iba cobrando fuerza, un cántico a la dedicación, a la victoria, cantado al ritmo orgánico de pies que batían la tierra, de pies en movimiento.

El cántico se intensificó, la puerta se abrió de par en par. Esteban Carbone, el Gran Mariscal, entró en el salón. Y detrás de él una decena de jóvenes mariscales de campo y varias hileras de oficiales.

Esteban Carbone se acercó al Sillón Negro y miró cara a cara al Panarca.

—Beran —dijo Carbone—, nos has causado un daño imperdonable. Has demostrado ser un Panarca falso, incapacitado para gobernar el planeta Pao. En consecuencia, venimos a arrancarte del Sillón Negro y a conducirte al escenario de tu muerte.

Beran asintió con aire pensativo, como si Esteban Carbone le urgiera a conceder una solicitud.

—El timón del Estado irá a parar a aquellos que detentan el poder: éste es el axioma básico de la historia. Tú careces de poder, sólo los mirmidones somos fuertes. Por eso vamos a gobernar, y en este momento declaro que el Gran Mariscal de los mirmidones será a partir de ahora y por siempre Panarca de Pao.

Beran no respondió. De hecho, no había nada que decir.

—Así pues, Beran, levántate con la poca dignidad que te queda, abandona el Sillón Negro y dirígete hacia tu muerte.

Un cogitante protagonizó una interrupción.

—Un momento —dijo Finisterle en tono colérico—. Va usted demasiado lejos y con excesiva rapidez.

Esteban Carbone dio media vuelta.

—¿Qué ha dicho?

—Que su tesis es correcta, que el hombre que detenta el poder debe gobernar... pero demuestre que usted detenta el poder de Pao.

El mariscal se echó a reír.

—¿Hay alguien capaz de desviarnos del rumbo que deseamos tomar?

—Esa no es la cuestión, ni mucho menos. Ningún hombre puede gobernar Pao sin el consentimiento de los paoneses. Usted carece de ese consentimiento.

—No importa. No molestaremos a los paoneses. Pueden gobernarse ellos mismos... siempre que atiendan nuestras necesidades.

—¿Y cree que los tecnicantes seguirán proveyéndoles de herramientas y armas?

—¿Por qué no iban a hacerlo? A ellos les importa poco quién compra sus productos.

—¿Y quién les informará de las necesidades de los mirmidones? ¿Quién dará órdenes a los paoneses?

—Nosotros, naturalmente.

—Pero ¿cómo les entenderán ellos? Ustedes no hablan tecnicante, no hablan paonés. Ellos no hablan bravante. Los cogitantes nos negamos a trabajar para los mirmidones.

Esteban Carbone se echó a reír.

—Una proposición interesante. ¿Está sugiriendo que los cogitantes, en virtud de su destreza lingüística, deben dar órdenes a los bravantes?

—No. Comento que ustedes son incapaces de gobernar el planeta Pao, que no pueden comunicarse con las personas que supuestamente son sus súbditos.

Esteban Carbone se encogió de hombros.

—Nada de importancia. Sabemos algunas palabras de pastiche, las suficientes para hacernos entender.

Pronto hablaremos mejor, y así enseñaremos a nuestros hijos.

Beran intervino por primera vez.

—Expongo una sugerencia que tal vez satisfaga las ambiciones de todos. Convengamos en que los bravantes son capaces de matar tantos paoneses como deseen, todos los que se opongan a ellos de forma activa y que por tanto pueda afirmarse que ejercen el poder. Sin embargo, se encontrarán en una situación difícil: primero por la resistencia tradicional de los paoneses a la coerción, y segundo por la incapacidad de comunicarse con paoneses y tecnicantes.

Carbone le escuchó con semblante torvo.

—El tiempo curará estas dificultades. Nosotros somos los vencedores, ¿recuerdas?

—Cierto —dijo Beran en tono de fatiga—. Sois los vencedores. Pero gobernaréis tanto mejor cuanto menos alborotéis. Y hasta que Pao comparta un solo idioma, como el pastiche, no podréis gobernar sin alborotos.

—¡En ese caso Pao entero deberá hablar un solo idioma! —exclamó Carbone—. ¡Un remedio muy simple! ¿Qué es un idioma, si no un conjunto de palabras? Esta es mi primera orden: todos los hombres, mujeres y niños del planeta deben aprender pastiche.

—¿Y mientras tanto? —inquirió Finisterle.

Esteban Carbone se mordió el labio.

—Las cosas deben seguir más o menos como siempre. —Miró a Beran—. ¿Reconoces pues mi autoridad?

Beran se echó a reír.

—Sin reserva alguna. Y en consecuencia, ordeno que todos los niños de Pao, bravantes, tecnicantes, cogitantes y paoneses deben aprender pastiche, incluso con prioridad sobre el idioma de sus padres.

Esteban Carbone le lanzó una mirada escrutadora antes de hablar.

—Has salido bien librado, mejor que lo que te mereces, Beran. Es cierto que los bravantes no queremos molestias con la rutina del Gobierno y ése es el único punto que te permite negociar, tu única utilidad. Mientras seas obediente y de utilidad, podrás seguir sentado en el Sillón Negro y denominarte Panarca.

Saludó, dio media vuelta marcialmente y abandonó el salón.

Beran quedó abatido en el Sillón Negro. Tenía el semblante pálido y macilento, pero su expresión era de sosiego.

—He transigido, me han humillado —dijo a Finisterle—, pero en un día he satisfecho la totalidad de mis ambiciones. Palafox ha muerto, y estamos embarcados en la mayor tarea de mi vida: la unificación de Pao.

Finisterle tendió a Beran un vaso de vino caliente y condimentado, y apuró el suyo.

—¡Vaya pavos reales! En este momento desfilan alrededor de su estela, se dan golpes en el pecho y en cualquier instante...

Apuntó el dedo hacia una bandeja de fruta. Brotó un dardo de fuego azul y la bandeja quedó destrozada.

—Es preferible que toleremos su triunfo —dijo Beran—. En esencia son personas honradas, aunque ingenuas, y colaborarán más gustosamente siendo amos que siendo súbditos. Y dentro de veinte años...

Se levantó. El y Finisterle recorrieron el salón y contemplaron los tejados de Eiljanre.

—Pastiche: una combinación de rotureño, tecnicante, bravante y paonés. Pastiche, la lengua oficial. Dentro de veinte años todo el mundo hablará pastiche. Ese lenguaje fertilizará las mentes antiguas, conformará las nuevas. ¿Qué clase de mundo será Pao entonces?

Los dos contemplaron la noche, más allá de las luces de Eiljanre, y siguieron formulándose esa pregunta.

Jack Holbrook Vance nació en San Francisco (1920) y después de estudiar ingeniería y física se orientó profesionalmente hacia el periodismo. Su primer relato de ciencia ficción se publicó en 1945, y desde entonces simultanea la ciencia ficción con la literatura policíaca, género al que ha contribuido con más de doce novelas, obteniendo el prestigioso Edgar Award.

Vance es conocido por sus novelas breves, que le han valido el premio Hugo para The Dragón Masters (1962) y The Last Castle (1966), que obtuvo también el Nébulas. Dichas obras han dado origen a muchas antologías como The Many Worlds of Magnus Ridolph (1966), Los Mundos de Jack Vance (1973), y The Best of Jack Vance (1976).

También son un elemento característico de su producción las series, como el ciclo de "El Planeta de la Aventura» (CITY OF CHASCH 1968, SERVANTS OF THE WANKH 1969, THE DIRDIR 1969 y THE PNUME 1970), o la trilogía de «Durdane» (THE AMÓME 1973, THE BRAVE FREE MEN 1973 y THE ASUTRA 1974). Otras series famosas son la de los «Príncipes y los Demonios» (THE STAR KING 1964, THE KILLING MACHINE 1964 y THE PALACE OF LOVE 1965) y la del planeta Alastor (TRULLION: ALASTOR 2262, MARUNE: ALASTOR 993 y WYST: ALASTOR 1716), publicadas entre 1973 y 1978). Actualmente está publicando una trilogía de fantasía, basada en las leyendas célticas de las islas Eider, con el nombre genérico de LYONESSE.

Los editores han convertido también en serie las recopilaciones de relatos ambientados en "La Tierra Moribunda», a las que se ha unido la saga de Cugel. Todo ello a partir de su primer libro THE DYING EARTH (1950), seguido por THE EYES OF THE OVERWORLD (1966), y el fix-up (o montaje) de varios relatos cortos sobre Cugel, que componen su más clara aportación a la fantasía heroica.

En cuanto a las novelas no reunidas en ciclos, destacan Los LENGUAJES DE PAO (1958), en la que se aborda por primera vez un tema de sociolingüística en la ciencia ficción, THE BLUE WORLD (1966), y EMPHYRIO (1969).